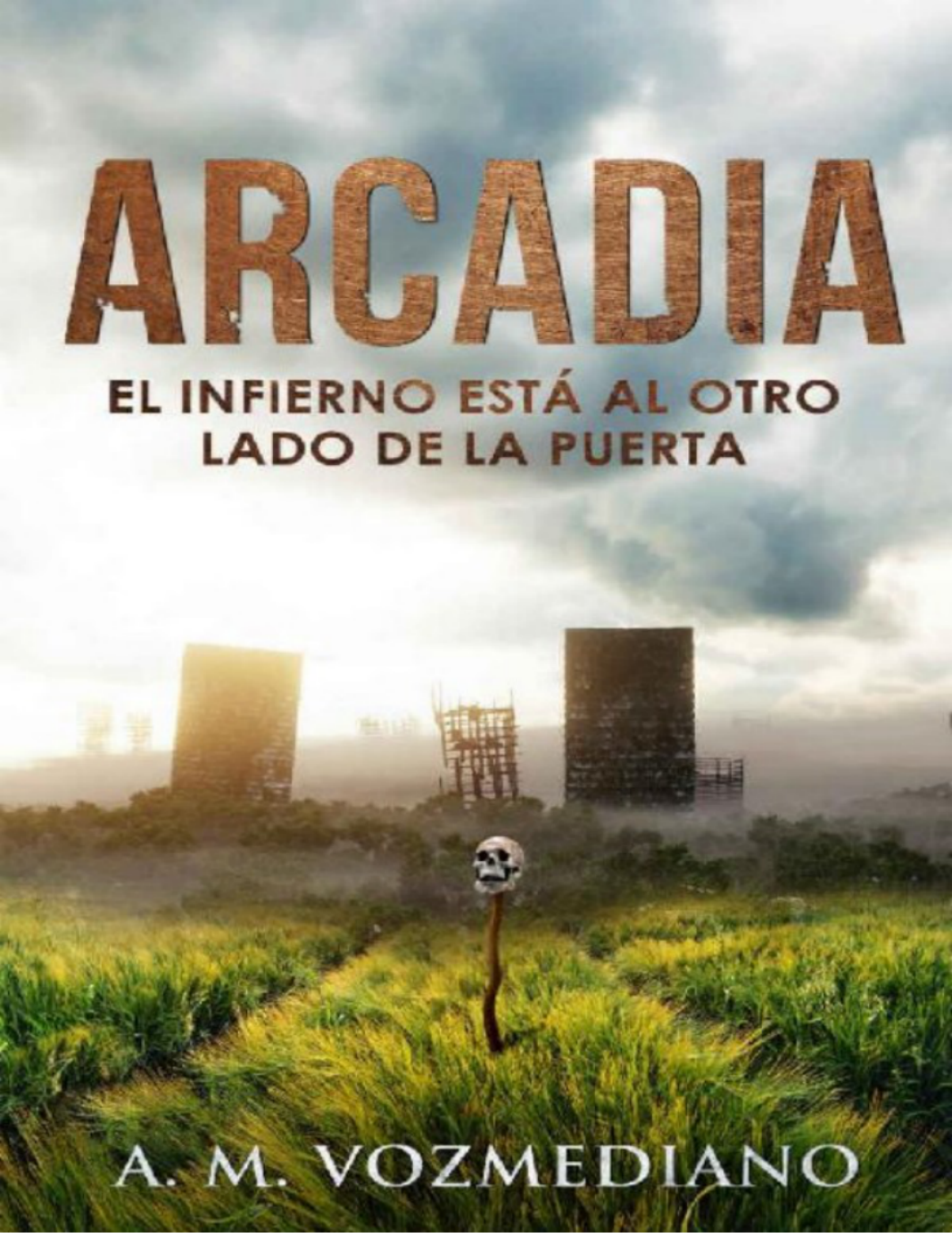
ARCADIA

EL INFIERNO ESTÁ AL OTRO LADO DE LA PUERTA



A. M. VOZMEDIANO

ARCADIA

A. M. Vozmediano

© del texto, Alfredo Moreno Vozmediano 2017
ensegundapersona.es
Información y suscripciones: ensegundapersona.es/suscribete
Primera edición: abril de 2017
ISBN: 9781521059838
Todos los derechos reservados.
Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.

ensegundapersona.es

«It's a shame that we humans are never able to pull in the same direction […] Not even when confronted by infinity»
(«Es una vergüenza que los humanos nunca rememos en la misma dirección […] Ni siquiera cuando nos enfrentamos a lo infinito»)
Arthur C. Clarke y Gentry Lee, *Rama II*

Prólogo

Acabo de ver a Susi. Por todos los Dioses, creo que es un machete lo que lleva en la mano. Un machete. De dónde lo habrá sacado. Hace solo unos días estuvimos cenando aquí, en el jardín de la casa. Los jazmines perfumaban el aire y reímos hasta la madrugada mientras los niños jugaban en el césped. Y ahora está en la calle con un machete en la mano y gritando que la dejemos entrar, que sabe que estamos escondidos como ratas.

Debe pensar que nos queda agua en la despensa.

Hay otros con ella. Han venido atraídos por sus gritos. Apenas distingo cuántos son porque solo puedo mirar por una rendija a través de los tablones. Fran ha tapiado las puertas y las ventanas sin consultarme. Dice que no permitirá que nadie vuelva a entrar a la fuerza como hicieron ayer esos chicos y... Oh, mierda, prefiero no recordarlo.

Todo por culpa de los malditos braceros. Al menos eso es lo que Fran dice.

Hay gente que los defiende. Gente que dice que hemos tensado demasiado la cuerda. Que en el otro extremo del mundo tienen problemas muy graves, que los explotamos impunemente. Yo, la verdad, no sé qué pensar. Nunca he explotado a nadie en toda mi vida. Me he limitado a cuidar de mis cosas y de mi gente lo mejor que he podido, y no comprendo por qué los braceros nos han puesto en peligro a todos solo para trabajar unas pocas horas menos. ¿Es que no que existe otro modo más civilizado de reclamar lo que crees que es justo?

No quiero ni pensar en qué ocurrirá cuando se nos acabe la comida y el agua. Apenas queda nada. Solo ruego a los Dioses no convertirme en otra desquiciada que recorre la ciudad de puerta en puerta blandiendo un machete y amenazando con el fin del mundo.

Vuelvo a oír los gritos de Susi al otro lado de las ventanas tapiadas. Intento no escucharla, pero no puedo evitarlo. Dice abre la puerta, hija de puta, sé que estás ahí. Abre o la echaré abajo. Pronto empezarán a golpear con los puños y los palos y yo volveré a tener

la sensación de estar enterrada viva y a dudar de si los muertos están en aquel o en este lado.

Me pregunto qué harán cuando entren. A veces casi lo deseo. Que entren y todo termine de una vez. Quiero despertarme de esta pesadilla. Ni siquiera sé bien cómo llegamos a esto. Ojalá, si alguien conoce la historia, pueda contar algún día cómo empezó y cómo terminó todo.

1. **Arcadia**

La joven era una sombra deslizándose entre los edificios ruinosos de las afueras de la ciudad. Se llamaba Breece Oreze, y seis meses atrás había entrado en la Resistencia.

A esa hora de la noche, lo que más deseaba Breece era marcharse a su departamento y meterse en la cama. Hacía mucho que no experimentaba el cosquilleo en el estómago de las primeras veces en las que se sumó a las reuniones clandestinas. Aún así, caminó con decisión hasta el límite del edificio que en otro tiempo debió de haber sido una fábrica de útiles de madera y del que apenas quedaba un armazón metálico y algunas paredes medio derruidas. Allí no alcanzaba la luz de los focos que barrían la calle con ritmo desmayado.

Esperó entre las sombras a que pasara la patrulla. Siempre lo hacían a la misma hora. La Guardia de Arcadia era muy estricta en sus procedimientos, casi tanto como en la aplicación la Ley de Enjuiciamiento Instantáneo a quienes violaban el toque de queda. Vio a las dos figuras con sus trajes acorazados aparecer por la esquina y caminar con paso marcial hacia ella. Contuvo la respiración. Las botas de los guardianes resonaron entre los cascotes y pasaron de largo.

Breece contó hasta diez y luego salió de su escondrijo, caminando de puntillas como un ratón furtivo. Al final de la calle, justo donde la ciudad terminaba y daba paso a la campiña descuidada del extrarradio, estaba su último obstáculo, la cámara de seguridad que vigilaba aquella zona. Las cámaras seguían funcionando incluso donde todo lo demás hacía tiempo que se descomponía en brazos del abandono. La chica, antes de aventurarse al área de visión de la cámara, observó la sombra que aquel ojo electrónico proyectaba sobre el asfalto. Acechaba todo el perímetro de la manzana sacudiéndose a un lado y a otro con movimientos irregulares.

Breece lo había hecho muchas veces, pero burlar esa cámara errante siempre era el momento más complicado. No podía evitar

ponerse nerviosa. Sabía lo que le pasaría si fallaba y la cámara la captaba cruzando la calle a esas horas. Cerró los ojos y respiró hondo para calmarse. Luego volvió a mirar a la sombra y se concentró en sus movimientos. Solo eran aleatorios en apariencia. En realidad, seguían una secuencia que todos los rebeldes conocían bien. Diez grados a la izquierda, pausa, veinte a la derecha, pausa, diez más a la derecha, pausa, y así sucesivamente.

Identificó el momento de la secuencia en el que la cámara se encontraba. Izquierda, pausa, derecha, pausa, derecha, pausa. Faltaba un instante. Solo dispondría de un par de segundos. Luego la cámara miraría de nuevo hacia el lugar por el que ella tenía que cruzar.

Una voz en su interior dijo: ahora. Se incorporó y salió corriendo. Resbaló con los guijarros del suelo y sintió una punzada de dolor en la rodilla. Maldijo en voz baja. Volvió a levantarse y se lanzó a toda velocidad hacia delante. Diez zancadas. Saltó tras un terraplén con la duda de si la cámara la habría registrado en el último instante.

Aguardó en silencio, parapetada tras unos matorrales. La patrulla no estaba lejos. Si había sido demasiado lenta, no tardarían en recibir el aviso y en regresar a por ella. Transcurrieron unos minutos sin que nada perturbase la quietud de la noche. Por fin, Breece suspiró y continuó su camino.

Ahora estaba en el campo. Allí no había cámaras de vigilancia ni patrullas de la Guardia, porque, en teoría, nadie iba nunca, y menos durante la noche. Los braceros no hacían excursiones de placer. Una jornada laboral de dieciséis horas al día y siete días a la semana no dejaba demasiado tiempo libre.

La reunión, como casi siempre, tendría lugar en el almacén anexo al colector primario. Breece lo conocía bien porque trabajaba en la planta de reciclaje. Las turbinas absorbían el aire cargado de CO_2 y otros gases tóxicos en los respiradores distribuidos por toda la superficie de Arcadia y lo dirigían hasta allí, donde se transformaba de nuevo en oxígeno que era liberado a la atmósfera después de ser filtrado y desinfectado. Un gran panel luminoso situado en el centro de la sala de control indicaba si existía alguna anomalía en el funcionamiento de cualquiera de las turbinas, o si ocasionalmente una sección de un conducto o un filtro se obstruía. Entonces, había que detener el funcionamiento de toda la sección y acudir lo más rápido posible a reparar la avería.

A veces el problema se daba al otro lado del mar. Era una de las escasas circunstancias en las que los braceros obtenían el permiso

necesario para cruzar a la zona de los navegantes. Cuando ocurría, no era raro que algunos braceros lo interpretaran como un premio, una ocasión para vivir una pequeña aventura y hacer algo diferente al trabajo tedioso de cada día. Pero a Breece nunca le gustó. Se sentía una intrusa cada vez que ponía el pie en el territorio del otro lado.

Les obligaban a llevar la acreditación a la vista todo el tiempo, como la prueba fehaciente de que pertenecían a otra casta, y los guardianes no se separaban de ellos ni un instante desde que bajaban del barco hasta que desaparecían en los túneles de ventilación. Les trataban con una corrección fría, a veces casi hostil, como si fueran culpables de algún delito por el simple hecho de venir de la Zona B, vestir monos de trabajo y tener las manos manchadas de grasa.

Cuando terminaban su trabajo, los mismos guardianes les estaban esperando a la salida con actitud marcial, y sin mediar palabra los llevaban de regreso al barco. En todo el periplo, los braceros jamás veían de cerca a ningún navegante, como si su sola presencia bastase para ahuyentarlos. A muchos solía hacerles gracia este detalle, pero a Breece le molestaba. Para ella, era la demostración de que los navegantes pensaban que su sangre era más roja, que eran superiores porque los Dioses así lo habían decidido, que sus trabajos eran más importantes. Estaban tan encerrados en sus vidas acomodadas que probablemente ni siquiera se daban cuenta de que el aire que respiraban era el mismo, reciclado una y mil veces, y que las moléculas de saliva, o de sudor, o de orina que cualquier bracero expulsaba al hablar, al trabajar o al mear acababan por llegar antes o después al interior de los pulmones o de los estómagos de los habitantes de las mansiones de Ciudad Blanca.

Perdida en estos pensamientos recurrentes, agotada por el día de duro trabajo, por la falta de sueño, por la caminata nocturna para acudir a la reunión, Breece bajó el terraplén que conducía al colector primario. No era la entrada principal, por supuesto, donde todos los movimientos del personal quedaban registrados por los sensores que transmitían la información a algún ordenador situado al otro lado del mundo, sino un pasillo de ventilación anexo, abandonado hace años, que seguía conectando con el interior del túnel unos cientos de metros bajo tierra.

Breece retiró las piedras y ramas que disimulaban el agujero de entrada, una tapadera burda pero efectiva, y las volvió a colocar desde el interior. Luego encendió su linterna reglamentaria. Como

trabajadora en la planta de reciclaje le correspondía una, pero al resto de braceros les estaba prohibido disponer de linternas. Nadie sabía por qué. Las leyes arcadias estaban plagadas de prohibiciones absurdas por el estilo. Si alguien se atrevía a preguntar, recibía como respuesta una amenaza o, como mucho, una mención neblinosa a los deseos de los Dioses de Arda.

No era la única tradición absurda que había en Arcadia. Breece no tardó mucho en darse cuenta de que no tenía ningún sentido dividir el mundo en dos territorios separados por la frontera líquida del Mar Interior. Siempre había sido así, y por eso todos lo aceptaban como si fuese algo natural. Pero ella siempre se había hecho muchas preguntas acerca de todo en general, y de las cosas que se aceptan como naturales en particular. Le gustaba pensar que fue por eso lo que la Resistencia la captó tan pronto.

Todo empezó cuando tenía nueve años y recorrió Arcadia de extremo a extremo en aquella actividad organizada por la escuela. Salieron de la ciudad una mañana, caminando rumbo al norte. Al anochecer, montaban las tiendas de campaña y dormían en el campo, alumbrados por el resplandor blanquecino de la Luna y arrullados por el murmullo de los grillos. Por la mañana, lo recogían todo y volvían a partir, siembre hacia el norte. Al cabo de diez días de marcha, estaban de regreso en el punto de inicio del viaje.

Los profesores dijeron que eso demostraba la perfección de los Dioses, porque el mundo era finito y al mismo tiempo ilimitado, cerrado de algún modo sobre sí mismo. Por lo tanto, Arcadia era el Universo, y sólo el paraíso estaba más allá. Los Dioses de Arda lo habían dispuesto así.

Breece se marchó a la inclusa donde vivían los estudiantes de su sección y no pudo dormir. Tenía la sensación de que algo no encajaba. ¿Cómo podía ser que, moviéndote en línea recta, siempre en la misma dirección, llegases de nuevo al punto de partida? Su mente infantil se esforzaba por encontrar una explicación racional. Estaba tumbada boca arriba en la cama, con los ojos abiertos mirando el techo en la oscuridad, cuando encontró la respuesta. Una esfera. Arcadia era una esfera. Tan grande que no se puede apreciar la curvatura del suelo a simple vista, tan pequeña que se puede rodear en diez días.

Al día siguiente, muy excitada, Breece contó su descubrimiento al profesor de ciencias, el señor Dolzer. Él la miró con su gesto adusto y por un momento la pequeña temió que fuera a echarle una bronca o a castigarla por haber violado alguna de las Leyes

Sagradas. Nunca se sabía con las Leyes Sagradas. Eran tantas y tan azarosas que no pasaba un día sin que violases o estuvieras a punto de violar un buen puñado de ellas. Sin embargo, en ese momento sonó el timbre, los demás chicos entraron en el aula y comenzó la clase.

A mediodía, en el comedor, el señor Dolzer se acercó a Breece cuando ella estaba haciendo cola para conseguir su ración y le dijo:

—Señorita Oreze, se dejó estos papeles en mi clase esta mañana.

Breece cogió el fardo de papeles en blanco que el hombre le tendía sin saber a qué se refería y lo miró extrañada. El señor Dolzer hizo un leve gesto de asentimiento y esbozó una sonrisa. Breece tomó los papeles un poco confundida y los metió en su mochila, musitando un agradecimiento. Luego, se olvidó de ellos hasta la tarde.

Al regresar a su habitación y sacar las cosas de la mochila los volvió a ver. Estaba segura de que aquellos papeles no eran suyos, y no entendía a qué venía todo aquello. El señor Dolzer no era de esa clase de gente a la que uno podía imaginarse gastando una broma o haciendo algo chistoso en ninguna circunstancia de su vida.

Entonces lo vio. Escondido entre los papeles había un sobre cerrado. Estaba vacío, o al menos lo parecía. Rasgó el sobre sin contemplaciones y metió la mano dentro. No encontró nada. Lo sacudió varias veces pero ningún ruido provino del interior. Finalmente lo puso boca abajo y una diminuta pieza de plástico negro cayó sobre la mesa sin hacer apenas ruido.

Breece tomó la pieza entre los dedos con cuidado, como un entomólogo coge a una mariposa para no dañar sus alas, y la depositó en la palma de su mano derecha. Era una vieja memoria flash de dos exabytes, y pensó que no podía estar allí por casualidad o por descuido. El señor Dolzer la tenía que haber metido a propósito en ese sobre, y luego se lo había entregado disimulada en un fardo de papeles.

Pero, ¿por qué?

Breece no tenía modo de encontrar la respuesta a esa pregunta hasta que al día siguiente volviera a la escuela y pudiera preguntar a su profesor. Lo que sí podía hacer era curiosear en la memoria usando su lector portátil. Introdujo la diminuta pieza de plástico en la ranura lateral y abrió el navegador de archivos para inspeccionar su contenido. Sus dedos temblaban de excitación sobre la pantalla. Breece nunca había creído en premoniciones ni cosas por el estilo, pero intuía que algo muy importante se escondía en aquel centímetro cuadrado de plástico y silicio que su profesor de ciencias

le había hecho llegar a escondidas.

En la pantalla aparecieron múltiples directorios etiquetados con códigos numéricos:

dr-xr-xr-x root root 4096 oct 23 22:34 000
dr-xr-xr-x root root 4096 oct 23 22:34 001
dr-xr-xr-x root root 4096 oct 23 22:34 002
dr-xr-xr-x root root 4096 oct 23 22:34 003
dr-xr-xr-x root root 4096 oct 23 22:34 004
dr-xr-xr-x root root 4096 oct 23 22:34 005
dr-xr-xr-x root root 4096 oct 23 22:34 006
dr-xr-xr-x root root 4096 oct 23 22:34 007
dr-xr-xr-x root root 4096 oct 23 22:34 008
dr-xr-xr-x root root 4096 oct 23 22:34 009

Entró al azar en el directorio 000 y allí encontró más directorios. Buceó en el primero de ellos, que, a su vez, tenía como etiqueta el número 001. En su interior había cientos de archivos. Sin saber por qué, su vista se quedó clavada en una de las entradas. Aquellos caracteres la atrajeron como un tubo fluorescente atrae a una polilla en la noche. Sólo tenía que hacer un tap en la pantalla para ver el contenido. Tuvo la certeza que tras esos caracteres que no tenían ningún significado para ella se escondía su particular caja de Pandora, y que, si la abría, nada volvería a ser igual.

Lo abrió, claro. El visor de documentos le mostró la primera página de aquel libro, porque de un libro se trataba. El dibujo de una esfera parcialmente iluminada flotando en el vacío apareció en la pantalla. Marrones, blancos y azules se combinaban en la superficie de la esfera de forma azarosa pero componiendo un conjunto armónico que, de algún modo, resultaba hermoso. Casi familiar. Bajo aquella esfera había unos grandes caracteres escritos en inglés antiguo en los que Breece pudo leer:

Pale Blue Dot
Carl Sagan
A vision of the human future in space

2. **La Biblioteca**

Mientras Breece caminaba por el túnel subterráneo abandonado hacia el colector donde tendría lugar la reunión semanal de la célula local de la Resistencia, recordaba con una sonrisa la primera vez que leyó aquel libro de un sabio de la antigüedad llamado Carl Sagan. Solo era un libro, pero para ella significó cruzar una puerta que no tenía vuelta atrás. A pesar de que en aquella época no dominaba el inglés antiguo, lo leyó atropelladamente, casi sin aliento, aquella misma noche. Lo que allí contaba el autor era demasiado increíble, demasiado fantástico para ser verdad. Hablaba de que la humanidad habitaba un planeta llamado Tierra, que parecía ser mucho mayor y más antiguo que Arcadia, y que en el Universo existían un billón de trillones de planetas más. Que muchos de ellos reunían sin duda las condiciones necesarias para albergar la vida tal y como la conocíamos. Que la especie humana apenas había empezado a adentrarse en la exploración del cosmos.

En la última página del libro decía que estaba publicado en un lugar llamado Nueva York en el año 1990. Sin embargo, según el calendario de Arcadia, corría el año 1223, y no existía ninguna ciudad llamada Nueva York. De eso Breece estaba segura porque desde muy pequeña le habían interesado los mapas. Tuvo la insensata idea de que el libro provenía de otro mundo, real e imaginario a la vez, y de que la voz del autor había cruzado océanos de espacio y tiempo con el único propósito de llegar hasta ella.

Pale Blue Dot no era, por cierto, el único libro que había en la tarjeta. Breece descubrió que lo que el señor Dolzer le había facilitado era en realidad una gigantesca biblioteca almacenada en un dispositivo del tamaño de una uña. Los libros estaban clasificados por unos códigos numéricos —los números de los directorios—, almacenados uno tras otro en listados interminables de títulos y autores con nombres exóticos y sugerentes, promesas de futuras lecturas maravilladas.

Al día siguiente, Breece acudió a la escuela sin haber dormido en

toda la noche, pero tan excitada que no notaba el cansancio. Llegó unos minutos antes del comienzo de las clases y fue directa a buscar al señor Dolzer. Lo encontró en un pasillo, charlando con otro profesor. Al verla, Dolzer se volvió hacia la joven y la escrutó con una mirada profunda.

—Señorita Oreze —dijo—, ¿ha terminado el trabajo que le encargué?

Breece no comprendió inmediatamente. Aún era muy joven, pero no tonta, y por eso solo tardó un instante en imaginar que todos aquellos libros que el profesor le había hecho llegar estaban prohibidos a los braceros. Una biblioteca clandestina. Supuso con un nudo en el estómago que su profesor se estaba jugando algo más que el puesto de trabajo al poner esa biblioteca digital en sus manos, de modo que enseguida le siguió la corriente.

—Casi, señor Dolzer. Necesitaría hacerle un par de preguntas para poder acabarlo.

—Muy bien. Tenemos unos minutos antes de que comiencen las clases. Vayamos afuera.

Se despidió de su compañero y los dos, alumna y profesor, salieron al patio trasero, donde los chicos más madrugadores ya estaban formando en hilera para hacerse merecedores de un punto positivo por ocupar la cabecera de la fila.

—Señor Dolzer, yo... —empezó a decir Breece, pero el señor Dolzer la interrumpió:

—Está claro por su expresión que ya ha descubierto el pequeño regalo que le hice ayer, señorita Oreze. Utilícelo con discreción, se lo ruego.

—Desde luego, pero... ¿de dónde han salido todos esos libros, profesor?

—Es una larga historia que ahora no tenemos tiempo de contar. Algún día, señorita. No facilitamos esta información a cualquiera, ¿sabe? Usted es especial, se le nota en los ojos cuando formula alguna de sus preguntas impertinentes en clase. Así que lea, lea. Deje que un libro le lleve a otro. Siga cuestionándoselo todo. Las respuestas irán llegando. Y si necesita alguna aclaración, hábleme aquí, discretamente, en el patio de la escuela, donde nadie sospechará ni podrá registrar nuestra conversación.

Sonó el timbre y se produjo el habitual murmullo cuando la hilera principal se disgregaba para que cada cual se dirigiera a la puerta de su aula. El profesor se despidió diciendo:

—Ahora continuemos la comedia como si no pasara nada.

Breece lo miró mientras se alejaba hacia el edificio. Un grupo de

sacerdotes, que dirigían la Escuela Integral para Braceros B6/3, observaba la escena desde la entrada con el cuello estirado como viejas grullas. Los sacerdotes, a diferencia de los navegantes refugiados en sus ciudades impolutas al otro lado del mar, estaban por todas partes en Arcadia, pretendiendo verlo y escucharlo todo, intentando controlar hasta el último movimiento de los braceros. Un intento estúpido, pensó Breece, porque nosotros somos muchos más que ellos. Mientras caminaba varios pasos por detrás de su profesor de ciencias, que no era uno de los sacerdotes pero sin embargo trabajaba allí con su aprobación, la joven pensó que acababa de caer en la cuenta de algo muy importante, otra de esas cosas que, por ser tan cotidianas, pasaban por completo desapercibidas. El pensamiento resonó en su cabeza con el eco grave, brutal, que solo poseen las ideas definitivas.

Nosotros somos muchos más que ellos. Muchos más.

3. **La cita**

Breece leyó, desde luego. Devoró muchos de aquellos libros con la misma fruición que un niño saborea la primera rodaja de sandía de la estación cálida. Había de todo: libros sobre ciencia básica y aplicada, tratados de política y filosofía, novelas, poemarios y obras de teatro... Leía a escondidas en la habitación, después de terminar todas las tareas cotidianas, robándole horas al sueño. Conoció la tragedia del príncipe Hamlet y las aventuras alucinadas del caballero Don Quijote, acompañó a Tom Sawyer en sus tropelías por el Mississipi y al perro Buck por las heladas estepas de Alaska y el Yukon. Transitó los fascinantes vericuetos del cálculo infinitesimal en un tratado escrito por un tal Gottfried Leibniz, se asomó al vacío de la urdimbre última de la materia de la mano de Richard Feynmann, se maravilló en las complejas relaciones entre los seres vivos de los ecosistemas que describía Eugene Odum, se horrorizó con las estremecedoras reflexiones atribuidas a un antiguo pensador llamado Platón. Muchas preguntas se respondieron por el camino, pero cada respuesta llevaba a otra pregunta, y al cerrar un libro siempre se abrían nuevos interrogantes: ¿de dónde procedían todos aquellos libros escritos por gente que de la que no había oído hablar nunca? ¿Dónde estaba el planeta llamado Tierra? ¿Eran la Tierra y Arcadia el mismo lugar? ¿Dónde habitaban los Dioses de Arda? ¿Por qué los sacerdotes dictaban las leyes, interpretaban la voluntad de los Dioses y controlaban las vidas de los arcadios? ¿Por qué los navegantes dirigían Arcadia? ¿Por qué la comandancia era un cargo hereditario? ¿Por qué los braceros nacían braceros y los navegantes, navegantes?

En los libros, Breece descubrió que gran parte de lo que les contaban en la escuela y daban por hecho era mentira, como cuando intuyó que Arcadia no era plana. Su planeta solo era uno más de los trillones de mundos que existían en el Universo. El Sol era una estrella amarilla de tamaño mediano y tipo espectral G2, bastante común por añadidura. Existían otras formas de organización social que no pasaban porque los braceros hicieran

todo el trabajo sin posibilidad de elección y a cambio de nada. Había otros Dioses a los que adorar además de los Dioses de Arda que los sacerdotes se empeñaban en hacer pasar por los únicos y verdaderos. Y, sobre todo, Breece aprendió que había más preguntas que respuestas, muy lejos de la certeza revelada que en la escuela trataban de enseñarles a hacer coincidir con la realidad.

Con el profesor Dolzer no volvió a cruzar ninguna palabra más allá del ámbito puramente académico hasta mucho después de que le hiciera llegar la biblioteca. Al principio se sentía tentada de hacerlo, de compartir con alguien lo que había descubierto en sus lecturas de la tarde anterior, el asombro o la indignación o la duda. Pero no lo hacía por prudencia. Luego, con el tiempo, Breece se acostumbró a guardar todo aquello solo para ella, y a discutirlo con un interlocutor imaginario dentro de su cabeza durante los largos años escolares.

El día de su graduación, con dieciséis años recién cumplidos y convertida oficialmente en una bracera adulta que podía incorporarse al tejido productivo de Arcadia, el profesor Dolzer se acercó a felicitarla.

—Enhorabuena, señorita Oreze. Me han dicho que le han asignado un buen puesto en la planta de reciclaje de aire.

—Sí, muchas gracias. Empiezo mañana.

—Ni un día de descanso para los braceros —dijo con una leve sonrisa que podía significar aquiescencia o ironía—. Espero que el tiempo de estancia en la Escuela Integral para Braceros B6/3 le haya sido provechoso.

—Desde luego que lo ha sido —dijo Breece, y no pudo resistir cierto sarcasmo —. Ahora sé sumar y restar bastante bien.

El profesor rió, pero solo con los ojos, para no perder su habitual expresión adusta.

—No está mal para un bracero después de dieciséis años de instrucción. Y creo que también es capaz de escribir sin faltas de ortografía.

—Sí, aunque solo frases simples. A los braceros no se nos permite hacer subordinadas.

Esta vez el profesor rió con ganas y provocó un pequeño revuelo en el patio. Algunos estudiantes podrían contar durante el resto de sus vidas que una vez vieron al profesor Dolzer reírse en público.

Dolzer miró a Breece directamente a los ojos con esa mirada suya tan intensa, como si estuviera tomando una decisión muy importante. Luego pareció llegar a alguna conclusión y se relajó. Tendió su mano huesuda a la chica y las chocaron a modo de

despedida.

Cuando se separaron, Breece notó el tacto rugoso y algo sudado de un pequeño pliego de papel en su palma. Se lo guardó en el bolsillo y no lo abrió hasta mucho más tarde, cuando por fin pudo instalarse en el departamento que le habían asignado gracias a su nueva condición de trabajadora. Allí, a la luz de una mezquina bombilla, rodeada de cajas de embalaje donde se apretujaban sus escasas pertenencias y de los ruidos de los vecinos que se filtraban a través de los tabiques, se sentó en el viejo sillón que ya había conocido a varias generaciones de recién titulados y sacó el papelito del bolsillo. Lo desplegó con cuidado y leyó: «Si quiere saber más: 0101009 a las 2000»

El mensaje solo podía tener sentido para una trabajadora de la planta de reciclaje de aire. Los colectores y emisores de aire de toda Arcadia se clasificaban en secciones, subsecciones y ramales. Breece lo había tenido que estudiar como parte de su formación para acceder al trabajo. Sección 1, subsección 1, ramal 9. A las ocho de la tarde, una hora después de la puesta del sol y del toque de queda.

Era una cita clandestina.

Acababa de ingresar en la Resistencia.

En aquella primera ocasión la reunión tuvo lugar en un lugar de fácil acceso, y por ello más peligroso, porque Breece aún no conocía los trucos para burlar a la guardia ni a las cámaras de vigilancia. Se trataba de un cobertizo abandonado en un cañaveral cerca del río. La chica llegó al cañaveral con diez minutos de antelación. Allí se topó con un tipo alto y fornido, de poblados bigotes. Supuso que sería un vigilante o algo parecido, pero no tenía modo de saberlo. El tipo apareció de repente entre las cañas y Breece tuvo la impresión de que el estómago se le desfondaba.

—¿Dónde va usted a estas horas? —dijo el hombre.

—Eh... Buscaba a... Solo paseaba...

—¿Acostumbra usted a pasear por el río a oscuras?

—Sí. Bueno... Es que me he graduado hoy y... estaba celebrándolo.

Hubo un silencio. El hombre del bigote poblado la miraba desde su imponente altura, con los brazos en jarras. Entonces relajó el gesto y dijo:

—Mi nombre es Roland. Trabajo en transportes. Hoy haré de centinela. Pase por allí, el señor Dolzer ya la está esperando.

Y le indicó un sendero entre las plantas que descendía hasta casi la orilla del río. Breece lo siguió como en un sueño, y al llegar al cobertizo ruinoso vio una luz tenue en el interior y unas voces

quedas que susurraban palabras ininteligibles.

Breece entró con la sorpresa y la esperanza llenándole el rostro. En cuanto la vio, Seldon se levantó y le estrechó la mano, repitiendo el gesto que había compartido esa misma mañana, pero con un significado totalmente diferente: lo que por la mañana había sido la despedida del profesor a la estudiante que abandona la escuela, ahora era la bienvenida del cicerone a los entresijos de una realidad oculta y, tal vez, la promesa de un nuevo mundo.

—Bienvenida a nuestra discreta comunidad, señorita Oreze. —dijo—. Me alegro de que pueda acompañarnos.

—Gra... cias —acertó a responder ella, demasiado desconcertada aún como para poder reaccionar de otro modo.

—Lo que está viendo aquí, señorita Oreze, es una de las células de un movimiento de rebelión que existe desde hace décadas, tal vez siglos, a este lado del mar, y que hemos dado en llamar la Resistencia. Todos hemos tenido acceso a la biblioteca clandestina, cuya procedencia original se pierde en la noche de la desmemoria, y todos nos hacemos más o menos las mismas preguntas acerca de, por así decirlo, el presunto orden natural de las cosas. Nuestro objetivo último es cambiar ese orden. Sobre los medios, tácticas y estrategias para hacerlo, es de lo que hemos venido a discutir aquí esta noche.

Después, los demás dieron la bienvenida a Breece con un saludo más o menos caluroso, y así se concretó, como en otras ocasiones, el ingreso de una nueva miembro en la sociedad secreta.

Aún esperaron unos minutos hasta que estuvieron todos en el cobertizo, sentados en el suelo formando un apretado círculo. El resto de la reunión discurrió por los derroteros que Breece pronto comprendió que resultaban habituales. Lynx Gutierre, una mujer pequeña y desgreñada de gestos enérgicos, que resultó ser la directora de la célula, enseguida tomó la palabra para defender una acción inmediata y enérgica contra los navegantes y sus guardianes, y pronunció una palabra que Breece no había oído nunca: huelga. Seldon intentó calmarla, hacerle ver que, en un desafío frontal con la Guardia, los braceros tenían mucho que perder y poco que ganar, que aún no era el momento, que había otros modos de acercarse a sus objetivos. Los demás asistían a la discusión entre murmullos de aprobación cuando hablaba Seldon o de desacuerdo cuando gritaba Lynx.

En los meses siguientes hubo muchas más reuniones, aunque nunca volvieron a hacerlas en el viejo cobertizo. Le enseñaron el modo de eludir a las patrullas, los focos y las cámaras, y desde

entonces se encontraron casi siempre en el almacén abandonado junto al colector primario de aire. Tras la emoción de la primera vez, pronto las reuniones se convirtieron en una especie de representación teatral repetida mil veces, donde Seldon y Lynx decían una y otra vez lo que todos sabían que iban a decir, sin llegar nunca a ningún acuerdo práctico. Aunque todos parecían, o fingían, estar en su contra, o quizá por eso mismo, Breece no pudo evitar empezar a sentir simpatía por Lynx, por esa mujer menuda y resuelta que no tenía miedo a enfrentarse a todos los dirigentes de la rebelión encabezados por Seldon Dolzer, aunque no se atrevía a apoyarla demasiado en público por respeto a su viejo maestro y porque, en el fondo, temía que la considerasen una chiquilla alocada.

La reunión de hoy parecía una más y, sin embargo, iba a resultar diferente. Breece no tenía modo de saberlo cuando se acercaba al almacén atravesando el túnel abandonado, bostezando de cansancio y con un dolor de cabeza incipiente. La cuenta atrás había comenzado y, cuando el sol volviera a salir, el mundo ya no sería el mismo.

4. **Resistencia**

Gloria a los Dioses de Arda
que ordenan el mundo según su voluntad
y condenan a los impuros
a arder en las llamas del Abismo.

Seldon Dolzer había oído esa primera estrofa del Himno de Arcadia cada día de su vida y por ello la odiaba con toda su alma. Lo cantaban al principio y al final de la jornada en la Escuela Integral para Braceros B6/3, niños, niñas y docentes puestos en pie y con la mano en el pecho. Eran las normas, así había sido y siempre sería en Arcadia porque los Dioses de Arda lo habían dispuesto.

Odiaba cada palabra de esa canción tanto como un ser humano puede odiar algo. Las odiaba con la intensidad fría y despiadada del hidrógeno líquido.

Seldon Dozer esperaba en el almacén anexo al colector de aire primario a que llegaran los demás asistentes a la reunión. Era el líder de la Resistencia desde hacía más años de los que podía recordar, y le gustaba asistir a todas las reuniones que podía. Lynx Guiterre, la directora de la célula local, no desperdiciaba ninguna ocasión de demostrar su desprecio por Seldon, a quien consideraba un viejo amargado y sin iniciativa, pero eso a él no le importaba. Casi le resultaba estimulante. Le hacía recordar los viejos tiempos en los que él también fue un bracero joven recién llegado al movimiento rebelde y con ganas de cambiar el mundo. No, Seldon no odiaba a Lynx por sus desplantes, ni por ninguna otra cosa. Sus reservas de odio estaban agotadas con el Himno de Arcadia y todo lo que representaba.

Aprendió el Himno de memoria aún antes de saber hablar, como todos los niños de su lado del mar. Lo oían varias veces cada día en el lugar donde estaban institucionalizados: en el jardín de infancia desde que nacían hasta los cuatro años, en la escuela hasta los dieciséis, y después en el lugar de trabajo que el comité

correspondiente les asignaba.

Gloria a los Dioses de Arda. Los Dioses estaban por todas partes en Arcadia, llenaban todos los resquicios como el agua de la lluvia con sus admoniciones, sus normas arbitrarias, sus cóleras divinas. Y por todas partes estaban también los guardianes de la ortodoxia, los intérpretes exclusivos de los libros sagrados y de los deseos de los Dioses: los sacerdotes, envaradas figuras que vigilaban y dirigían cada uno de los movimientos de su rebaño con el celo desapasionado de los pastores.

A los braceros los separaban de sus madres justo después de nacer, convenciéndolas de que era lo mejor para todos. Ellas podían así reponerse antes de los esfuerzos del parto y volver al trabajo, decían, y los pequeños se desarrollaban mejor recibiendo la atención de profesionales de la crianza en lugar de los maternales brazos inexpertos. Ahí terminaba el papel de las madres, reducidas a meros recipientes en los que poder fabricar tantos braceros como necesitase el sistema productivo, cuya cantidad, por cierto, era minuciosamente calculada por otro comité y detallada en los informes de los planes quinquenales.

Los sacerdotes tomaban el control desde el principio, supervisando al personal que atendía a los niños. Nunca hacían el trabajo ellos mismos: el trabajo manual, aunque solo fuera agacharse para recoger un papel caído en el suelo, estaba mal considerado en Arcadia. Como si usar las manos para cuidar a un bebé, o construir una silla, o reparar un mecanismo estropeado, las marcase de algún modo con alguna mancha ignominiosa. No, los sacerdotes no hacían tal cosa: ellos se limitaban a controlarlo todo. Así lo habían dispuesto los Dioses de Arda. Eran braceros, provistos de la formación adecuada para ejercer su trabajo (ni un poco más, ni un poco menos), los que se encargaban de alimentarlos, asearlos y mantenerlos con vida.

Seldon fue un niño precoz y, en muchos sentidos, brillante. Si hubiera nacido al otro lado del mar, es probable que hubiera llegado a ser consejero. Conservaba recuerdos de su más lejana infancia, mucho más lejanos que los que suele tener la gente. Recuerdos del tiempo en el que aún no sabía leer ni escribir y los textos escritos le parecían hermosas filigranas indescifrables, e incluso más lejanos, de cuando todavía no podía andar y pasaba muchas horas tendido en una cuna rodeado de otros bebés como él. De tarde en tarde se abría una puerta por la que entraba la luz y todos miraban en esa dirección porque sabían —de esa forma intuitiva e implacable en la que los niños muy pequeños perciben el

mundo— que su cuidador aparecería por allí y les dedicaría unos minutos a cada uno, unos pocos minutos de cálido contacto humano para cambiarles el pañal y tal vez asearlos un poco antes de pasar a la siguiente sala.

Seldon Dolzer, el tranquilo profesor de ciencias, sabía que podía ser un falso recuerdo, pero le parecía que ya entonces, cuando el cuidador volvía a tumbarlo en la cuna, experimentaba un sentimiento que luego lo acompañaría toda su vida: rabia. Rabia por no comprender por qué tenían que dejarlo solo y desamparado tan pronto. Rabia porque intuía de algún modo que no debía de estar allí, que algo funcionaba mal en todo aquello. Rabia por la impotencia de saber que no podía hacer nada para remediarlo, salvo llorar, llorar con todas sus fuerzas hasta que le dolieran los pulmones y su presión sanguínea subiera tanto que pareciera que el cráneo le iba a estallar.

Luego creció y comprendió que no servía de nada quejarse. Permitió que la rabia fluyese por dentro, en silencio, como un arroyo que recorre una tierra labrada y se va filtrando lentamente hasta alimentar todas las capas del subsuelo. Pudo haber germinado algo terrible y monstruoso, pero tuvo suerte, o talento, y aprendió a enfrentarse a la rabia con serenidad, a utilizarla en lugar de dejar que lo consumiera.

Supo crecer agazapado, forjando para los demás una imagen de niño disciplinado y eficiente. Unida a su precocidad con las letras y los números, fueron los motivos para que lo designaran como futuro profesor. A los docentes les reservaban una educación algo más rica y variada que a los limpiadores, zapateros o mecánicos, pero en general se limitaban a repetir las consignas de las Escrituras Sagradas para tratar de explicarlo todo. Todo. También, por supuesto, por qué los braceros vivían de forma miserable a un lado del mar y los navegantes llevaban una vida suntuosa al otro, por qué los braceros tenían que trabajar hasta la extenuación para mantener los sistemas de Arcadia en funcionamiento y los navegantes no, por qué todos los sacerdotes procedían de familias de navegantes, por qué unos y otros decidían sobre el destino de los braceros sin pedirles si quiera su opinión.

La biblioteca clandestina cambió su vida, como la de muchos otros antes que él. Seldon la recibió cuando tenía diez años. Uno de los hombres que limpiaban la escuela por las tardes la pegó bajo su pupitre con un poco de cinta adhesiva y le dejó una nota sobre el tablero que decía: por favor, no olvide sus objetos personales al salir de clase. Seldon miró extrañado bajo la mesa para comprobar si, en

efecto, se había olvidado algo y allí vio la pequeña tarjeta de memoria.

Una noche, después de los primeros meses de lecturas, tuvo un pensamiento demoledor. Vino a su cabeza al meterse en la cama y fue tan brusco que se tuvo que incorporar. Podemos cambiarlo todo, se dijo. Podemos cambiar este orden de cosas injusto. Se trataba de una cuestión numérica: los braceros eran más, muchos más. Estaban abotargados, ofuscados por el peso de las tradiciones, de la educación recibida, de las normas sagradas, de la ignorancia. Pero si unos pocos conseguían hacer la fuerza suficiente y los demás se les unían, serían lo bastante poderosos como para cambiar todo el maldito sistema.

Los niños, pensó Seldon. Hay que empezar por los niños. Fue así como el trabajo que le habían asignado, profesor de ciencias en una escuela para niños de cuatro a dieciséis años, cobró de pronto una nueva dimensión de importancia. En su futuro trabajo iba a estar en contacto con los niños, de modo que podría detectar a aquellos que serían la semilla del cambio, contactar con ellos como habían contactado él, alimentar el fuego de libertad que anida en todos los niños antes de que la fuerza brutal de la tradición lo apague.

Un día, abandonó la escuela como estudiante y regresó a la mañana siguiente convertido en profesor. Entró en la Resistencia esa misma tarde. El limpiador que le había facilitado la biblioteca clandestina se encargó de contactar con él en el patio y lo citó para una reunión después de la hora de salida.

Fue un alivio, al menos al principio, comprobar que no estaba solo. Que había otros que pensaban que podían cambiar el mundo. Se reunían cada vez en un sitio diferente. Al principio, Seldon no sabía quién decidía la fecha de la convocatoria, el orden del día, el lugar de la reunión, pero poco a poco fue conociendo a la gente que formaba parte de aquel grupo secreto y aprendió cómo se organizaban.

A las primeras reuniones acudía lleno de entusiasmo, preguntas, ideas. Enseguida se sintió libre para expresarlas. ¿Por qué sólo se puede entrar en la Resistencia al terminar los estudios? ¿Cuál es nuestro plan, si tenemos alguno? ¿Qué propósito tiene esta reunión? ¿Cómo se decide qué estudiantes son los apropiados para hacerles llegar la biblioteca clandestina? ¿Cuántos somos ahora, cuál es nuestra fuerza? ¿Por qué no exigimos mejores condiciones de trabajo, más días de descanso, unas viviendas dignas? ¿Por qué no presionamos a los navegantes para lograrlo? ¿Por qué no saboteamos algunos sistemas, o iniciamos una huelga selectiva, o

paralizamos todo el planeta? Somos más, les decía una y otra vez, somos muchos más y esa es nuestra fuerza.

Los otros respondían con un leve movimiento de cabeza y una sonrisa condescendiente. Jóvenes alocados, parecían pensar. Jóvenes alocados con ideas estúpidas. Y se quedaban allí, quejándose de las desigualdades sociales, la miseria de los braceros, la codicia de los navegantes y la mezquindad de los sacerdotes. Hablaban y hablaban y nunca hacían nada, y siempre se referían a un día en un futuro distante en el que se haría justicia y se reconocería la iniquidad y todos vivirían felices.

Al principio, Seldon confiaba en que pronto alguno de aquellos braceros de aspecto grave y rostro avejentado por el trabajo que hablaban en largos monólogos durante las reuniones, diera un puñetazo en la mesa y dijera, hasta aquí hemos llegado, ahora les vamos a plantar cara, la Resistencia cuenta con cien, o con mil, o con diez mil braceros, y arrastraremos a los demás a la lucha, y pondremos las cosas en su sitio. Pero ese momento nunca llegaba, y durante las reuniones Seldon se impacientaba y notaba como la rabia volvía a bullir en su interior sin que apenas pudiera controlarla, y a veces estallaba y decía lo que pensaba y volvían a mirarlo con esa mirada condescendiente que lo irritaba todavía más.

Hasta que se dio cuenta que de ese modo no lograría nada. Aquellos hombres y mujeres de la Resistencia ya habían hecho bastante. Habían desafiado al poder establecido, habían creado o mantenido la estructura secreta y seguían organizando sus reuniones clandestinas. No se les podía pedir más. Ellos también eran esclavos de la tradición y de la educación que habían recibido. Les resultaba imposible ir más allá. Le correspondería a él, a Seldon Dolzer, y a los braceros de su generación, y a los que vinieran detrás, dar el siguiente paso. Comprendió con resignación que el cambio que tanto ansiaba iba a ser un proceso largo cuyos frutos quizá no alcanzaría a ver.

Cambió entonces de actitud y, a ojos de los demás, me apaciguó, lo que fue muy bien recibido por sus compañeros. Los que antes recelaban de ese joven tan estridente empezaron a acercarse a él y a tratarlo como uno más en su inofensiva sociedad secreta. Seldon volvió a interpretar el papel de tipo sereno y juicioso, y poco a poco fue ascendiendo pasos en el escalafón.

Al cabo de unos años pasó a ser el director de la célula local, y su habilidad con los trámites administrativos junto con su trabajo en la escuela, donde tenía que tratar inevitablemente con los

sacerdotes, lo llevaron poco después a ser el miembro más joven del consejo rector de la Resistencia. Allí fue fácil maniobrar entre los marchitos consejeros para que tomaran las decisiones que Seldon consideraba adecuadas y, cuando el presidente del consejo murió de puro agotamiento en su puesto de trabajo de la planta de procesamiento de residuos a la avanzada edad de cuarenta y tres años, el consejo estimó por unanimidad que él, Seldon Dolzer, era la persona más adecuada para ser el nuevo presidente. Tenía entonces veinticinco años. Aún le quedaban, con suerte, otros quince, tal vez veinte, para tratar de poner el rumbo hacia donde él creía que debían dirigirse.

Una de sus obsesiones fue el reclutamiento. Quería reclutar más y más gente para la Resistencia. Sabía que había que escogerlos con cuidado, que era peligroso proporcionar la biblioteca clandestina a cualquiera porque podría delatarlos, y más de un compañero había caído por ese motivo. Pero estaba convencido de que sólo a partir de un número crítico de personas comprometidas conseguirían, llegado el momento, movilizar a todos los braceros.

Bajo la presidencia de Seldon, incrementaron el número de reclutados y abrieron nuevas células, siempre dirigidas por gente joven y animosa a los que él se empeñaba en conocer personalmente. Se ocuparon de infiltrar personas de confianza en todos los estratos del sistema: agricultores, cocineros, técnicos, recicladores, limpiadores, instaladores, informáticos, transportistas... En las áreas críticas, intentaban contactar con varias personas a la vez.

Reclutar, desde luego, era lo más peligroso. Nunca se podía estar seguro de cómo iba a reaccionar la persona con la que tratabas. Seldon no quiso encerrarse en una burbuja presidencial, y se encargaba de reclutar a muchos desde su puesto como profesor de ciencias. En los años que trabajó en la Escuela Integral para Braceros B6/3, contactó con más de un centenar de chicos y chicas, y todos, sin excepción, después de hacer su propio recorrido personal por la biblioteca clandestina, acabaron uniéndose a la Resistencia.

A veces tenía sus dudas sobre alguno de ellos, necesitaba observarlo durante meses o años antes de decidirse a dar el peligroso paso de hacerle llegar la biblioteca. Debía asegurarse de que tenían esa especie de luz en los ojos. Pero otras veces la elección estaba clara, como con aquella chiquilla, Breece Oreze, cuando se plantó delante de él y con su corta estatura le espetó que Arcadia era una esfera pero que no comprendía por qué se

mantenían pegados a ella. Sólo tenía nueve o diez años y había llegado a esa conclusión ella sola después de una excursión por el campo.

Seldon prefería esperar a que los chicos fueran un poco más mayores para trabar contacto, pero con aquella niña de ojos grandes y despiertos lo tuvo tan claro que le pasó la tarjeta de memoria oculta entre unos papeles ese mismo día. Funcionó, como las otras veces. Al día siguiente fue a verlo visiblemente nerviosa y con signos de no haber dormido en toda la noche, y él hizo lo habitual: le pidió que fuera discreta, que no lo comentara con nadie, y que leyera, que leyera todo cuanto pudiera, que dejase que unos libros la llevasen a otros como el hilo de Ariadna sacó a Teseo del laberinto y que extrajese sus propias conclusiones sin verse condicionada por sus opiniones ni por las de ningún otro. Solo así podrían contar en el futuro con braceros que supieran pensar por sí mismos.

El ruido de la puerta lo sacó de su ensimismamiento. Breece entró acompañada de Lynx Gutierre, la directora de la célula. La buena y gruñona de Lynx. Su herida era más grande, o más reciente, que la de los demás, y por eso se empeñaba una y otra vez en incitar al grupo a una acción irreflexiva. Las dos mujeres saludaron a Seldon y se sentaron juntas, frente a él. Luego llegó Roland, con su bigote imponente, y el resto de los miembros de la célula, pero Seldon se había quedado mirando a Breece. Lynx y ella hablaban en voz baja, en tono confidencial, haciendo aspavientos con las manos. Supuso que estaban hablando de él. De pronto, la joven levantó la vista y lo miró, y Seldon vio un destello indudable de decepción de sus ojos y supo, con una punzada en el estómago, qué era exactamente lo que Breece veía: un viejo acartonado y acomodaticio que solo hablaba, hablaba y hablaba sin llegar nunca a ningún lugar. Lo supo porque él también lo había visto en otros hacía mucho tiempo, cuando entró en La Resistencia. Se dio cuenta de súbito de que era cierto lo que llevaba un tiempo intuyendo: los años y la costumbre lo habían convertido en un burócrata. Cumpliría cuarenta años durante el próximo ciclo de lluvias. Estaba amortizado. Era el momento de ceder el testigo.

Pero ya no tendría tiempo de hacerlo. Esa misma noche, el control de la Resistencia se le escaparía de las manos y todos los pequeños logros por los que había trabajado a lo largo de su vida, y hasta sus propias convicciones, se le desharían entre las manos como el barro en el agua.

5. **Conspiración**

Así era la vida en el lado de los braceros. Unos conspiraban en secreto contra el orden establecido, otros conspiraban contra los conspiradores, y otros no habían oído hablar jamás de la Resistencia. Pero todos, a lo largo y ancho de la Zona B, trabajaban cada día hasta la extenuación.

Lynx acudió a esa reunión sin ninguna idea preconcebida. Con la intención, en realidad, de no alterarse por nada que Seldon pudiera decir. Pero, eso sí: si el jodido Seldon pretendía sermonearla con su discurso de siempre, no se iba a quedar callada.

A Lynx, en realidad, le cansaba aquella disputa. Había discutido muchas veces con Seldon, en público y en privado, sobre el rumbo que debía tomar la Resistencia, sobre lo que debía o no debía hacerse, y Seldon siempre se las había arreglado para salirse con la suya. Ahora Lynx se sentía exhausta, desencantada, como si algo se hubiera marchitado en su interior.

Lynx estaba destinada en las cocinas. Dieciséis horas al día en una cocina industrial preparando y empaquetando las tres decenas de toneladas de comida que diariamente se consumen en Arcadia. Nadie le preguntó si quería dedicarse a eso. Alguien lo decidió por ella cuando tenía ocho años. Lo hicieron mirando un electroencefalograma y los gráficos que salían de esos endiablados tests de personalidad que les hacían pasar, con preguntas del tipo de «Me divierto siguiendo las instrucciones que me dan» (Totalmente en desacuerdo, en desacuerdo, ni de acuerdo ni en desacuerdo, de acuerdo, totalmente de acuerdo). Ni ella ni ninguno de su clase entendían la mitad de las preguntas y las contestaban al azar, pero a nadie parecía importarle. Los sacerdotes con sus cráneos afeitados se limitaban a aplicar el protocolo sin tener ni idea de lo que hacían. Y después, alguien en algún despacho al otro lado del mar decidió que Lynx iba a ser cocinera, y nadie le pidió su opinión, porque iba a ser cocinera cocinera lo quisiera o no el resto de su vida, dieciséis horas al día, por deseo de los Dioses de Arda.

El trabajo en las cocinas era duro. No tan duro cono en las

fundiciones o en las granjas, pero mucho más duro que el de los navegantes allá en la Ciudad Blanca. Navegantes, pensaba Lynx con amargura. Qué coño de navegantes, si no habían pisado un barco en su vida. Lo único que hacían era tocarse los huevos, o los ovarios, y así todo el día, estación tras estación, acudiendo a fiestas de mierda donde presumir de modelitos y ponerse morados de comer los mejores platos que salían de las cocinas braceras.

Porque los navegantes y los sacerdotes no comían lo mismo que los braceros. Lynx lo sabía bien. Todas las materias primas pasaban un primer filtro y eran dirigidas a una u otra línea de producción. El solomillo y la fruta de primera calidad, a la línea de los navegantes. La carne de vaca vieja y los tomates medio podridos, a la de los braceros. Todo bien clasificado bajo la atenta mirada de los sacerdotes que supervisaban hasta la última minucia como si les fuera la vida en ello.

A los braceros se les asignaba una ración diaria perfectamente medida y estudiada según la edad y el tipo de trabajo. No les estaba permitido tomar ni una caloría más de lo establecido. El porcentaje de hidratos de carbono, proteínas, vitaminas y otros nutrientes estaba fijado en su ficha personal por un comité de navegantes a los que nunca habían visto. El rancho salía de la línea de producción empaquetado, sellado y etiquetado con nombre y apellidos. Los transportistas repartían los paquetes a diario por los centros de trabajo, donde tenían exactamente quince minutos para engullir esa bazofia que casi siempre sabía a rayos pero que al menos le llenaba a uno el estómago.

Para los navegantes la cosa era por completo diferente. Aunque apenas mil quinientos vivían en la Ciudad Blanca, y menos aún en otras ciudades más pequeñas, casi toda la planta estaba dedicada a atender sus caprichos culinarios. Cada navegante hacía diariamente su petición personalizada, y los cocineros como Lynx la consultaban a través de los ordenadores y la atendían con premura. Un auténtico ejército trabajaba en la línea de producción para navegantes convirtiendo en realidad sus deseos. Nunca reparaban en gastos para ello, y nadie controlaba las calorías ni las proteínas. Y si la comida no satisfacía al navegante de turno, presentaría una queja formal al comité y te apercibirían. Al tercer aviso, estarías fuera. Literalmente. Te sacarían a empellones de la fábrica, o de tu cama, y nadie volvería a verte nunca.

Nadie preguntaba a dónde se llevaban a la gente amonestada. Nadie lo sabía. Ni siquiera tenían un lugar donde llorar su pérdida.

En la planta todos eran buenos en su trabajo, así que no sucedía

a menudo, pero a veces pasaba. Le podía ocurrir a cualquiera, sin ir más lejos, era un gran cocinero, y ya no estaba. Ellos se lo llevaron porque a alguien del otro lado no le gustó la salsa.

En realidad, fue Lynx la que lo empezó todo. Héctor le gustaba, le gustaba mucho, y ella le gustaba a él, y estaban pensando en preparar los papeles para que les dejasen vivir juntos y tal vez tener hijos. Ambos tenían en regla los Certificados de Aptitud Genética, y eran compatibles, de modo que no había ningún impedimento.

Un día Lynx se puso a flirtear con Héctor durante el trabajo. Discretamente, para que los sacerdotes que los vigilaban no se percatasen. Oteaban como avestruces peladas desde los pasillos acristalados de la planta superior, de modo que podían ver a los cocineros pero apenas oír lo que decían. Lynx conocía un millón de trucos para hablar de cosas prohibidas sin que se notase, así que aprovechaba cada vez que pasaba por detrás de la mesa de Héctor y le susurraba alguna guarrada al oído. Él sonreía y seguía a lo suyo, sus manos moviéndose con la seguridad del que ha hecho ese trabajo durante años, deprisa pero sin aspavientos, sabiendo dónde estaba cada ingrediente, como manipular cada herramienta, qué cantidad exacta de aceite o de sal necesitaba esa ensalada.

La queja llegó esa misma tarde. Un sacerdote lo anunció por la megafonía en el tono autoritario e inexpresivo de siempre. Héctor Liang, diríjase al puesto del supervisor. El estofado de ternera con salsa de ostras estaba demasiado pasado. Que no se vuelva a repetir.

Fue un duro mazazo. El ambiente casi festivo de unas horas antes se volvió sombrío. Héctor descubrió que, al estar bajo presión, o al haber cuestionado su profesionalidad, sus manos se volvían torpes y casi temblorosas. No podía permitirse otro error.

La campana lo salvó aquel día, pero a la mañana siguiente fue aún peor. Héctor no había conseguido dormir bien y pronto toda la fortaleza que había tratado de acumular en las horas de insomnio se resquebrajó. Cuando llegó el segundo aviso, tras el desayuno, Lynx comprendió con un martillazo en el estómago que Héctor no aguantaría hasta el final del día. No había forma de ayudarle sin levantar las sospechas de los sacerdotes. No había nada que pudieran hacer.

De modo que allí estaban: varios cientos de cocineros trabajando en la inmensa nave, cada uno en su mesa, atendiendo los pedidos, haciendo visitas de cuando en cuando a las cámaras frigoríficas o a las despensas, con la sombra de lo inevitable flotando como un manto lúgubre sobre sus cabezas. Y Lynx pensaba, por favor, por favor, por favor, que no cometa otro fallo, que resista esta tarde y

duerma bien por la noche y recobre la confianza y salga de esta, es el mejor cocinero que he conocido nunca, dentro de un mes le quitarán una de las amonestaciones, y dentro de seis estará limpio de nuevo.

El tercer aviso no llegó por megafonía. Dos guardianes vestidos con sus uniformes acorazados entraron de improviso en la sala, se dirigieron hacia Héctor y lo agarraron por los brazos. En volandas se lo llevaron por la puerta trasera. Miró a Lynx una última vez y ella nunca olvidaría esos ojos en los que había un gesto de incredulidad y también de rencor. Rencor porque aquella sala estaba llena de gente e iban a permitir que dos perros enviados por los sacerdotes se lo llevasen sin que nadie moviera ni un músculo.

Por un momento, Lynx estuvo tentada de correr con el cuchillo de carnicero en la mano y clavárselo en la espalda a uno de aquellos malnacidos. Tal vez los otros me sigan, pensó. Y si no, al diablo con lo que pase. Pero no hizo nada, se quedó allí plantada mirando como se llevaban a Héctor con los dientes tan apretados que empezaron a rechinarle sin darse cuenta y sabiendo que nunca iba a poder olvidar su última mirada.

Y luego aparecía Seldon Dolzer en las reuniones y empezaba con la cantinela de que tenían que tener paciencia y que poco a poco iban consiguiendo cosas. Una mierda. Los braceros seguían viviendo y muriendo exactamente igual que en tiempos de sus bisabuelos. Y las sanguijuelas del otro lado seguían aprovechándose de ello, con la connivencia de los sacerdotes y de sus perros guardianes. Los cambios solo eran superficiales, para mantenerlos contentos e ignorantes. Qué diferencia había entre tener un visor de documentos de cuarenta años de antigüedad u otro de solo veinte. Hasta Dolzer debía saber eso, pero se aferraba a su sillón como las garrapatas a la piel.

Tal vez todo sería diferente si Dolzer no fuera tan blando, pensaba Lynx a menudo. Si los demás braceros vieran que podemos hacerles frente, a todos ellos, porque somos más y no tenemos nada que perder... Dolzer tenía los medios, controlaba todas las células, había sabido hacerse respetar, eso Lynx tenía que reconocérselo. Si quisiera, podría ponerlos en marcha con solo chasquear los dedos. Chas, y mañana todos los sistemas están paralizados, y las sanguijuelas no reciben sus pedidos de comida y empiezan a retorcerse de hambre. Y chas, el suministro eléctrico deja de funcionar y ya no sale agua potable por los grifos. Y chas, las sanguijuelas envían a los perros y estamos aquí para recibirlos, y solo tenemos palos y piedras, pero por cada uno de ellos hay cien,

hay mil de los nuestros. Y chas, al final, alguna sanguijuela a la que aún le queden dos dedos de frente se da cuenta de que nosotros podemos sobrevivir sin ellos, pero ellos sin nosotros no.

6. **La reunión**

Cuando Breece llegó a la puerta del almacén, Lynx ya estaba empezando a impacientarse. No quería entrar y quedarse a solas con Dolzer, pero tampoco estaba acostumbrada a esperar para hacer lo que hubiera que hacer.

—Ah, Breece, eres tú.

—Hola, Lynx. ¿Eres la primera?

—No. Dolzer está dentro.

—Ah.

—Acabo de llegar —murmuró Lynx, como si necesitara explicar por qué no había entrado aún.

Las dos abrieron la puerta del almacén y encontraron a Dolzer sentado tras una mesa desvencijada. El hombre les sonrió. Fue una sonrisa forzada. Parecía más viejo que nunca.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —respondió Breece. Lynx se limitó a gruñir y a mover la cabeza a modo de saludo.

—¿Cómo está, señorita Oreze? —preguntó Dolzer—. Me dicen que es usted una eminencia en la planta de reciclaje.

Breece sonrió:

—En ese caso debería cambiar de informadores, profesor.

Las dos mujeres se sentaron juntas al otro extremo de la mesa y comenzaron a hablar en voz baja. De vez, en cuando, Breece miraba disimuladamente a Dolzer. Los ojos del profesor estaban húmedos, tal vez a causa del cansancio.

Roland entró como un torbellino, con sus casi dos metros de estatura y su bigote desaliñado. También se había dejado crecer algo la barba, lo que le daba un aspecto fiero. Era raro que un bracero superase el metro sesenta, y por eso Roland destacaba en cualquier lugar al que fuese. Pronto llegaron todos los demás. Una decena de personas estaba sentada a la mesa cuando Dolzer habló:

—Bien, parece que estamos todos. Buenas noches. Nos hemos reunido para...

—Perdona, Seldon —lo interrumpió Lynx—, pero la directora de

la célula soy yo. Si no te importa, dirigiré la reunión. Cuando desees hablar puedes levantar la mano y se te concederá la palabra.

Seldon asintió con otra sonrisa forzada. No parecía herido, solo cansado.

—De acuerdo —dijo Lynx—. Es otra reunión de trámite. Ya sé que todos queremos irnos a dormir, así que seré breve. Aquí tengo las cifras de contactos. El último mes hemos hecho llegar la biblioteca a tres personas más de las que teníamos referencias razonables. Con suerte dos de ellos se unirán a la Resistencia dentro de unos años.

Seldon levantó la mano para pedir la palabra. Lynx lo miró con gesto de fastidio y dijo:

—Seldon.

—Gracias —repuso este—. Han sido cuatro.

—¿Qué?

—Que han sido cuatro personas. Yo mismo hice llegar una copia de la biblioteca a un chico de quinto grado de la escuela.

—Oh, genial —dijo Lynx—, entonces cuatro. Imagino que en la Comandancia deben de estar temblando de miedo.

Se hizo el silencio. Lynx desafió a Seldon con la mirada. Todos sabían que la tormenta estaba a punto de estallar. Breece trató de desviar la conversación:

—Creo que deberíamos tratar en serio el asunto de cambiar el lugar de las reuniones. Esta zona está cada vez más vigilada. Hoy una patrulla ha estado a punto de sorprenderme.

Se escuchó un murmullo de aprobación, pero cuando se hizo de nuevo el silencio todos se percataron de que Lynx y Seldon seguían mirándose sin prestar atención a los demás. Muy despacio, el viejo profesor levantó la mano de nuevo.

—¿Seldon? —dijo Lynx con falsa cortesía.

—Pido la palabra para preguntar respetuosamente a la jefa de la célula local qué es lo que, en su opinión, debería hacerse.

Lynx entró al trapo como un toro enfurecido. Siempre lo hacía.

—¿Que qué es lo que debería hacerse? Lo sabes muy bien, Seldon. Tú y los vejestorios del consejo lo sabéis perfectamente. Lo que hay que hacer es paralizar este maldito planeta hasta que las cucarachas del otro lado del mar se retuerzan de hambre y estén dispuestas a negociar, y cuando lo hagan le daremos la vuelta a la maldita tortilla. Eso es lo que hay que hacer, Seldon. Lo sabes tan bien como yo.

—¿Y luego qué? —preguntó Seldon Dolzer.

—No me vengas con tus preguntas estúpidas de mierda, Seldon.

Te conozco. Te conozco perfectamente. Vienes aquí con tus modales exquisitos y tu media voz para impartir tu sabiduría, pero nosotros no somos tus chicos de quinto grado que te escuchan como si los puñeteros dioses hablasen por tu boca, ¿sabes? Nosotros ya te conocemos. Sabemos que no moverás un dedo por hacer que las cosas cambien mientras mantengas tu culo caliente en el consejo. ¿A qué has venido aquí esta noche, si no? Vamos, dínoslo, ilumínanos con tu inteligencia.

—Me gusta mantener el contacto con todas las células. Ya lo sabes.

—Una mierda, Seldon. Una mierda para ti y otra para tu Resistencia. Esto no sirve para nada. Los navegantes se ríen en nuestra cara. Se ríen en tu cara, Seldon, porque saben que podríamos barrerlos de Arcadia de un plumazo si nos uniéramos y actuáramos contra ellos, pero también saben que no tenemos las agallas para hacerlo. Así que dime, Seldon, viejo amigo, dime desde el pedestal de tu erudición, ¿por qué no actuamos contra ellos? ¿Qué es lo que nos lo impide?

—Te lo he dicho muchas veces. En un choque frontal contra la guardia tenemos muy poco que ganar y mucho que perder.

—Eso es una chorrada. ¿En qué te basas para decir eso? ¿Tienes una jodida bola de cristal o qué?

—No, Lynx. No tengo una bola de cristal. No existen las bolas de cristal, más que como objetos decorativos. Verás, te lo explicaré una vez más.

Y Seldon Dolzer disertó durante largo rato sobre la estrategia de reclutamiento a largo plazo para conseguir infiltrados en todos los estamentos clave del tejido productivo, y cómo eso iba a propiciar que, cuando estuvieran preparados, pudieran reclamar a los navegantes un nuevo contrato social más justo y equitativo sin necesidad de recurrir a la violencia ni a la coerción, solo a la inteligencia. Seldon lo explicó como lo había explicado cientos de veces, y todos esperaban que Lynx bufase y se desesperase como lo había hecho todas y cada una de esas veces.

Pero esta vez no fue así. Mientras Seldon hablaba, Lynx lo miraba muy seria, y una sonrisa tensa, apenas perceptible, de labios muy finos, se empezó a dibujar en su cara.

Nadie lo sabía, al principio ni siquiera ella misma, pero Lynx iba a tomar una decisión irrevocable aquella noche. Seldon no había venido a la reunión para presentar a ningún miembro nuevo de la Resistencia, ni para comunicarles ningún cambio de táctica, ni para nada. No venía, en realidad, con ninguna intención clara. Ninguna

intención era clara en el comportamiento habitual de Seldon Dolzer: llevaba demasiado tiempo moviéndose entre intrigas palaciegas. Todos lo escucharon, todos oyeron las mismas frases recurrentes que llevaban años escuchando.

Lo que acabó de convencer a Lynx fue escuchar a Breece Oreze, que tomó la palabra cuando Seldon terminó su perorata. A Lynx le gustaba esa chiquilla que llevaba la ilusión pintada en los ojos. Pero esa noche Breece no habló con la desesperación del que está dispuesto a comerse el mundo si es necesario, sino que dijo algo sobre la necesidad de redefinir las áreas estratégicas en las que posicionar a los rebeldes. Por todos los Dioses, pensó Lynx, solo lleva unos meses en la Resistencia y sus ideas ya se han moderado lo suficiente como para que los demás no la miren con gesto condescendiente. Al contrario: Seldon asentía a sus palabras con aprobación.

Lynx supo que no tenía sentido seguir esperando más, que a fuerza de esperar ella también se iría apagando con los años y al final se convertiría en un Dolzer con tetas. Que tenían que pasar a la acción ya, sin más rodeos, ni planificaciones, ni estrategias, ni mierdas.

—Bien, entonces eso es todo —la voz de Dolzer la sacó de su ensimismamiento—. Creo que hemos terminado, a menos que la directora de la célula tenga algo más que añadir. ¿Lynx?

—¿Qué? Ah, sí. Muy bien. Hemos terminado.

Se puso en pie torpemente y se despidió de los demás con su cabeza puesta en otra parte. La reunión se disolvió en el silencio espeso de los cuerpos agotados, y todos se dispersaron a sus casas para tratar de aprovechar las escasas horas de sueño que les quedaban por delante. Todos menos Lynx.

Cuando el almacén se quedó vacío, se acercó al rincón donde descansaba un viejo arcón de resina. Lo abrió y apartó los trastos oxidados que ocultaban algo al fondo. Sacó la caja negra y conectó a ella un teclado y una antena de alta potencia. Empezó a teclear furiosamente, enviando los mensajes por la línea segura, la que controlaban los chicos de telecomunicaciones para que los sacerdotes no metieran las narices. Interceptaban todas las comunicaciones de audio y vídeo, desde luego, pero eran tan cuadriculados que jamás sospecharían que alguien estaría intercambiando primitivos mensajes de texto cifrado. Envió el mismo mensaje a todos sus contactos, una invitación a una fiesta para divertir a los perros. Era muy tarde, y sin duda el avisador sacó a más de uno de la cama, pero, aún así, las contestaciones

empezaron a llegar enseguida. Lynx se sorprendió de lo fácil que resultó todo. Parecía que la gente estaba deseando actuar y Lynx se maldijo por no haber dado el paso antes.

Y luego se frotó las manos.

Estaba deseando que llegara el día siguiente. Oh, sí, cómo lo deseaba. Cada noche de los últimos meses había soñado con ello. Soñaba con encontrarse cara a cara con un perro guardián armado hasta los dientes, y mirarle a los ojos, y decirle mátame si te atreves, otro vendrá detrás de mí, y después otro, y después otro. Y aunque consiguierais acabar con todos nosotros, no habríais logrado nada, porque con todos los sistemas detenidos y sin un puto individuo que sepa remangarse y ponerlos en marcha, habríais firmado vuestra propia sentencia de muerte, perro ignorante.

7. **Insurrección**

La huelga empezó a la mañana siguiente en las cocinas. El ejército de cocineros braceros se distribuyó por sus mesas de trabajo con los delantales impolutos y las manos limpias. Los guardianes patrullaban el perímetro de la gran nave y los sacerdotes vigilaban desde los pasillos acristalados del piso superior. Se hizo el silencio. Todos esperaban envarados la señal que marcaba el inicio de la jornada laboral.

Sonó el timbre a las seis en punto de la mañana y los terminales de ordenador empezaron a vomitar sus peticiones, las que habían hecho la noche anterior o esa misma mañana los navegantes del otro lado del mar. Debería haber seguido un movimiento repentino de todos los cocineros recogiendo las notas, sacando sus utensilios, acercándose a la cámara frigorífica. Pero no sucedió nada, o casi nada. Algunos comenzaron a cocinar como cualquier otro día, con la indiferencia que proporciona la rutina. Eran los que no se habían enterado de lo que iba a ocurrir. La mayoría, en cambio, permaneció de pie ante sus fogones, los brazos cruzados, el gesto serio. Los terminales seguían tintineando mientras se acumulaban notas de pedido en las mesas.

Los pocos que, ignorantes de lo que iba a suceder, habían empezado a trabajar, se detuvieron extrañados y miraron a su alrededor. Hubo movimientos nerviosos en la primera planta, desde donde se supervisaba a los trabajadores. Los sacerdotes señalaban abajo y hablaban unos con otros. Alguno corrió levantándose los faldones de la túnica como un insecto atolondrado. La megafonía hizo que la voz monocorde se escuchara en toda la nave:

—Yokin Kuomo, diríjase al puesto del supervisor. Mijail Smid, diríjase al puesto del supervisor. Lynx Gutierre, diríjase al puesto del supervisor...

Nadie se movía mientras la megafonía seguía desgranando nombres con su insistencia burocrática, los nombres de los cocineros que habían transgredido las normas e iban a ser apercibidos. Un panel luminoso iba marcando en rojo las fotografías

de todos ellos. Muy pronto casi todo el panel estaba teñido de rojo. Los pocos cocineros que aún trabajaban miraban cada vez más nerviosos a su alrededor y confundían los ingredientes, quemaban los sofritos, se echaban encima las salsas sin querer.

Alguien con algún sentido práctico decidió desconectar la megafonía. Entonces llegó el momento. Iba a intervenir la Guardia.

Lynx estaba nerviosa, pero menos que la mayoría. Había una veintena de guardianes en la nave por casi cuatrocientos cocineros. Veinte a uno. Los perros iban armados y estaban bien entrenados, pero ellos eran más, muchos más. El Oficial al mando recibió alguna orden por el audífono implantado en su oído. Lynx lo vio inclinar la cabeza para prestar atención y asentir unos segundos después. Luego, hizo un gesto al resto de guardianes y todos cerraron sus cascos acorazados y sacaron sus armas reglamentarias del cinturón.

El Oficial avanzó hacia los cocineros. Hubo un murmullo de pies que se arrastraban dubitativos, que daban un paso atrás para alejarse de los hombres armados. En los ojos de muchos asomó un destello de pánico. Entonces Lynx habló con voz alta y clara para que pudieran escucharla en toda la nave:

—¡Escuchadme! —dijo—. Soy Lynx Gutierre, ya me conocéis. Esos perros han recibido la orden de obligarnos a trabajar, pero no pueden hacerlo. Ellos lo saben. Contadlos. Contad cuántos son. Yo os lo diré. Son veinte. ¿Sabéis cuántos somos nosotros? Más de cuatrocientos. No hace falta ser muy lista para darse cuenta de lo que va a pasar. Incluso los perros con su cerebro de mosquito lo saben.

El Oficial se detuvo y miró al resto de sus hombres, como si quisiera estar seguro de que seguían allí. Ese gesto envalentonó a Lynx, que avanzó decidida hacia él.

—¿Qué te ocurre, *perro*? —pronunció la última palabra con desprecio—. ¿Tienes miedo? ¿Tus amos te dicen que tienes que morder a los braceros malos, pero tú no te atreves? —y luego, gritando a los demás: —¡Esta fábrica es nuestra! ¿Me oís? A partir de hoy, esta fábrica y todo lo que hay en ella queda confiscado en nombre de los braceros de Arcadia. Queda prohibida la entrada a guardianes, sacerdotes, navegantes y otros parásitos.

Mientras hablaba de este modo se había acercado al Oficial y ahora se encontraba a menos de cinco metros de él. Los demás cocineros la imitaron. Incluso los que habían estado cocinando dejaron sus sartenes y sus espátulas y se acercaron con decisión. Se formó una barrera humana detrás de Lynx. Ella los contempló con orgullo y los ojos se le humedecieron sin pretenderlo. Miró al

Oficial con la cabeza muy erguida y dijo:

—Mátame si te atreves.

Hubo unos segundos de silencio. El Oficial pareció sopesar la situación. Lynx supo instintivamente lo que iba a suceder. El guardián era esclavo de su adiestramiento y no podía hacer otra cosa que obedecer la orden que había recibido. Era, a su modo, otra víctima, pero a Lynx no le dio ninguna lástima. Una fracción de segundo antes de que el Oficial disparase su arma Lynx gritó:

—¡A por él!

Y se lanzó hacia delante. Hubo un disparo y un fogonazo, y un tumulto de gente que se movía como una marea que arrasaba todo a su paso. Un instante después, diez personas abatían al Oficial y le arrancaban el arma de las manos. Alguien le quitó el casco y alguien le propinó una patada en la cara. Lynx los apartó a empujones gritando:

—¡No! ¡Dejadlo! ¡Lo necesitamos vivo!

La mitad del destacamento fue reducido en ese mismo instante. Los demás huyeron a la planta superior, donde se refugiaron en el despacho del director de la planta. Los braceros echaron la puerta abajo y los acorralaron. Las armas fueron requisadas por los huelguistas. La refriega se saldó con un bracero herido en el brazo con quemaduras de segundo grado provocadas por el impacto de un proyectil magnetotérmico disparado al azar. Los sacerdotes fueron humillados e insultados, y desfilaron desnudos entre risas y empujones por toda la planta. Lynx permitió que el Oficial al mando, además de una costilla rota y una contusión en el mentón, llevara un mensaje de los braceros para los navegantes: en adelante, no se tolerará la presencia de guardianes ni sacerdotes a este lado del mar. Cualquier guardián o sacerdote sorprendido en territorio bracero será de inmediato juzgado por un tribunal popular.

La noticia corrió como agua desbordada: las cocinas estaban en manos de los rebeldes. Guardianes y sacerdotes habían huido con el rabo entre las piernas. Un ejército de cocineros, armados con espátulas y sartenes, recorrió las naves vecinas liberando a los carpinteros, a los tejedores, a los mecánicos. La tropa de desposeídos llegó a todos los rincones, también a las escuelas y a las plantas de reciclaje de aire. Seldon Dolzer y Breece Oreze se sumaron a la multitud. Muy pronto, la ciudad B6 fue un territorio libre de las leyes arcadias, y una marea humana de braceros confundidos y esperanzados se dirigió espontáneamente hacia el centro geográfico de la urbe, la plaza central.

Lynx fue llevada en volandas. La noticia de que se había

enfrentado a un Oficial de la Guardia corrió de boca en boca y se exageró como solo pueden exagerarse las noticias que corren de boca en boca. Antes de las diez de la mañana, ella sola había derrotado, en el imaginario colectivo, a un ejército de guardianes armados hasta los dientes.

La rebelión había estallado y ya tenía su heroína.

8. **Gabinete de crisis**

Comandante, lo llamaba con desprecio Baena, el Sumo Sacerdote. Comandante, con un mohín en la boca, dejando claro que él no era el verdadero Comandante, solo un advenedizo de escasa inteligencia y menos valía.

El verdadero Comandante, su padre, yacía en una cama en el cuarto de al lado, consumido por la enfermedad y el odio, aferrándose a la vida como si aún tuviese muchas cosas que hacer, incapaz de comprender que el mundo ya no le pertenecía. El Sumo Sacerdote esperaba afuera acompañado del Capitán de la Guardia de Arcadia y del Presidente del Gran Consejo, y los tres aguardaban a que él tomase una decisión firme acerca de ese desafío que habían planteado los braceros. Un secretario de su padre le había contado algo por la mañana, retazos sueltos que hablaban de una insurrección de trabajadores, y había tenido que buscar la palabra *insurrección* en un diccionario. Lo que se esperaba de él ahora era fácil de imaginar: ordenar un ataque sin contemplaciones hasta rendir a todos los sublevados. Era la decisión que hubiera tomado su padre de haber estado consciente.

Desde pequeño lo habían educado para afrontar ese momento. O lo habían intentado, al menos. Nirhum Entomée siempre fue un poco enfermizo y especialmente obtuso. Su padre no podía comprender cómo alguien que llevaba sus genes podía dar con sus huesos en la cama durante una semana por culpa de un simple resfriado, o por qué no le entraban en la cabeza las ideas fundamentales de la división en castas y se empeñaba en no comprender por qué los navegantes y los braceros tenían que permanecer separados para siempre jamás, amén. Vete a vivir con ellos, le gritaba en uno de sus arranques de ira, y se impacientaba porque los versículos de los Libros Sagrados le parecían un galimatías lleno de palabras esdrújulas que no significaban nada. Vete con ellos, rugía, a ver cuánto tiempo aguantas el olor a sudor, la pestilencia de las bestias, y a ver cómo te sientan sus costumbres bárbaras. A ver cuánto resiste tu delicado estómago. Lárgate de una

vez.

Nirhum no se iba, claro. Una cosa era hacer preguntas inocentes y otra cruzar el mar e irse a vivir con los braceros, a los que de pequeño se imaginaba bajitos y jorobados, con los dientes cariados y la mirada torva del que no alberga ningún buen sentimiento. Pero, aún así, continuaba haciendo preguntas impertinentes a sus instructores. ¿Los braceros son bajitos por naturaleza o porque sus raciones de comida son peores que las nuestras? Si nosotros somos superiores, ¿cómo es que no sabemos hacer nada por nosotros mismos y todo nos lo tienen que dar ellos hecho? A mí me gustaría aprender a manejar uno de esos artilugios que usan para limpiar el suelo, ¿puedo?

Se ganó miles de reprimendas y castigos por decir cosas como estas. No comprendía por qué le llovían tantos tortazos, y, a decir verdad, tardó mucho en aprender a distinguir, antes de hablar, si lo que iba a decir iba a indignar a sus preceptores o no. Simplemente, de pequeño no sabía diferenciar una pregunta inocua de otra peligrosa, y las palabras salían por su boca sin poder contenerlas en el mismo momento en el que acudían a su cabeza. Pasaban los años, y su padre se impacientaba cada vez más y echaba la culpa de su comportamiento a los genes de la madre, a la que Nirhum nunca llegó a conocer porque murió en el parto, pero que se imaginaba pequeña y sumisa, acongojada por el carácter autoritario de su esposo.

A veces estaba tentado de preguntarle a su padre que, si él le gustaba tan poco, por qué no había tenido más hijos. Que si es que no le funcionaba algo bien en los testículos. Pero intuía que esa era una de esas preguntas que no debían hacerse, así que se la guardaba dentro y fantaseaba con que un día se atrevería a decirle a su padre que era un pichafloja.

Y ahora estaban ahí afuera, Baena, el Capitán de la Guardia y el Presidente del Gran Consejo, esperando a que él saliera y les dijera lo que había que hacer, y le llamarían Comandante con las comisuras de los labios un poco levantadas y mirándolo por encima del hombro, y él habría de tener el valor de enfrentarme a ellos y decirles: no, no atacaremos.

Respiró hondo y salió. Baena, el Capitán y el Presidente se levantaron. Baena era alto y fuerte. Sus músculos se adivinaban incluso debajo de su túnica blanca de Sumo Sacerdote, y la cabeza afeitada le confería un aire de criatura mitológica. El Capitán de la Guardia, a su lado, con su uniforme y sus herrajes, parecía un gigante de piedra. El Presidente del Consejo arrastraba un arrugado

aire aristocrático que suponía un contrapunto casi cómico.

—Comandante —saludó Baena mirando desde las alturas, sus ojos pequeños centelleando en el cráneo ciclópeo, y Nirhum se sintió un niño pusilánime delante de aquellos seres poderosos.

—Siéntense, por favor —les dijo con voz asustada.

No se sentaron.

—Le han informado ya de lo que ha ocurrido en el sector B6, supongo —intervino el Capitán de la Guardia, con un vozarrón que hacía vibrar los ventanales y ondear los tapices de la pared.

—Sólo en parte —dijo Nirhum para ganar tiempo—. Por favor, hágame un resumen.

—Los braceros se sublevaron esta mañana —dijo el Capitán—. Se negaron a incorporarse a sus lugares de trabajo y se concentraron en la plaza central del sector B6 y en las vías adyacentes. Los cabecillas fueron sumando apoyos en el transcurso de la mañana. Todos los guardianes disponibles en los distintos destacamentos acudieron de inmediato e intentaron disolverlos siguiendo el procedimiento de seguridad, pero los sublevados habían levantado una barricada y ya eran varios miles. Todos los sacerdotes fueron evacuados de inmediato. Los braceros que habían acudido a trabajar aprovecharon la falta de vigilancia para abandonar sus puestos y unirse a los sublevados. En este instante, tanto los sistemas de soporte básico como los secundarios están detenidos y no tenemos comida, agua ni electricidad.

—¿Es un resumen lo bastante ilustrativo para usted, Comandante? —preguntó Baena. Nirhum procuró ignorar el comentario y dijo:

—Bien. ¿Qué sugieren que hagamos?

—Machacarlos —contestó el Capitán sin dudarlo.

—¿Y luego? —preguntó Nirhum.

Hubo un momento de silencio estupefacto. Vaya, pensó Nirhum, otra de mis preguntas idiotas. El Presidente habló por primera vez:

—¿Y luego, qué, señor? ¿A qué se refiere?

—Supongamos que doy la orden de acudir allí y machacar a los sublevados, como ustedes sugieren. ¿Qué pasará luego?

Baena pareció no resistir más y se acercó a él hasta que pudo sentir su aliento ácido. Nirhum tuvo que mirar hacia arriba para encontrar sus ojos que desprendían el fuego de la cólera divina:

—¡Lo que pasará luego es que esos impíos que se han atrevido a violentar los designios de los Dioses pagarán por sus pecados y todo volverá a su estado natural!

La ecos de su voz retumbaron durante un rato en la sala de

juntas y nadie se atrevió a rivalizar con ellos. Era un tipo acostumbrado a hablar con frases lapidarias a las que nadie osaba replicar. Así que Nirhum tuvo que poner su mejor tono de niño bobo para preguntar:

—¿Y si no vuelve?

Baena bufó exasperado. Ni siquiera lo miró, como si este Comandante interino no fuera digno de su ira, y fue el Presidente del Consejo quien preguntó con impaciencia:

—¿Qué quiere decir con «si no vuelve»? ¿Si no vuelve qué?

—Si no vuelve todo a su estado natural.

—Creo que no le entiendo.

—Señor Presidente, ¿qué pasa si vamos allí, y les damos una paliza, y los borramos del mapa, y los que queden deciden que no van a volver a sus trabajos, y que van a seguir protestando, y que, total, para la vida miserable que llevan bien poco tienen que perder, y, por cada uno que quitamos de en medio, otros diez lo sustituyen al instante?

—¡No se atreverán! —bramó Baena —¡Esas bestias temblarán de miedo cuando conozcan la cólera de los Dioses! ¡Suplicarán clemencia! ¡Implorarán que les dejemos volver al trabajo! ¡Trabajarán cuatro horas más si es preciso! «El cielo se abrirá y descenderán las huestes de los Dioses, y extenderán la desolación por las tierras de los impíos, y los ríos se volverán rojos hasta que los pecadores se arrepientan de sus actos impuros»

Otra vez el silencio reverente siguió a las palabras del Sumo Sacerdote, que parecía diseñar su discurso de forma que fuera difícil añadir nada a continuación. A pesar del primitivo temor que le infundía, Nirhum empezaba a cansarse de sus interrupciones.

—Perdonen, amigos míos, pero creo que eso es una estupidez —dijo sin levantar la voz. Y, aprovechando el momento de desconcierto que causaron sus palabras, añadió suavemente:—. Lo que yo creo que pasará es que arrasaremos la zona de los braceros, y luego quedarán tan pocos, y en tan malas condiciones, si es que queda alguno, que los sistemas vitales de Arcadia nunca volverán a funcionar y todos nosotros las vamos a pasar canutas.

Baena tardó unos segundos en reaccionar. No se esperaba algo así. Contaba con doblegar fácilmente la voluntad del advenedizo débil y achacoso, o, como mucho, con amedrentarlo si llegaba el caso profiriendo alguna de las sacras amenazas de su repertorio. Todos esperaban que ocurriera así. Sin embargo, quién sabe por qué, Nirhum sentía una obstinación ciega crecer dentro de él.

—Pero... eso no puede ocurrir —dijo Baena, aún perplejo —

¡Nunca! ¡Los Dioses no lo permitirán!

—Ocúpese usted de los Dioses, Sumo Sacerdote —dijo Nirhum —, y deje que los demás nos ocupemos de las cosas mundanas, como la comida y el agua. Tal vez han olvidado un hecho incontrovertible: necesitamos a los braceros. Ustedes sabrán mucho sobre Libros Sagrados o sobre cómo manejar una pistola de iones o cumplimentar un libro de actas, pero ninguno de nosotros sabe un pimiento de cómo funcionan las depuradoras de agua ni las centrales de fusión, por decir solo dos cosas. Y a menos que estén dispuestos a bajar a las alcantarillas a limpiar la mierda, mi decisión será hablar con esos sublevados para tratar de llegar a un acuerdo que nos satisfaga a todos.

Los ojos del Capitán parecían querer salirse de sus órbitas, y Baena tenía todo el aspecto de estar a punto de sufrir un síncope. Nirhum aprovechó su sorpresa y, ya que había cogido carrerilla, añadió:

—Esos rebeldes tendrán algún cabecilla, algún portavoz, alguien con quien se pueda negociar y que tenga la capacidad de hablar en su nombre. ¡Búsquenlo y organicen un encuentro! —y, viendo que seguían sin reaccionar, los espoleó palmeando: —¡Vamos, amigos, vamos! ¡No hay tiempo que perder!

Por un momento pensó que Baena se iba a erguir sobre él y le iba a propinar un sonoro guantazo para que dejase de decir tonterías. Pero no sucedió así. Confusos y sin saber bien cuándo habían perdido las riendas de la conversación, salieron de la estancia y cerraron las puertas tras ellos. Nirhum supuso que el aturdimiento no tardaría en abandonarles y empezarían a tramar alguna oscura venganza.

Entonces casi pudo oír el susurro de las sábanas de la cama de su padre. Lo imaginó retorciéndose incómodo entre la ropa sudadas, intuyendo lo que había ocurrido solo unos metros más allá de su puerta. Temió verlo aparecer hecho una furia, envuelto en una de las mantas, consumido y desgreñado, levantando hacia él un dedo tembloroso y acusador y gritándole por milésima vez: ¡Vete! ¡Vete con ellos! ¡Haznos un favor a todos y lárgate de una vez! Pero eso no ocurrió, y Nirhum se quedó allí sentado un largo rato, preguntándose si había tomado la decisión pensando en lo que era mejor para Arcadia, o pensando en cómo podría vengarse de su padre.

9. **Navegantes**

Cuando Susan Onawa se levantó, Patryk estaba preparándose un té, y era extraño porque lo estaba haciendo con sus propias manos. Pero Patryk era un poco así, le gustaba a veces hacer cosas con las manos.

—La tetera no funciona —dijo—. Nada funciona, en realidad. No hay electricidad.

—¿Cómo has calentado entonces el agua?

—Poniéndola al sol.

—Ah.

Típico de Patryk. Siempre tenía ideas curiosas. Susan bebió un poco de té, que estaba tibio e insípido pero era mejor que nada, y suspiró. Sin electricidad, qué fastidio. ¿A qué podría dedicar toda la mañana?

—Será una simple avería —dijo Patryk—. Mandarán a unos cuantos braceros a repararla y ya verás como enseguida se resuelve.

—¿Braceros? ¿Tú crees?

—Bueno, ya sabes que los bots de reparación saben hacer poco más que cambiar una bombilla o soldar un cable fundido. Esto parece más serio, o, si no, lo habrían arreglado ya. Imagino que tendrán que enviar a los braceros.

Uf, braceros en la Zona A. Susan recordó la vez en que tuvieron que enviar a reparar el bot de limpieza. Vino un aerodeslizador automático a recoger el paquete y lo trajo de vuelta al día siguiente, pero podía asegurar por todos los Dioses que aquel chisme apestaba como un cubo de basura después de haber pasado por los talleres de los braceros, y eso que venía con su etiqueta de desinfección en regla. A Susan se le revolvía el estómago solo de pensar en el olor que dejaría a su paso un puñado de braceros pululando por las calles para arreglar lo que fuera que se hubiera roto.

A ver, no es que Susan fuera clasista ni nada parecido. No tenía nada contra los braceros. Pero, bueno, olían de ese modo tan penetrante y tenían esas costumbres tan... diferentes. Lo mejor era que cada cual se quedase en su lado, eso era todo, aunque Susan

entendía que a veces era necesario que vinieran hasta la Zona A para reparar un transformador eléctrico o algo por el estilo.

Terminó el té. Iré a buscar a Vega, pensó, y tal vez podamos ir de compras. Recordó lo bien que lo habían pasado unos días antes en su casa, riendo hasta la madrugada mientras los niños jugaban en la hierba. Tal vez planearían otra velada para la próxima semana mientras se tomaban un té de verdad en algún local del centro.

—Tampoco hay agua, Susi. Hace un momento sí que había —la voz de Patryk tenía punto de nerviosismo. Accionó sin éxito la palanca manual del grifo. Después dudó un instante y dijo—. Creo que voy a acercarme por el consejo, a ver si alguien me explica lo que está pasando. O por el cuartel de zona.

—¿Por qué no llamas por datáfono?

—Porque el datáfono funciona con electricidad.

—Oh, claro.

—Los niños están en la escuela. Intentaré pasarme por allí también para asegurarme de que están bien.

Patryk apoyó la mejilla contra la de Susan a modo de despedida y la dejó sola. Por un momento se sintió fuera de lugar allí, de pie en la cocina blanca e impoluta, con una taza de té frío en las manos. Sacudió la cabeza, como el Doctor Alister siempre le aconsejaba que hiciera cuando le venían los pensamientos negativos. Sacude la cabeza así, le decía, e imagina que los pensamientos se van, que se salen por las orejas y por las puntas del cabello. A Susan siempre le funcionaba. Ella no necesitaba pastillas. No era como Vega, a la que el Doctor Alister había tenido que recetar esos comprimidos de color naranja. Las pastillas de la felicidad, las llamaba Vega.

Fue a la habitación y se vistió. El bot de servicio había hecho la cama y limpiado la alfombra. Susan trató de imaginarse lo que ocurriría cuando su batería se agotase si aún no habían reparado el suministro eléctrico, pero sacudió enseguida la cabeza para no pensar más en ello y sonrió cuando el pequeño bot salió silencioso de la habitación para proseguir su trabajo en la sala de juegos de los chicos.

En la calle se arrepintió de haber elegido la túnica verde, porque hacía calor. Era raro: aún no habían llegado al ecuador de la estación cálida. Estaban ocurriendo muchas cosas raras aquella mañana. Sacudió la cabeza otra vez y se metió en el aerodeslizador. La batería estaba solo a media carga.

Había más tráfico de lo normal, como si todos los habitantes de Ciudad Blanca hubieran decidido salir con sus deslizadores al mismo tiempo. Tal vez tendría algo que ver con el corte de luz y de

agua. A lo mejor era algo generalizado, una avería de las gordas. Algún bracero iba a tener que recibir una buena reprimenda. Aparcó junto a la tapia blanca y luminiscente de la casa de Vega. La puerta del jardín estaba abierta y cruzó la vasta extensión de césped y macizos de flores, con el estanque al fondo, hasta la entrada principal. Se detuvo en el umbral esperando a que el sistema de apertura la reconociese, pero no lo hizo. Claro, se dijo, si no hay electricidad. Llamó golpeando con los nudillos en la puerta y enseguida le abrió el bot de servicio. Cuando Vega apareció aún tenía el pijama puesto y le dijo algo avergonzada:

—Disculpa, Susi, llevo una mañana de locos. Me llamaron de la escuela diciendo que teníamos que recoger a los pequeños porque no les funcionaban la luz, el agua ni las redes de datos. Imagínate, que no podían ni abrir las puertas de las aulas, porque todas las cerraduras son eléctricas, decían. Que si podíamos ir a recoger a los niños. Por supuesto que no, les dije, no es mi problema que no tengan ustedes electricidad, será una avería pasajera. Mientras tanto, hagan su trabajo, por todos los dioses. ¿Tan difícil es que cada uno haga bien su trabajo?

—Desde luego que no, querida.

—Y luego han cortado la comunicación delante de mis narices. Me he alterado muchísimo. Sabes que odio alterarme, me sube la tensión y me salen esas manchitas rojas en las mejillas. He ido a darme un baño para relajarme y, ¿te lo puedes creer?, yo tampoco tenía agua. Ni luz. He tenido que desayunar una infusión fría.

—Patryk ha ido a la sede del consejo a averiguar lo que ocurre. También se pasará por las escuela para ver si los chicos están bien. Ya sabes cómo es. Así que no te preocupes más, ¿quieres? Anda, vístete y vámonos de compras.

Los labios de Vega se curvaron con su sonrisa entre inocente y pícara y dijo:

—Me encanta como siempre sabes encontrar el lado bueno de las cosas.

—¿Lo ves? Solo deja de preocuparte un momento y estarás de mejor humor. Venga, ponte algo de ropa, pero fresquita, que hace calor.

No me extraña que necesite pastillas, pensó Susan cuando se quedó sola, y se sintió genial porque ella no las necesitaba. Vega se vistió en seguida y fueron en el deslizador hasta al centro comercial de Ciudad Blanca. Aunque había un tráfico endiablado y Vega no dejó de rezongar por ello, Susan consiguió distraerla cuando le mencionó la cena en su casa y la posibilidad de organizar otra la

semana siguiente. Si había algo que le gustaba a Vega eran las fiestas.

El Centro Comercial era un hervidero de gente. Nunca había tantos deslizadores en el aparcamiento, ni siquiera los días festivos. Parecía que media Arcadia se hubiera congregado allí. Al entrar en el edificio y no sentir el habitual abrazo del aire acondicionado, Susan tuvo la primera punzada de temor, como si intuyese que lo que estaba ocurriendo no era un hecho pasajero del que unos días después estarían riéndose mientras bebían una copa de vino a la luz de las velas. Vega debió de notarlo porque dijo:

—¿Qué te pasa, Susi? Te has puesto muy seria.

—No es nada... ¿Has visto cuánta gente?

—Sí. Supongo que no tienen nada mejor que hacer. Por el corte de luz, digo.

—Mira allí.

Susan señaló hacia los pasillos donde se ubicaban las tiendas de comestibles. Generalmente la comida la distribuían los bots de reparto. Los navegantes hacían su pedido en la tarde del día anterior, o a primera hora de la mañana, y los bots lo llevaban a la hora y al lugar convenidos. Había quien incluso hacía pedidos para toda la semana, o para todo el mes. Susan nunca se había preguntado dónde se preparaban y envasaban los pedidos. Suponía vagamente que debía de haber alguna factoría encargada de ello en alguna parte de Arcadia. El caso es que los pedidos llegaban con puntualidad y solían corresponderse con lo que habías solicitado y, si no, siempre podías presentar una queja.

Pero de vez en cuando te apetecía darte algún capricho, permitirte algún lujo imprevisto prohibido por tu médico. Para eso estaban los puestos de comestibles del centro comercial. Allí podías encontrar un poco de todo. Carnes confitadas, dulces fantasiosos, marisco fresco criogenizado en envases autococinables. Podías zampártelo en el asiento de atrás del deslizador sin que nadie te lo recriminase al llegar a casa, o compartirlo con la familia para celebrar cualquier momento especial.

Y justo allí, en el pasillo de los puestos de comestibles, era donde había más gente. Mucha, muchísima gente. Desde la distancia podían verse como un enjambre oscuro de insectos. Y había algo inquietante en su actitud, una especie de crispación en sus movimientos o en el tono de sus voces que llegaban apagadas hasta las dos amigas.

—¿Por qué hay tanta gente?

Era una pregunta estúpida, claro. Típica de Vega. Lo que alertó a

Susan fue el tono en el que lo dijo. Su voz sonaba diferente. Preocupada, pero no con el tipo de preocupación que tenía cuando la recogió en su casa, preocupación porque el té estuviera frío o por haber discutido con el director de la escuela. Entonces lo comprendió. Fue una comprensión repentina. No había luz ni agua. No había redes de datos. Probablemente tampoco había otras cosas. ¿No eran eléctricos todos los vehículos de transporte? Entonces no había transportes. Y sin transportes no había comida.

De pronto Susan sintió mucha hambre y recordó que solo había desayunado un té tibio. Tragó saliva y notó la garganta seca al hablar:

—Con tanta gente, la comida se agotará en poco tiempo.

—Sí.

—Deberíamos ir. Por si podemos conseguir algo. Nunca se sabe.

Se dirigieron hacia el tumulto con paso dubitativo. Los pasillos del centro comercial lucían con la pulcritud habitual, el piso blanco y brillante y los escaparates ofreciendo suntuosos sus mercancías. Pero al acercarse a las tiendas de comestibles vieron huellas de zapatos en el suelo que parecían presagios de tormenta y las envolvió un olor agrio que no supieron identificar. Susan se dio cuenta en seguida de que la crispación de la gente allí congregada no era solo una impresión percibida desde la distancia. Se agolpaban en torno a los mostradores y trataban de llegar hasta los dependientes antes que los demás. Unos se encaraban con otros gritando que estaban allí antes con unos modales más propios de un bracero que de un navegante. Los bots despachaban la mercancía a toda velocidad pero siempre había más rostros y manos ávidas a los que atender.

Uno de los bots dependientes se agitó y luego se quedó muy quieto con un brazo medio extendido hacia una cliente, una mujer mayor que soportaba como podía los empujones de la gente a sus espaldas. El bot estaba a punto de darle su paquete con comida cuando se apagó. Susan supuso que se le había agotado la batería. Seguro que había intentado recargarse sin éxito varias veces aquella mañana. Pronto empezarían a apagarse todos los demás.

Acababa de pensar en ello cuando otros bots siguieron el camino del primero y se fueron desconectando en una secuencia que casi parecía programada por algún ingeniero. Sus leds de potencia parpadeaban un instante y luego se apagaban, uno tras otro, como una maldición. Un silencio incómodo cayó sobre el centro comercial mientras todos miraban paralizados, casi fascinados, como la vida electrónica de los dependientes se extinguía.

Y ahora qué va a pasar, pensó Susan. Nos iremos a casa. Eso es, nos iremos a casa y esperaremos a que resuelvan la avería, o lo que sea que haya sucedido. Pero el silencio que se abatía sobre el pasillo de comestibles del centro comercial no anunciaba nada bueno. Nadie se movió de su sitio durante lo que pareció una eternidad. Susan tampoco. Supo por qué de pronto, con otro súbito golpe de comprensión.

Porque querían llevarse la comida. Por eso.

Allí mismo, al otro lado de los mostradores, había montones de comida. Solo había que ir a cogerla. Era un delito, desde luego, pero aquello era una maldita emergencia, ¿no? Los bots se habían apagado, ¿qué se suponía que debían hacer? ¿Esperar a que volviese la luz y se recargasen sus baterías? ¿Y si eso no ocurría hasta mañana por la mañana? ¿O hasta dentro de una semana?

No tuvo tiempo de seguir reflexionando sobre ello. Un hombre bronceado, vestido con una elegante túnica de ribetes dorados, apartó de un empujón a las personas que tenía delante y se encaramó al mostrador. Saltó al otro lado y empezó a llenar una bolsa con comida a toda prisa. Ni siquiera elegía lo que se llevaba. Solo introducía su mano en un estante y empujaba todo el contenido al interior de la bolsa.

Lo que ocurrió después fue una especie de explosión. De pronto, todos aquellos navegantes de modales exquisitos se abalanzaron sobre las provisiones como si hacerse con parte del botín fuera el único propósito de sus vidas. Susan también lo hizo, desde luego. Más tarde no se sentiría orgullosa de ello, pero en aquel momento una fuerza incontenible, casi jubilosa, surgió en algún lugar cerca de su estómago y recorrió su cuerpo hasta electrizarle los brazos y las piernas. Fue esa fuerza la que la hizo saltar el mostrador y unirse al pillaje. Por otra parte, ¿qué otra cosa podía hacer? No tenía comida en casa, y los niños regresarían de la escuela hambrientos. Y aquellos bestias se lo llevarían todo en un instante.

Con cierta sorpresa comprobó que Vega estaba junto a ella al otro lado del mostrador. Dejaron atrás el trozo de chatarra inservible que ahora era el bot. Allí reinaba una absoluta confusión. Las túnicas blancas y verdes ondeaban entre montones de envases que volaban de las estanterías a las bolsas, o caían y rodaban por los pasillos o se estrellaban dejando manchas multicolores en un suelo que había refulgido de limpieza hasta aquella misma mañana. Un hombre, quizá el hombre corpulento que había saltado en primer lugar, empujaba a una anciana para hacerse con el último paquete de edulcorante glaseado. Dos mujeres forcejeaban junto a

la cámara de las verduras precocinadas. Un tipo corría hacia el arcón de los congelados y otro lo derribaba y luego una turba de cuerpos les pasaba por encima y vaciaba el armario en unos segundos.

Vega ya no estaba allí. Susan se giró y la encontró junto a una estantería, llenando dos bolsas que había cogido de los colgadores bajo el mostrador. Cargaba en ellas pesadas botellas de agua mineral de las Montañas del Oeste. Idiota, se sorprendió Susan pensando, porque ella a Vega la apreciaba mucho, pero a veces tenía menos cerebro que un bracero. Idiota, estás cogiendo botellas de agua cuando tienes al alcance montañas de comida. Susan tomó otras dos bolsas y comenzó a llenarlas con todo lo que encontraba, cajas de galletas de mantequilla, almejas de El Cabo, pan dulce precocido, cualquier cosa de aspecto apetitoso.

Vega se acercó a ella. Sus bolsas estaban llenas a rebosar y apenas podía arrastrarlas.

—Vámonos —dijo—. Ya no puedo llevar más.

Tenía razón, desde luego, pero Susan aún se demoró en coger las últimas latas que reposaban al fondo del anaquel. Entonces un ruido formidable vino del otro lado de la estantería, ruido de gente corriendo y gritando y forcejeando. La estantería se sacudió y luego empezó a volcarse. Susan la vio moverse lentamente, como si no fuera a terminar de caer nunca. Alguien la empujó hacia el pasillo. La estantería cayó con un estrépito de fin del mundo en el el lugar donde Susan había estado un instante antes, y la mano de Vega aún estaba aferrada a su brazo con tanta fuerza que le había hundido las uñas en la carne.

—¡Vámonos, por todos los dioses! —dijo.

Susan sacudió la cabeza y se puso en pie. Arrastraron las bolsas como pudieron hacia la salida, esquivando a la gente que se movía entre los restos de comida como ciegos febriles. Entre las dos, izaron las bolsas para depositarlas encima del mostrador, y luego ellas mismas subieron. Un hombre con la barba cortada a la moda intentó arrebatarles una de las bolsas. Susan volvió a sentir de nuevo esa especie de fuego o descarga eléctrica subir desde su estómago. Arremetió contra el tipo con todas sus fuerzas. Sintió un golpe y un dolor repentino en el hombro, y el hombre ya estaba en el suelo y la miraba con ojos aturdidos. Deseó precipitarse sobre él y romperle los dientes con los puños por haber intentado robarle la comida, pero Vega estaba tirándole del brazo y gritando:

—¡Vámonos! ¡Vámonos!

Susan recobró la cordura y salieron de allí arrastrando sus bolsas

por el pulcro pasillo del centro comercial. Dejaban huellas pegajosas a su paso. Algunos rezagados llegaban corriendo, espoleados por el ruido, y se cruzaban con ellas sin mirarlas siquiera. Su atención estaba fija en los mostradores y en el tumulto que había al otro lado, y seguramente pensaban en si quedaría algo para ellos. Susan, en cambio, sintió un alivio infinito al pensar que habían conseguido hacerse con una buena provisión antes de que aquellos brutos arramblaran con todo.

Tardó un buen rato en darse cuenta de lo que había sucedido. Ya había dejado a Vega en su casa y se habían despedido con un hasta la vista desmayado. Una horrible jaqueca la asaltó de pronto y no pudo reconocerse en la persona que había robado dos enormes bolsas de comida unos minutos antes. Se había comportado como un animal. Todos lo habían hecho. ¿Tan fácil era perder el barniz de civilización? ¿Tan poco los separaba de las bestias? ¿Unas cuantas horas de privaciones, eso era todo?

Al llegar a casa quiso desembarazarse de la ropa y darse un baño caliente, pero cuando estaba a medio desvestir cayó en la cuenta de que no había agua. Maldijo a los braceros por no haber solucionado la avería todavía y se preguntó cuánto tiempo más podría resistir así sin sucumbir a un ataque de nervios.

Luego subió al dormitorio con la idea de, al menos, cambiarse de ropa. La que llevaba estaba llena de salpicaduras y apestaba a toda aquella gente sudorosa del tumulto en el centro comercial. Al pasar junto a la habitación de Jacek, uno de sus hijos, vio la gran cama sin hacer y le pareció que aquel revoltijo de sábanas satinadas era un símbolo desolador de lo que estaba pasando. En los aciagos días que seguirían, nunca volvió a sentir tantas ganas de llorar como en aquella ocasión, al contemplar la cama deshecha y al bot de servicio yaciendo junto a ella con los brazos en posición de reposo.

Sintió de pronto una sed terrible. Antes de cambiarse fue a la cocina y bebió de un trago una botella de agua mineral. Se dio perfecta cuenta de que nunca antes en toda su vida había tenido sed, verdadera sed, hasta ese momento. Bebió con tanta avidez que olvidó todas las normas de la buena educación y el agua se escurrió por las comisuras de sus labios y le mojó la túnica pero no le importó.

Entonces llegó Patryk. Entró casi sin hacer ruido, como siempre, y, aunque conservaba su andar aristocrático, a Susan le pareció derrotado. Incluso parecía haber empequeñecido. Al verla se alarmó:

—Susi, querida, ¿qué ha ocurrido?

—Nada. He ido de compras.

—¿De compras? Pero... tu túnica... tu pelo está...

Ella lo interrumpió exasperada:

—¿Has averiguado algo?

—No... nada. La sede del consejo está cerrada. El Presidente no está en su casa, y los datáfonos no funcionan. Y en el cuartel de zona no queda prácticamente nadie: toda la Guardia ha sido movilizada en Puerto Braun.

—No lo entiendo. ¿No queda nadie en el cuartel?

—Un par de vigilantes. Ni siquiera creo que sean guardianes. Parecen reclutas.

Susan sintió que el suelo se convertía en gelatina. Habían movilizado a toda la guardia. Algo muy grave, grave de verdad, estaba ocurriendo.

—Pero los chicos están bien —añadió Patryk—. En la escuela se apañan bien, al menos de momento, y... Uf, aquí hace un calor horrible. ¿No funciona el filtro de aire? No, claro que no, qué tontería. ¿Queda un poco de agua?

Susan lo miró un instante con más fastidio que otra cosa. Patryk nunca era tan hablador y la estaba poniendo nerviosa con su verborrea. Echó un vistazo en la alacena y comprobó que solo quedaba otra pequeña botella de medio litro. Le sirvió un poco en un vaso y le dijo:

—Guardaremos el resto, por si acaso.

Patryk bebió un sorbo mirándola a través del vidrio con los ojos muy abiertos. Luego dejó suavemente el vaso sobre la mesa, sin hacer ruido, con esa delicadeza tan propia de él. Como si fuera un detalle sin importancia, dijo:

—¿Has estado de compras?

—Sí. He traído comida del centro comercial. Por si esto... lo que sea que está ocurriendo se alarga.

—¿Y agua? ¿Has traído agua?

Susan apretó los labios. No, no había traído agua.

—Oh, Susi —dijo Patryk, esta vez con un punto de histeria en la voz —¿Qué vamos a hacer?

—Cállate —la voz de ella sonó afilada, desconocida—. Pareces un niño pequeño. Susi, qué vamos a hacer, qué vamos a hacer. Te diré lo que vamos a hacer. Vamos a encontrar agua. Pero no en el centro comercial. Allí no. Tiene que haber agua en algún lugar de esta casa, algún maldito depósito o algo parecido. Lo encontraremos y lo abriremos aunque sea a puntapiés.

—¿Cómo, Susi? No tenemos herramientas, ni sabemos donde está ese depósito, si es que existe.

—Destriparemos a ese estúpido bot de mantenimiento que tenemos en el garaje si hace falta. Él sí tiene herramientas.

—¿Y cómo, si puede saberse? ¿Acaso sabes tú abrir uno de esos bots? ¿Acaso sabe hacerlo alguien?

—¿Y tú? ¿Sabes hacer algo más que quejarte? De qué te sirve ser consejero, si puede saberse, si nadie te abre una puñetera puerta. Y tu amiguito el Oficial del cuartel de zona, ¿dónde se ha metido ahora que lo necesitas?

Patryk calló. No iba a rebajarse a una discusión en esos términos. Tenía demasiada clase para eso. Y Susan sabía que él tenía razón, por supuesto: podía haber un océano de agua potable bajo el suelo de la cocina que para ellos era como si estuviera en otro planeta. Entonces lo recordó. Recordó quién tenía agua en abundancia. Recordó quién había cargado sus bolsas con muchas botellas de agua aunque a ella, en la confusión del momento, le había parecido una estupidez.

Vaya, vaya, la mosquita muerta de Vega. Qué lista había sido, para variar. El fuego volvió a encenderse en algún lugar cerca de su estómago, esta vez para quedarse. Susan no fue consciente de la expresión que asomó a su rostro en ese momento, pero Patryk retrocedió unos pasos. Por primera vez en su vida estaba asustado. Estaba muerto de miedo.

10. **El guardián**

Bard Yoon nunca fue un guardián como los demás. Eso lo tuvo claro desde su ingreso en la Academia. Era el más bajito, el más moreno, el más patoso de su compañía. El que recibía las bromas más crueles y las peores novatadas. Por eso tenía que esforzarse más que cualquier otro. Demostrar que podía hacer las cosas mejor que el resto. Romper las narices que fueran necesarias para defenderse.

La vida en la Academia era difícil. La diana los sacaba de la cama antes del amanecer y tenían que formar delante de las literas descalzos sobre el suelo helado. Sesenta niños y niñas de cinco años, a razón de diez literas de tres pisos a cada lado del barracón, esperando envarados a que el instructor diera el visto bueno a su indumentaria, a la forma en la que habían hecho la cama, al orden y pulcritud de las taquillas donde guardaban sus pertenencias.

Al sonar la diana hacían la cama sin que quedase ni una arruga en la áspera manta, sacaban el embozo exactamente tres centímetros, se ponían el uniforme que debía de estar perfectamente planchado y limpio, y esperaban quietos como estatuas de hielo a la distancia reglamentaria de los pies de la cama, con la espalda bien recta y sin mover ni un solo músculo, a pesar de que el frío era tan intenso que sentían todo tu cuerpo tensarse para empezar a tiritar. Esperaban a que el instructor pasara junto a ellos y los revisasen de arriba a abajo y asintieran para dar el visto bueno. Solo entonces podían agacharse para ponerse las botas en los pies congelados.

Bard nunca supo por qué el suelo de la Academia estaba fabricado con ese metal tan frío, aunque suponía que era para endurecerlos y prepararlos para el trabajo que los Dioses de Arda les habían reservado. A veces, alguien no pasaba el examen del instructor. Entonces se lo llevaban y lo obligaban a correr durante horas descalzo sobre la pista de tierra hasta que caía al suelo por agotamiento con la piel de los pies hecha jirones, o le retiraban la comida y el agua por tres días y lo encerraban en el agujero. Al que no resistía el ayuno forzoso o la cabalgada sobre la tierra, se lo

llevaban de la Academia y nunca más volvían a verlo.

El instructor jamás pudo encontrar el más mínimo defecto en la inspección de la cama, de la taquilla o del uniforme de Bard Yoon. No podía permitírselo. Tenía que ser dos, cuatro, diez veces mejor que los demás porque era el más bajito, el más moreno, el más patoso de su compañía. Cuando hacían ejercicios de resistencia, él siempre daba una vuelta extra al campo de deportes. Si otros se detenían a vomitar después de subir por centésima vez al monte de entrenamiento, él tenía que mantener la cabeza erguida y los dientes apretados aunque las piernas le flaquearan y el aliento le faltase. Si había que hacer doscientas flexiones, él hacía doscientas cincuenta. Si había que comer insectos y beber agua fangosa, él lo hacía con fruición, y si había que robar comida para completar las escasas raciones que les proporcionaban, él era el que lo hacía con mayor asiduidad y cuidado.

Nunca había represalias por robar comida, o un par de calcetines extra, o cualquier otra cosa que necesitasen. Bard creía que, en realidad, sus instructores fomentaban en secreto que lo hicieran. Debía de ser otro modo de endurecerlos y seleccionar solo a los mejores. Así se explicaba que las raciones fuesen siempre demasiado escasas, la ropa demasiado raída, los calcetines demasiado remendados. Sí, querían que luchasen entre ellos para conseguir un poco más de comida o de ropa. Pero no debían sorprenderlos mientras lo hacían, esa era la única regla no escrita. Si alguien robaba a otro su ración de comida, todos se hacían los despistados; pero si alguien encontraba a otro robando, a ese se lo llevaban y tampoco volvían a verlo.

Aprendían a buscarse la vida y a no confiar en nadie. A dormir con un ojo entreabierto y a comer rápido, antes de que otro intentase hacerse con parte de su ración. A plantar cara al que quería quitarle la pastilla de jabón en la ducha o meter la mano en su taquilla, y romperle una costilla si era necesario. Y en todas las ocasiones Bard tenía que demostrar que podía ser más rápido, más astuto y más brutal que cualquiera porque era el más bajito, el más moreno y el más patoso de su compañía.

Nunca conoció a su madre ni a su padre, como el resto de guardianes. Una comisión formada por sacerdotes y guardianes experimentados lo seleccionó al nacer. Debieron tener serias dudas con él, porque fue un bebé de constitución robusta pero con la piel demasiado oscura y la talla al límite de lo permitido. Pasó la selección y la Academia se convirtió en su hogar desde entonces.

Allí le enseñaron todo lo que debe saber un guardián: leer y

escribir lo suficiente como para aprender de memoria los Cinco Libros Sagrados; manejar las armas para defender Arcadia de sus enemigos; respetar y utilizar su cuerpo como el arma más poderosa; obedecer la cadena de mando y las órdenes de los sacerdotes sin cuestionarse nada; resistir los embates del hambre, del frío, de la soledad; desarrollar una disciplina férrea y sin concesiones a las debilidades; no confiar en nadie ni en nada excepto en si mismo y en los Dioses de Arda que hablaban a través de los sacerdotes. En ese mundo creció, y fue un milagro que no se volviera completamente loco en el proceso. Quizá la certeza de saberse más bajito, más moreno y más patoso que los demás, quizá el hecho de tener que realizar todos aquellos rituales y adiestramientos inhumanos siendo consciente de que tenía que hacerlo mejor que cualquiera, quizá eso fue lo que lo mantuvo en contacto con alguna voz propia dentro de si y lo salvó de la locura.

Poco importó. El resto de guardianes, sus camaradas y a la vez enemigos en la Academia, sí estaban locos. Locos sin duda. La instrucción obró sobre ellos, o al menos sobre la mayoría, el efecto que pretendía. Los transformó en autómatas que solo obedecían la voz de su amo sin preguntarse jamás si lo que hacían estaba mejor o peor, o si tenía algún sentido. Bard lo sabía bien porque él también fue así un tiempo.

En su último año en la academia, Bard era elegido invariablemente como cabecilla de su grupo en todas las maniobras. Su actitud no había pasado desapercibida a los instructores ni a los compañeros, de modo que las humillaciones de los primeros años ya eran historia. Todo el mundo le tenía un gran respeto, o miedo, o ambas cosas. Aquel día el ejercicio consistía en subir a lo alto de uno de los montes artificiales que jalonaban el campo de entrenamiento y clavar allí un estandarte. El otro grupo tenía que defender la posición. No utilizaban munición real, pero sí balas de goma y emisores electromagnéticos que podían freírle una pierna al enemigo y lanzarlo diez metros montaña abajo.

Bard sabía que los instructores trataban de doblegarlo, que deseaban en secreto que su grupo perdiera, que él fallase para poder humillarlo. No iba a permitírselo. Distribuyeron a los defensores a lo largo y ancho de la trinchera, creyendo que Bard lanzaría a sus guardianes desde todos los flancos. Por eso subieron en tromba. Fue un ataque frontal y despiadado. Los pocos guardianes que defendían la posición central quedaron tan sorprendidos que apenas acertaban a disparar sus balas de goma. Bard corría a la cabeza de su grupo, con el escudo en alto, repeliendo los pocos proyectiles que los

alcanzaban. Su sola presencia, y la fama que la precedía, y los gritos salvajes que profería, bastaron para terminar de acobardar a los defensores.

Trataron de reagruparse, pero para cuando lo consiguieron los atacantes ya estaban dentro machacándolos con sus porras. Bard buscó al jefe del otro grupo y lo acorraló en un rincón de la trinchera. Se buscaron la mirada dispuestos a batirse. Bard nunca supo qué vio el otro en su rostro, pero debió de ser algo terrible porque, de pronto, con un gesto de pánico, lanzó la porra al suelo e hizo algo que ningún guardián debe hacer jamás: huir.

Los instructores lo capturaron unos metros más abajo y decidieron aplicarle un castigo ejemplar. Lo ataron de cara a uno de los postes del campo de entrenamiento, desnudo de los pies a la cabeza, de modo que los demás pudieran ver su espalda y sus nalgas pero no su rostro. Luego hicieron que, uno a uno, todos los miembros de su grupo lo azotaran con una vara de bambú. El látigo improvisado hendía el aire, la piel y la carne con la misma facilidad. Diez latigazos cada uno, y aquel miserable ni siquiera podía derrumbarse en el suelo porque las ataduras lo sujetaban firmemente.

Se ensañaron con el prisionero de un modo que a Bard le produciría escalofríos aún al recordarlo mucho tiempo después. En algún momento, el tipo perdió el conocimiento y hubo que parar hasta que los médicos lo reanimaron. Solo entonces los instructores dieron la orden de continuar.

Reservaron a Bard para la última tanda de latigazos. El Oficial que estaba al mando del campamento había bajado de su despacho para ver el espectáculo. Se dirigió a él y le dijo algo que nadie más pudo oír: «Llega hasta el final, recluta». Bard entendió lo que significaba «llegar hasta el final», y llegó, desde luego. No podía permitirse no hacerlo. Lo azotó hasta que le dolieron los brazos y el sudor se deslizó en grandes gotas por su frente y los demás contemplaban el espectáculo entre fascinados y horrorizados. Lo azotó rezando porque perdiera el conocimiento y mucho después de que el tipo estuviera con toda seguridad muerto continuó azotándolo un buen rato sin poder detenerse prisionero de una furia salvaje hasta que con un grito la vara de bambú se partió sobre el amasijo de carne y sangre que era su espalda y entonces Bard cayó al suelo con las manos temblorosas y los dientes apretados. Tuvo que hacerlo. Era el más bajito, el más moreno, el más patoso de mi compañía.

Así era como se forjaban los guardianes de Arcadia.

A su debido tiempo, Bard se licenció con honores y pasó por varios destinos más o menos incómodos, como todos los recién salidos de la Academia, hasta que lo ascendieron a Oficial y le asignaron la jefatura del cuartel del sector A1, el más tranquilo y distinguido de la zona de los navegantes. Era un gran honor y un signo de la confianza que le tenían los mandos, una especie de premio por su trayectoria. En el sector A1 casi nunca había nada que hacer, salvo vigilar a los braceros que venían de vez en cuando a reparar alguna avería que los bots no eran capaces de resolver por sí mismos. Además, un destino como este le permitía a uno codearse con gente importante, como los miembros del Gran Consejo o los altos mandos de la Guardia de Arcadia. Lo más complicado era, en realidad, mantenerse alerta, porque resultaba fácil entregarse a la molicie.

Hasta que aquel día todo cambió. Fue un día que parecía igual a cualquier otro. Todavía faltaban algunas horas para el tumulto en el Centro Comercial. En el Acuartelamiento A1 de la Guardia de Arcadia, situado en la mejor zona de Ciudad Blanca, muy cerca de la Comandancia, los guardianes estaban formando en fila de a dos frente al comedor para recibir su desayuno cuando las luces se apagaron y todos se miraron pensando si sería algún nuevo simulacro.

Bard Yoon, como oficial al mando, examinaba la escena desde el pasillo. Fue entonces cuando notó el zumbido del datáfono en la base del cuello y respondió a la llamada con una leve sacudida de la cabeza. El auricular implantado en su oreja le trajo la voz del Capitán desde el Cuartel General anunciando la movilización. No se trata de un simulacro, aclaró, sino de una emergencia real.

Bard informó a los suboficiales e hicieron formar a todo el personal en el patio, pertrechados con lo necesario para partir en misión real en cualquier momento. Apenas hubieron acabado de organizarse cuando el datáfono volvió a alertarlo y el Capitán les ordenó acudir con todos los efectivos a Puerto Braun, el puerto militar donde permanecían atracadas las embarcaciones de combate de la Guardia de Arcadia. Solo una guarnición mínima debía quedarse en el cuartel.

Bard organizó la partida con ayuda de Helga, su suboficial de confianza, una mujer tan resuelta como fornida, y en diez minutos estaban de camino hacia Puerto Braun. Durante el trayecto, desde el interior del todoterreno en el que viajaba al lado de Helga, Bard observó cómo algunos grupos de navegantes se habían reunido en la calle y se movían con gestos crispados. Le pareció percibir en ellos

no solo desconcierto, sino también una cierta incomodidad, como si de pronto les viniera estrecho el cuello de la camisa.

Vio de lejos a Patryk Leno, con el que había trabado una relativa amistad en los últimos tiempos. Patryk era uno de los miembros jóvenes más influyentes del Gran Consejo. Iba caminando ensimismado en dirección al cuartel y Bard supuso que se proponía hablar con él acerca del corte de los suministros. Patryk no lo vio ni pareció prestar atención al convoy de vehículos militares que cruzaba la avenida, y Bard trató de imaginar la clase de desazón que experimentaría cuando encontrase el cuartel casi desierto.

El mundo le pareció de pronto un lugar desconocido aquella mañana. Las calles estaban un poco más sucias y envejecidas, y los jardines levemente marchitos, como si durante la noche todo se hubiera deteriorado de forma apenas perceptible pero indudable. La temperatura estaba subiendo por encima de lo habitual y Bard empezaba a sudar bajo el uniforme acorazado. Te has puesto nervioso por la movilización, se dijo. Y no te lo puedes permitir. Tranquilízate y mantente a la altura de las circunstancias. En el fondo sigues siendo el chiquillo más bajito, más moreno y más patoso de tu compañía. Sin embargo, pronto, muy pronto, iba a descubrir que no eran tonterías, que lo que flotaba en el ambiente era el olor inaprensible del miedo, y que el mundo era mucho más frágil de lo que el asfalto y el metal bruñido y la rutina les habían hecho creer.

Llegaron a Puerto Braun antes del mediodía. La electricidad aún no se había reestablecido y tampoco había agua ni ningún otro suministro. Solo las líneas de emergencia del datáfono, que utilizaban la radio de baja frecuencia, permanecían activas, nadie sabía por cuánto tiempo. Muchas otras compañías venidas desde todos los rincones de la zona A estaban acampando en torno al puerto militar. Un teniente de gesto cansado y hombros encorvados que coordinaba el acuartelamiento se acercó a Bard y con gesto lúgubre le indicó el lugar que les habían reservado, de modo que desplegaron las tiendas y las dispusieron como ordena el reglamento.

A la hora de comer llegó a Puerto Braun el Capitán de la Guardia en persona. Aquello no era buena señal. El Capitán de la Guardia era alguien demasiado importante como para abandonar la comodidad acolchada de aire acondicionado del Cuartel General a menos que el mundo se estuviera desmoronando. Reunieron a todos los oficiales en una de las tiendas. Les hicieron sentar en diminutas sillas plegables en torno a una mesa de campaña. Se hizo un

silencio dramático y luego el Capitán comenzó a hablar y pronunció una palabra que Bard no había oído nunca y que le pareció que traía resonancias de luchas legendarias ocurridas en países y tiempos lejanos: huelga. Los braceros están haciendo una huelga salvaje, dijo, y nos han puesto en peligro a todos. Por añadidura, habían contravenido las Leyes Sagradas al negarse a hacer el trabajo que los Dioses habían reservado para ellos. Sin embargo, añadió, el nuevo Comandante no quería dar aún la orden de atacar, no sin haber hablado antes con ellos.

—Existe un movimiento de resistencia —añadió el Capitán—. Les seguimos la pista desde hace años, por supuesto. Tenemos nuestros informadores en aquel lado. Suponíamos que no representaban ningún problema, aunque ahora parece claro que nos hemos equivocado. Su cabecilla es un tal Seldon Dolzer. El Comandante quiere hablar directamente con él.

Hubo un murmullo entre los que estaban allí reunidos.

—Yoon —cortó en seco el Capitán mirando a Bard a los ojos—. Escoja a cinco de sus guardianes. Tendrán que ir allí, buscar a Dolzer y llevarlo por las buenas o por las malas hasta Isla Tortuga, donde prepararemos el encuentro.

—¿Solo cinco, señor? —preguntó Bard.

—Solo cinco. El Comandante no quiere que de ninguna manera haya una intervención, al menos no hasta haber hablado con Dolzer. Así que no pienso llevar a mis tropas al otro lado del mar para que nos reciba el comité de bienvenida de los braceros y nos veamos metidos en una fiesta con fuegos artificiales. Mi cabeza no se servirá como plato principal de la cena en la comandancia.

Le entregó entonces un sobre en cuyo interior había varias fotografías de un hombre alto y acartonado, de aspecto tan serio que en todas las imágenes parecía estar a punto de revelar alguna mala noticia.

—¡Vamos, muévase! —ordenó el Capitán —Le quiero en Isla Tortuga en menos de dos horas, y no se le ocurra aparecer sin ese Dolzer.

—Sí, señor —respondió Bard, levantándose y saliendo de la tienda. No pudo oír lo que allí se habló a continuación, pero supuso que organizarían el contingente que viajaría a Isla Tortuga para preparar el encuentro.

Le facilitaron comida en conserva de la que se guardaba en los almacenes militares para los casos de emergencia. Escogió a cinco de sus guardianes: Helga era su mano derecha en el cuartel y confiaba totalmente en ella; Jon, Paulo, Kris y Andrey eran

suboficiales fieles y experimentados de los que había visto lo suficiente en las maniobras como para querer tenerlos consigo en una emergencia real. Embarcaron en un hidroplano rumbo a la zona B. Cruzaron el Mar Interior volando sobre las olas a sesenta y dos nudos por hora y en menos de cuarenta minutos estaban al otro lado.

Jon y a Paulo se quedaron de guardia en la embarcación y el resto partió hacia la ciudad cercana. Bard solo había estado en la zona de los braceros recién salido de la Academia, y ya entonces no le gustaba. Allí todo estaba sucio y ajado, y la sensación de abandono se le metía a uno en el cuerpo y lo iba contagiando sin darse cuenta. Los bloques de viviendas clónicas estaban en tal estado de decrepitud que parecía un milagro que sus estructuras metálicas permanecieran en pie, y las factorías eran aún peores. Los braceros se hacinaban en unos y otros lugares como los insectos laboriosos de una colonia.

La mayor parte del territorio a ese lado del mar estaba ocupado por tierras de cultivo o de pastoreo desde las que se abastecía a las factorías, y había poblados de pequeño tamaño diseminados por los diferentes sectores. Pero aquí, en el sector B6, se alzaba la gran ciudad donde vivían la mayor parte de los braceros. Cincuenta y ocho mil setenta y tres, según el censo del día anterior, se amontonaban en los edificios herrumbrosos y transitaban por las callejas sucias e insalubres, que discurrían como una tela de araña desde una gran plaza situada en el centro geométrico de la metrópoli.

Algo había cambiado, sin embargo, desde la última vez que Bard estuvo allí. La ciudad no estaba abarrotada de braceros grises y laboriosos que se movían con la eficiencia de las hormigas de un lado para otro. Al contrario, las calles parecían desiertas y las pisadas de los guardianes resonaban en las paredes de los edificios vacíos. Una densa columna de humo ascendía al cielo desde algún punto en el centro de la ciudad. Avanzaron deprisa por las calles fantasmales, primero bordeadas por las fábricas y más tarde por los bloques de viviendas, y cerca de la plaza central empezaron a oír el rugido inconfundible de miles de gargantas profiriendo cantos y voces a la vez.

La plaza estaba iluminada por la luz anaranjada de una gran hoguera que ardía en su centro. En las calles que confluían allí se apostaban algunos guardianes a los que la revuelta había sorprendido mientras ejercían la vigilancia rutinaria de las factorías braceras. La última orden que habían recibido era la de permanecer

alerta y conservar el perímetro de seguridad. Montañas de utensilios de todo tipo habían sido amontonadas en las bocas de las calles a modo de barricada improvisada, y los guardianes se limitaban a esperar instrucciones y a fingir que aún mantenían el control de la situación.

Bard intercambió algunas palabras con el oficial al mando y le comunicó el propósito de su misión.

—¿Dolzer? —dijo el oficial cuando terminó de escucharlo —Es fácil de encontrar. Fíjese.

Le tendió unos prismáticos y le hizo mirar hacia el centro de la plaza, más allá de la hoguera. Allí, a modo de estrado improvisado, se alzaba una plataforma de madera elevada sobre unos viejos contenedores de combustible, y sobre ella había varias figuras que hablaban a la multitud haciendo grandes aspavientos.

—Dolzer es el que va vestido de gris —dijo el oficial—. Está sentado, a la izquierda, sin intervenir. Lleva allí sentado toda la tarde.

Bard se quitó el uniforme acorazado y las armas. Sin ningún signo que lo diferenciase de los braceros, salvo quizás una piel más aseada y un aspecto más saludable, se dispuso a pasar al otro lado de la barricada. Los demás debieron pensar que estaba loco, pero no trataron de detenerlo.

—Esperadme aquí —le ordenó a Helga—. Un desconocido pasará más inadvertido que cuatro. Pero si en quince minutos no he regresado, entrad a bocajarro y llevaos a ese Dolzer aunque sea a rastras. Se están corriendo una buena juerga. Si provocáis el ruido suficiente y sois lo bastante rápidos, estaréis de vuelta antes de que se hayan dado cuenta de lo que ha ocurrido.

Saltó en silencio al otro lado de la barricada y nadie reparó en él. Se acercó discretamente a los grupos de braceros que se reunían en manchas compactas aquí y allá. Hablaban animadamente de lo que había ocurrido hoy, de lo que estaba ocurriendo ahora, de lo que podría venir mañana. Bard trató de caminar sin demasiada prisa para no levantar sospechas, y así pudo oír retazos de las conversaciones en las que se mezclaban los presagios lúgubres y el entusiasmo esperanzado.

Cuando se fue aproximando al estrado, la concentración de personas se hizo mucho mayor y tuvo que propinar algunos empujones para poder avanzar. Recibió a cambio alguna mirada hostil, pero nada más. Allí dentro olía a ceniza y sudor, a humanidad vencida y humillada, y a algo más que Bard no recordaba haber olido en toda su vida aunque de algún modo le

resultaba familiar. En el lado de los navegantes nunca olía a nada parecido. Nunca olía a nada, en realidad.

Más cerca del estrado los grupos de gentes no hablaban entre sí, sino que miraban todos en la misma dirección, ligeramente hacia arriba, las bocas entreabiertas y los ceños fruncidos. Miraban hacia el estrado, desde donde les hablaba Lynx Gutierre, convertida en cabecilla de la rebelión. Bard solo pudo ver a una mujer menuda y algo envejecida, con aspecto de cocinera o tal vez de barrendera. Tenía la ropa ajada y jirones de pelo sucio se movían al viento, pero desprendía tal convicción y seguridad en los ojos y en los gestos que escucharla y verla allí de pie desafiando a las sombras que la tarde alargaba resultaba un espectáculo casi hipnótico. Sus palabras traían ecos de cosas nuevas y vivas o renacidas y hablaban de las promesas de futuro que solo puede alimentar el que nunca lo tuvo. También hablaban de sangre y fuego y venganza y justicia. Las gentes la escuchaban con los ojos enrojecidos y levantaban los puños cerrados alrededor de palos y piedras y Bard supo que contra el tipo de determinación desesperada que se estaba gestando allí nada podían hacer los años de entrenamiento en la Academia. Supo que los braceros eran invencibles.

Rodeó el estrado y se acercó a la parte trasera. Nadie se fijó en él porque todos los ojos se dirigían a la mujer que hablaba. Sentado en una desportillada silla de madera estaba el tipo al que le habían enviado a buscar.

—¿Seldon Dolzer? —dijo levantando la voz lo justo para que solo él pudiera oírlo.

El tipo sacudió la cabeza y luego la giró para tratar de localizar el origen de la voz que lo llamaba.

—Aquí —lo ayudó Bard, moviendo la mano.

Dolzer se levantó no sin cierto trabajo y se acercó. Parecía una cama sin hacer a primera hora de la mañana. Se agachó con gesto de extrañeza y dijo:

—¿Quién es usted?

No tuvo la oportunidad de ser precavido. Con un gesto rápido, Bard rodeó su cuello con el brazo y tiró de él hacia abajo. Lo dejó en el suelo a su lado y le retorció un brazo por detrás de la espalda hasta el límite en el que las articulaciones amenazan con saltar en pedazos y el dolor es tan intenso que casi no deja espacio para el pensamiento racional.

—No digas nada, no hagas ningún un ruido, y no se te ocurra intentar una señal de advertencia. Te romperé el cuello antes de que hayas podido darte cuenta. ¿Me has comprendido?

El tipo empezó a sudar y parecía tan débil que por un momento pareció que iba a desmayase. Bard repitió:

—¿Me has comprendido?

—S... sí —respondió Dolzer.

—Entonces andando.

Un instante después, los dos caminaban hacia la barricada en el límite de la plaza. El brazo de Bard en la espalda de Dolzer parecía un gesto de amistad hacia un viejo camarada. Todos seguían embobados mirando a la mujer que hablaba en el estrado y nadie les prestó atención.

Nadie excepto ella. La mujer que hablaba detuvo en seco su discurso como si un rayo la hubiera fulminado. Bard miró hacia el estrado en el mismo momento en el que la mujer levantaba su brazo, señalaba hacia él y gritaba con voz aguda:

—¡Allí! ¡Se llevan a Dolzer! ¡Ese perro guardián se lleva a Dolzer!

Una conmoción sacudió al gentío con la fuerza de un terremoto. Por suerte, ya estaban cerca del punto en el que los grupos empezaban a dispersarse y el terreno estaba más despejado. Bard se echó a Dolzer sobre los hombros y empezó a correr hacia la salida llevándose a hombres y mujeres por delante a empujones. Dolzer era bastante alto para ser un bracero, pero estaba tan delgado que apenas debía rebasar los sesenta kilos. La señal de alarma fue transmitiéndose como un espasmo de grupo en grupo a menor velocidad de la que Bard se movía hacia la salida de la plaza y, para cuando consiguieron organizarse para perseguirlo, ya había saltado sobre la barricada y se había unido a los demás guardianes.

—¡Vámonos! —gritó sin detenerse.

La voz de Lynx, amplificada ahora por algún sistema de megafonía, inundó la plaza y las calles adyacentes con el fragor de un trueno:

—¡Escuchadme! ¡Escuchadme todos! ¡Os habla Lynx Gutierre! —decía—. Un perro guardián acaba de entrar en la plaza y se ha llevado a Seldon Dolzer delante de nuestras narices. Va hacia la calle tres. ¡No dejéis que escape!

—¡Vámonos! —repitió Bard mientras enfilaba la calle que conducía a las afueras de la ciudad.

El camino por el que habían llegado a la plaza les pareció ahora mucho más largo que unos minutos antes. Bard estaba en buena forma física, como cualquier guardián en activo, y aquel tipo al que cargaba sobre sus hombros estaba claramente desnutrido, pero los sesenta kilos empezaban a pesarle y, por si fuera poco, las palabras

de la mujer parecían haberlo sacado del desconcierto inicial, y había empezado a retorcerse y a patearle la espalda con sus piernas huesudas.

Tuvo que detenerse un momento y pedir ayuda a Helga para atarlo y amordazarlo. Fueron unos segundos angustiosos. La muchedumbre empezaba a saltar la barricada como insectos carnívoros tras una presa: una mancha oscura que lo cubría todo a su paso. Los otros guardianes, los que llevaban allí todo el día, habían desaparecido sin dejar rastro por las calles laterales.

—¡Vamos, vamos! —gritó Bard mientras se cargaba de nuevo a Dolzer a la espalda.

Pero los braceros corrían espoleados por una furia inmemorial. No importaban allí la forma física, las kilocalorías ingeridas por día, el deterioro temprano de los cuerpos. Una fuerza misteriosa y atávica los impulsaba como a zombis hambrientos, y les hubieran dado alcance si no hubieran hecho nada por impedirlo.

Pasaron corriendo junto a una nave industrial en un estado deplorable. Las grietas de la estructura metálica podían verse incluso con la escasa luz del anochecer, y la fachada misma parecía inclinarse sobre la calle como asomándose para curiosear lo que sucedía abajo.

—¡Kris!¡Andrey! —gritó Bard —¡Los lanzagranadas!

Kris y Andrey, que cargaban con el armamento pesado, cogieron los lanzagranadas que portaban a la espalda y los prepararon con movimientos expertos. Con la rodilla en tierra, apuntaron y dispararon al punto donde el edificio se hundía en el suelo. Una explosión de hierros retorcidos sacudió la ciudad y la nave se vino abajo en una fracción de segundo.

Eso contuvo a los braceros un instante. No mucho, a decir verdad, porque cuando Bard volvió la cabeza sin dejar de correr ya estaban encaramándose a la montaña de escombros y pasando al otro lado para continuar la persecución. Pero al menos les dio una oportunidad de llegar hasta el hidroplano.

En los arrabales de la ciudad los músculos de Bard protestaban tanto que temió sufrir un calambre que lo dejase inmovilizado allí mismo. Miró de reojo hacia atrás y de las sombras próximas vio surgir a los primeros braceros lívidos. Algunas piedras llovieron sobre su cabeza.

—¡Venga, venga! —gritaba a sus compañeros —¡Corred! ¡Ya falta poco!

Estuvo a punto de caer en la zanja de un canal que cruzaba bajo la carretera, pero se incorporó a tiempo y corrió al límite de sus

fuerzas sin mirar atrás hasta la ensenada donde habían dejado el hidroplano. Cuando Paulo y Jon, que se habían quedado de guardia, los vieron llegar en una situación tan apurada, pusieron el motor en marcha y ya habían avanzado unos metros aguas adentro cuando los demás pudieron subir a bordo. La lancha se movió a toda velocidad alejándose de la costa mientras los motores rugían acallando los gritos furiosos de la muchedumbre. Llovieron piedras y palos, pero pronto estuvieron fuera de su alcance. Bard soltó por fin a Dolzer y lo último que vio antes de dejarse caer sin aliento en la cubierta fueron miles de manos y puños recortarse encrespados contra el cielo gris azulado del anochecer.

Dioses, pensó, espero que no me ordenen traer a este tipo de vuelta a este infierno.

11. **Negociación**

Tras el primer momento de pánico, Seldon Dolzer se hizo cargo de la situación con un aplomo que no dejó de sorprenderle. Pensó con frialdad que, si aquel guardián hubiera querido matarlo, lo habría tenido muy fácil. Pero no lo había hecho, y eso solo podía significar que tenía órdenes de llevarlo con vida a algún lugar.

Por eso estaba bastante tranquilo —teniendo en cuenta las circunstancias— cuando lo hicieron desembarcar en aquel islote de piedra y musgo y lo condujeron, con firmeza pero sin violencia, hasta una tienda de campaña de gran tamaño que habían instalado en el único lugar plano de la isla.

Los guardianes salieron de la tienda y Dolzer se quedó a solas frente a un hombre de piel aceitunada y lustrosa, evidente sobrepeso y calva incipiente. Levantaba la cabeza en una pose que pretendía ser distinguida pero resultaba demasiado impostada. Su túnica bordada con adornos dorados exhaló un leve perfume cuando movió las manos para decir:

—Bienvenido a Isla Tortuga, señor Dolzer. Bienvenido a esta tierra de nadie en mitad del mar. Pensé que era el mejor lugar, a medio camino entre dos mundos, para tener este encuentro. Espero que nuestros guardianes no hayan sido demasiado bruscos al traerlo hasta aquí.

—Hubiera preferido una invitación.

—Ya veo —dijo el hombre sonriendo—. Pero tome asiento, por favor. Dígame, ¿sabe usted quién soy yo?

—Me temo que no.

—¿Y sabe por qué está aquí?

—No.

—Empecemos entonces por las presentaciones. Señor Dolzer, soy Nerhum Entomée, hijo de Raghu Entomée, nuestro querido Comandante. Mi padre lleva cuarenta años dirigiendo con mano firme y mente preclara los destinos de Arcadia, pero ahora que nos enfrentamos a esta crisis no se le ha ocurrido nada mejor que caer gravemente enfermo. No me mire así, solo bromeaba. Bromeo a

menudo. Mi padre, como le digo, está viviendo las que pueden ser sus últimas horas y ni siquiera los mejores cuidados médicos ni las rogativas a los Dioses parecen tener mucho efecto sobre su estado de salud. Así que todos esos señores y señoras de aspecto grave que esperan fuera de la tienda han decidido que puedo sustituirlo, quién sabe si temporal o definitivamente, para tratar de resolver esta situación de la mejor manera posible. «La mejor manera posible» es un eufemismo que en realidad significa, para que nos vayamos entendiendo, que la Guardia debe entrar en su ciudad y arrasarla hasta no dejar piedra sobre piedra. Y ahora, querido amigo, es su turno.

Por primera vez en su vida, Dolzer se quedó sin palabras. Era cierto que las facciones de aquel hombre recordaban a las del Comandante, cuyo holograma todos habían visto miles de veces en las plazas, a la entrada de la escuela o en las alocuciones semanales. Quizá fuera realmente su hijo. Quizá tuviera el mando de Arcadia en su poder y estuviera dispuesto a dialogar. O quizá fuera una trampa, una trampa cuyo propósito Dolzer no alcanzaba a vislumbrar.

—Soy... soy Seldon Dolzer —dijo al fin—, profesor de ciencias en la escuela número 3 del sector B6, y no sé qué quiere de mí.

Entomée se acomodó en su silla y cruzó las manos sobre la prominente barriga.

—Señor Dolzer, dejemos las insinuaciones para los cortesanos. Usted es el cabecilla, o al menos uno de los cabecillas, de un movimiento rebelde que persigue desde hace años mejorar la forma en la que viven los braceros a costa de contravenir unos cuantos cientos de preceptos sagrados. ¿Le sorprendo? Lo sabemos y toleramos desde hace tiempo. A decir verdad, mi padre estuvo a punto de intervenir contra ustedes en varias ocasiones, o eso me pareció entender cuando yo era más joven y me ocupaba de mis propios asuntos, pero nunca llegó a tomarse la molestia porque siempre los consideró más fastidosos que otra cosa. Ahora está claro que, aunque solo fuera en esto, mi padre se equivocó.

—No sé de qué me habla.

—No soy muy bueno con la retórica, o eso decían mis instructores, así que disculpe si soy demasiado brusco en lo que le voy a decir. Le hablo, señor Dolzer, de encontrar un modo de evitar que su pueblo sufra la mayor represalia de la historia de Arcadia. Le hablo, señor Dolzer, de que esa gente de aspecto tan civilizado que espera ahí fuera siente hacia ustedes un desprecio más allá de toda medida, y están tan deseosos de vengar lo que consideran una

afrenta que aplaudirían cualquier intervención armada que les aplastase a usted y a sus amigos como a cucarachas. Le hablo, señor Dolzer, de que, aunque pueda parecerle mentira, a mí eso se me antoja que es una atrocidad repugnante, quizá porque siempre fui delicado del estómago, y necesito que me ayude a buscar un modo de calmar a la jauría de lobos sin que los ríos de nuestra querida Arcadia, este pequeño mundo que es nuestro único hogar, tengan que teñirse de rojo, por utilizar la gráfica imagen que tan a menudo aparece en nuestras venerables Escrituras Sagradas. De eso le hablo, señor Dolzer. Y ahora, por segunda vez, querido amigo: ¿qué tiene usted que decir sobre todo esto? Es su turno.

Dolzer lo miró a los ojos. Eran pequeños y huidizos. Por un instante, Entomée le sostuvo la mirada y Dolzer vio o imaginó una súplica sincera detrás de la afectación aristocrática. Se dio cuenta de pronto de la situación: estaba sentado frente al mismísimo Comandante en funciones de Arcadia y ni siquiera le habían atado las manos. No había ningún escolta en la estancia. Y el Comandante le estaba pidiendo su opinión. Había algo extravagante en todo esto, algo que hizo que Dolzer venciera su estupor inicial y se lanzase a hablar:

—Usted, Comandante, no sabe cómo es la vida de los braceros. Ni siquiera puede llegar a imaginarlo. No voy a hacerle un relato completo porque no creo que pudiera comprenderme, pero, llegados a este punto, eso ya no tiene importancia. Lo que pedimos es muy simple. No vivir con el temor constante a ser detenidos por la Guardia. Trabajar menos horas. Raciones de comida más abundantes. Atención sanitaria. Viviendas dignas. Poder cuidar de nuestros hijos. Tener libertad de reunión y de culto...

—Alto, alto —interrumpió Entomée con una media sonrisa—. No apunte tan arriba, se lo ruego. Al otro lado del mar espera el Sumo Sacerdote quemando incienso y hablando con los Dioses por la línea directa. Dejémosle a él con sus asuntos celestiales y centrémonos los aspectos prácticos del problema. De entrada le digo que me parecen razonables sus peticiones, y que, con buena voluntad y no poca suerte, al menos la mitad de ellas podrían llevarse a efecto en no mucho tiempo. Pero ahora póngase en mi lugar, y suponga que regreso a la comandancia con la noticia de que he decidido que en el plazo de seis meses, por decir algo, se reorganizarán los turnos para que los braceros trabajen seis horas menos cada día, y que los alimentos de alta calidad se repartirán a partes iguales entre braceros y navegantes. Mi padre enfermo se levantaría de su cama y me ejecutaría él mismo por el simple

procedimiento de apretar sus manos en torno a mi cuello, amigo mío. Y, si él no lo hace, le aseguro que Baena se encargará de que otro lo haga, y bien pronto. Ya me lo imagino mirando al cielo y gritando qué escándalo, esos braceros inmundos y blasfemos organizan un motín y, ¿qué reciben como respuesta? ¡Seis horas de holgazanería al día! ¿Y para qué las quieren, si no es para dar rienda suelta a sus más bajos e impúdicos instintos? Porque, amigo mío, para ellos ustedes no son muy diferentes de los animales silvestres a los que hay que domesticar y someter. Lo dicen los libros sagrados: «que los puros de espíritu subyuguen a las especies inferiores y las utilicen a su conveniencia para liberarse finalmente de la esclavitud material y de los impedimentos finitos». De modo que, querido amigo, no puedo regresar e imponer alegremente ninguna de sus propuestas. Me defenestrarían y pondrían a otro en mi lugar, tal vez el Capitán de la Guardia, o al propio Baena, y entonces no tendrá usted la ocasión de sentarse a la mesa con un tipo que tiene, al menos en teoría y de forma provisional, el poder de Arcadia en sus manos.

—El poder de Arcadia no está en sus manos —dijo Dolzer con voz sombría—, ni en las de ningún navegante o sacerdote. Ni siquiera en las del Capitán de la Guardia.

—Ya, ya. Ustedes tienen el poder, ustedes tienen la sartén por el mango, como suele decirse, o al gato cogido por el rabo. Pero de qué puede eso servirles. Ustedes pueden paralizar el planeta. Pueden hacernos pasar hambre, y frío, y miedo. Pero nosotros tenemos a la Guardia. Les atacarán y les arrasarán, y pondrán a otros braceros a hacer su trabajo, y no trabajarán seis horas menos, sino seis más. Y quizá los engranajes del sistema se resientan durante un tiempo, pero nosotros seguiremos viviendo en nuestras mansiones y cuidando de nuestros jardines, mientras ustedes duermen el sueño eterno o tienen la mala fortuna de sobrevivir lo suficiente como para conocer nuestra revancha.

Dolzer negó con la cabeza. Se sentía rebosante de osadía, y por eso habló con vehemencia:

—No, no ocurrirá así. Si la Guardia nos ataca tendrá que matarnos a todos. Quizá algunos braceros no se unan a la causa, pero no serán suficientes para mantener Arcadia en funcionamiento. Usted no sabe lo que ha ocurrido en esa plaza, ni sabe lo que hemos pasado para llegar hasta aquí. Ninguno de ustedes sabe nada de nosotros. Éramos muertos vivientes fingiendo que sobrevivíamos. Ustedes nos hicieron así. Ustedes nos han exprimido hasta dejarnos sin sangre en las venas. Pero en esa plaza, a lo largo del día de hoy,

ha ocurrido algo. Hemos comprendido nuestra fortaleza. Nosotros no somos los eslabones débiles de la cadena, son ustedes. Nosotros no les necesitamos, ustedes sí nos necesitan. Nosotros no tenemos la obligación de vivir como esclavos, ustedes nos la han impuesto. Pero eso se acabó. Se acabó hoy. Algo se ha roto en esa plaza, Comandante, algo que no puede volver a recomponerse. Ustedes han roto algo dentro de cada uno de nosotros. Lo he visto. Ha sido como una epifanía. Ninguno de esos hombres y mujeres que hay en la plaza va a regresar a su vida de antes como si no hubiera ocurrido nada. No, Comandante, no podrán echarnos de allí y pretender que todo siga igual. Tendrán que matarnos a todos y, simplemente, no habrá braceros suficientes para mantener Arcadia, y entonces ustedes mismos también sucumbirán. Dígale eso a su Sumo Sacerdote.

Entomée hizo una pausa durante la cual su rostro fue una máscara inexpresiva. Por fin chasqueó la lengua y dijo:

—Confieso, señor Dolzer, que habla usted de un modo convincente. Es una lástima que Baena prefiera que le cuelguen por los tobillos antes que sentarse con usted a charlar o si quiera acercarse a un bracero a menos de diez kilómetros de distancia. De acuerdo. Supongamos, solo como hipótesis de trabajo, que tiene usted razón y que nosotros les necesitamos a ustedes más que ustedes a nosotros. Que nosotros caeríamos muy pronto en el caos y la anarquía si ustedes dejaran de estar ahí abajo, accionando palancas y engrasando maquinarias o lo que sea que hagan. Dejemos de lado que algunos navegantes también hacen un trabajo importante, como planificar las tareas y decidir quién hace qué cosa y calcular cuántas malditas hectáreas de trigo hay que sembrar para la siguiente temporada. Es un trabajo cómodo y no nos lleva demasiado tiempo, no se lo niego. Se introducen unos cuantos números en el ordenador y se pulsa el botón adecuado, pero aún así requiere de ciertos conocimientos que ninguno de ustedes posee. Si dependiera de ustedes, podrían acabar con las reservas de cereales en un mes o tener un excedente tan grande la próxima temporada que tuvieran que desayunar, comer y cenar trigo durante años. Pero obviemos estos fastidiosos detalles por un momento. Yo nunca he sido muy inteligente, señor Dolzer, ya lo habrá notado, y usted parece un tipo con las ideas claras, así que me gustaría que me ayudase. Si regreso a la comandancia sin nada que ofrecer a Baena y los suyos, y a los navegantes que a estas horas deben de estar viendo la oscuridad asomar por el horizonte y tal vez empezando a perder su pátina de civilización, si regreso con las manos vacías,

como le digo, y les cuento una historia en la que ustedes son los dueños de Arcadia o, empleando su reflexión, que siempre lo han sido aunque no fueran conscientes de ello, antes del amanecer yo estaré fuera de la circulación y su ciudad no existirá. Así de simple. Y después de eso todo será un caos y quizá todos moriremos. No sé qué piensa usted, pero a mí no me resulta una perspectiva demasiado atractiva. Así que déme algo, señor Dolzer, algo que yo pueda ofrecer a mis chicos. Usted es un tipo inteligente, se le nota enseguida. Vamos, señor Dolzer, ayúdeme.

—Puede usted decirles —replicó Dolzer —que volveremos al trabajo a cambio de un reajuste de los turnos que reduzca nuestro horario hasta las diez horas diarias.

—Ahora nos entendemos. ¿Volver al trabajo de inmediato?

—De inmediato.

—La reducción sería paulatina, mientras modificamos toda la planificación. Tendría usted que darme unas semanas, pero podría arreglarse.

—Dos horas de reducción a partir de mañana. El resto, en el plazo de cuatro semanas, a razón de una hora adicional por semana.

—Hecho.

—Y queremos a la Guardia fuera de nuestros centros de trabajo.

—De acuerdo.

—Además, se constituiría un comité de negociación. Estaríamos nosotros y algunos de los planificadores de ustedes. Me importa un bledo si les da asco acercarse a nosotros. Que vengan con mascarillas, si quieren. En esa comisión se negociarán el resto de las condiciones.

Entomée sonrió de nuevo:

—Me parece bien. Sin demasiadas prisas, amigo Dolzer. Los sapos hay que tragarlos con calma y agua fresca. Baena está lejos de ser tonto y se dará cuenta de que hemos cedido, y enarbolará unos cuantos versículos para golpearme con ellos en la cabeza, pero en cuanto regresen la luz y el agua y la comida los navegantes solo pensarán en que la pesadilla ha terminado y que el nuevo Comandante no es tan torpe como temían, y no se atreverá a tocarme, al menos de momento. Solo me queda una duda, señor Dolzer. ¿Podrá usted convencer a los suyos de que respeten este acuerdo?

—Supongo que sí —dijo Dolzer, aunque estaba seguro de que así fuera—. No resultará fácil. Algunos preferirían llegar hasta el final, Comandante. Hasta la destrucción completa y definitiva de los sacerdotes y de la Guardia, y probablemente de los navegantes que

no quieran avenirse al nuevo orden de las cosas. La sensación de tenerles bien cogidos por el cuello es demasiado excitante como para abandonarla de repente y marcharse a dormir. Sin embargo, si consigo que lo hagan, cuando mañana regresen a sus casas dos horas antes de lo habitual, estoy seguro de que se darán cuenta de que las cosas están cambiando de verdad.

—Regresemos, pues —dijo Entomée—. A los dos nos queda una noche muy larga por delante. Para mí es un placer estrechar su mano, señor Dolzer. En otro mundo quizá usted y yo hubiéramos podido charlar un rato más, y de cuestiones menos graves.

Ahora Dolzer sonrió también por primera vez desde que lo habían llevado por la fuerza a aquella tienda. Apretó la mano de Entomée y dijo:

—Tal vez un día un bracero y un navegante puedan sentarse a charlar, como usted dice, de cuestiones intrascendentes como buenos amigos. Yo también estrecho su mano, Comandante. Buena suerte.

—Buena suerte —dijo Entomée—. La necesitaremos.

12. **Mala suerte**

Nirhum Entomée, Comandante en funciones de Arcadia, salió de la tienda improvisada en la planicie de Isla Tortuga, aquel peñasco inhóspito emergido en mitad del Mar Interior, acompañado del bracero Seldon Dolzer. Hubieran pasado por viejos conocidos de no ser por el abismo que separaba los dos extremos del mundo en el que vivían. El Comandante, con su mirada huidiza, se dirigió a Bard Yoon y le dijo:

—Oficial, encárguese de llevar a este hombre de regreso. Asegúrese de dejarlo exactamente donde lo encontró. No queremos que le ocurra nada malo. Y no hace falta que le diga que tampoco queremos que le suceda nada a ningún otro bracero.

Debió notar el gesto de fastidio de Bard, porque añadió:

—¿Algún problema, Oficial?

—Comandante —dijo Bard en tono marcial—, traerlo hasta aquí de una pieza no fue fácil y temo que si regresamos ahora nos puedan estar esperando. No sé si me entiende.

—Claro que le entiendo —dijo Entomée—. No soy muy listo, pero tampoco un imbécil integral. Estoy seguro de que sabrá lidiar con la situación. Al fin y al cabo, es usted un miembro de la Guardia de Arcadia, y uno de los mejores, según me han dicho. Tiene usted un futuro prometedor. Empiece a demostrarlo esta noche.

—Sí, Comandante.

De modo que Bard tuvo que volver a subir con sus cinco guardianes y Dolzer al hidroplano, mientras nubarrones negros surcaban el cielo nocturno. Aquellos nubarrones provocaron en Bard un mal presentimiento. Nunca había sido un tipo particularmente intuitivo, y quizá por eso la certeza de que algo terrible estaba a punto de ocurrir lo golpeó como un mazo en el estómago.

Hacía varias horas que la noche había caído sobre Arcadia cuando se aproximaron a la costa de la zona B. Redujeron la potencia de los motores al mínimo para no hacer demasiado ruido.

Lo último que querían era que todos los braceros que pudiera haber por los alrededores supiesen que estaban allí de nuevo.

—Seguirán todos en la plaza —dijo Helga—. O se habrán ido a dormir.

Helga lo conocía lo suficiente como para percibir su preocupación. Bard trató de aparentar un aplomo que no sentía para que los demás no se contagiasen. Volvía a sentirse el más bajito, el más moreno y el más patoso cuando atracaron en la arena y oteó alrededor tratando de distinguir algo entre las tinieblas. La playa parecía desierta.

Tomaron el camino que conducía a la ciudad, por el que unas pocas horas antes habían regresado al hidroplano perseguidos por una horda de braceros enfurecidos. Todo aquel asunto apestaba. Estar allí, en territorio enemigo, de noche y escoltando a aquel tipo taciturno y desgarbado que no había dicho una palabra desde que habían partido de Isla Tortuga. Todo hacía presagiar que la tierra se abriría y se los tragaría en cualquier momento sin que pudieran hacer nada por evitarlo.

Entonces Dolzer por fin habló:

—No es necesario que me acompañen hasta la ciudad —dijo—. Conozco el camino mejor que ustedes. No puedo garantizar su seguridad ahí dentro.

Bard lo miró durante un instante sopesando su propuesta. ¿Garantizar su seguridad? Era justo el empujón que necesitaba para recobrarse. Levantó la cabeza y dijo orgulloso:

—Mis órdenes son dejarte exactamente donde te encontré, y eso es lo que voy a hacer.

—Insisto en que no es necesario, y puede ser peligroso.

—Soy Oficial de la Guardia de Arcadia. Yo siempre cumplo las órdenes. No creo que puedas entenderlo.

—No, no puedo entenderlo. En eso tiene usted toda la razón.

Dieron por terminada la breve conversación y se dirigieron hacia la ciudad. Pasaron por el puente sobre el canal en el que Bard había estado a punto de caer durante la huida anterior. Jon y Paulo iban delante. Esta vez Bard pensó que necesitarían toda la cobertura posible y decidió no dejarlos en la embarcación. Helga y él caminaban unos pasos más atrás, con Dolzer escoltado entre ambos, y la retaguardia la cubrían Kris y Andrey.

Avanzaron despacio, extremando la cautela, según marcaba el protocolo para situaciones de emergencia prebélica. Alcanzaron las primeras naves industriales unos minutos más tarde. Virutas de humo fétido subían de las alcantarillas. La humedad se

arremolinaba en las esquinas dándole al paisaje urbano un aire de ciudad imaginaria. El horizonte de la calle se perdía en la neblina y el silencio era absoluto. Solo la suela de goma de sus botas crujía sobre el cemento resquebrajado. Hasta la última fibra muscular de sus cuerpos estaba en tensión y la maldita humedad les hacía sudar otra vez.

Bard se quitó el casco y lo lanzó con rabia al suelo. Apartó el sudor de su frente con el dorso de la mano. Solo fue un instante, pero al retirar el brazo vio o intuyó una sombra que desaparecía tras una esquina. La adrenalina invadió su cuerpo y contuvo la respiración.

—Helga —susurró—. A la derecha. He visto algo.

Podía oír los latidos de su corazón martilleándole los oídos. Helga apuntó en la dirección que le indicaba y se aproximó con prudencia a la esquina. A medio camino gritó:

—¡Quieto! ¡Levante las manos!

Una silueta negra había aparecido desde detrás del edificio y se había encarado con ella. Detrás, otras formas en movimiento se unieron a la primera. La oscuridad les arrebataba las facciones. Parecían espectros surgidos del interior de la niebla.

—¡Las manos arriba! ¡Quiero ver esas manos, coño! —gritó Helga.

Entonces se escuchó la voz nerviosa de Andrey:

—¡Manos arriba! ¡No se acerquen!

Bard se giró y vio que otro grupo de gente se aproximaba desde otra bocacalle. Lo mismo ocurrió en los segundos siguientes en las dos calles que confluían desde el sur. Muy pronto estuvieron rodeados de sombras silenciosas que se mostraban renuentes a levantar las manos u obedecer orden alguna. Los guardianes movían el fusil de una sombra a otra, y gritaban manos arriba con escaso éxito, mientras Bard no le quitaba la vista de encima a Dolzer.

Fue entonces, cuando las sombras parecían estar a punto de abalanzarse sobre ellos, cuando Dolzer volvió a hablar con voz clara y firme:

—Escuchadme, por favor. Soy Seldon Dolzer. Muchos me conocéis y otros habéis oído hablar de mí. Estos guardianes solo quieren acompañarme hasta la plaza y luego se marcharán sin hacernos ningún daño. Os doy mi palabra. Os ruego que confiéis en mi.

Las palabras detuvieron a las sombras, pero no las hicieron retroceder. Siguieron avanzando en medio de un silencio ominoso escoltados por esos espectros sin rostro que se amontonaban en las

aceras procedentes de las calles adyacentes.

Un murmullo comenzó a crecer entre las filas de espectros. Bard no podía entender las palabras, pero hablaban de ellos. Los señalaban con sus manos huesudas y pronunciaban maldiciones terribles surgidas de lo más profundo del rencor. La ira hacía temblar los dedos oscuros que les apuntaban para marcarlos con el estigma de la culpa. Los juzgaban y declaraban culpables. Culpables del sufrimiento, del dolor arbitrario, de la desolación de estar vivo en el lado equivocado.

—Esto no me gusta, Bard, joder —susurró Helga.

El murmullo crecía rápidamente en intensidad y Dolzer dijo:

—Déjenme aquí y márchense, por favor. Ustedes no saben por lo que ha pasado esta gente. No saben lo que son capaces de hacer.

Bard no respondió. No había nada que pudiera responder. Seguirían adelante, hasta meterse en la mismísima boca del dragón si era preciso. Continuaron el camino en dirección a las entrañas de aquella ciudad de muertos vivientes. A cada paso, más sombras se amontonaban sobre las aceras, y el murmullo inicial creció en intensidad hasta convertirse en la voz ininteligible de la multitud y finalmente en un grito, el grito de miles de gargantas exigiendo alguna clase de justicia.

En cierto momento la muchedumbre empezó a agitarse con espasmos de bestia hambrienta. Todos la miraban, Dolzer incluido, con ojos desorbitados. Se acercaba cada vez más a ellos, estrechando el pasillo por el que caminaban, y ahora podían adivinar sus mil rostros y eran rostros lívidos y desencajados coronados por ojos enrojecidos por el sueño y el hambre y la ira. Las murallas de cuerpos humanos se estrechaban cada vez más y los gritos se hacían ensordecedores. Los puños se levantaban y agitaban en el aire, los dedos los señalaban, los dientes se apretaban y rechinaban en las bocas contraídas. Dolzer murmuraba una y otra vez, déjenme aquí, márchense y déjenme aquí, por todos los Dioses. Pero siguieron adelante, y Bard supo que en un instante los iban a despedazar y no iban a poder hacer nada por evitarlo.

De súbito, el pasillo humano se ensanchó, y se encontraron en la plaza. La noticia de su llegada los había precedido y se encontraron en el interior de un círculo delimitado por la muchedumbre enfervorizada. El ruido de los gritos disonantes era tan fuerte que Bard tenía la sensación de no poder escuchar con claridad sus propios pensamientos. Solo una idea permanecía en su cabeza: llegar hasta el estrado donde había encontrado a Dolzer y dejarlo allí, tal y como le habían ordenado. El propósito de su existencia se

había reducido de pronto a aquella única misión. Así es como debe funcionar la mente de un guardián.

El estrado estaba en algún lugar entre el gentío. Bard se dirigió con decisión hacia el extremo oriental de la plaza. Los gritos subieron aún más de intensidad cuando los braceros comprendieron que se disponía a cruzar los límites del círculo humano. Helga gritó:

—Por todos los Dioses, Bard, dejémosle aquí mismo y larguémonos.

Él la miró. La chica tenía el gesto descompuesto. Un guardián nunca siente miedo, Helga, le hubiera gustado decirle. Un guardián no siente miedo ni siquiera cuando le están reventando las entrañas a latigazos. Un guardián muere con la cabeza alta y una sonrisa en los labios porque es voluntad de los Dioses. Le hubiera gustado decírselo pero no lo hizo. Siguió caminando impasible hacia el límite del círculo. Los braceros manoteaban de tal modo que parecía que quisieran arrancarle el corazón con sus uñas rotas.

Y entonces, de improviso, callaron. Como si al acercarse a ellos Bard hubiera accionado un interruptor oculto, los braceros que tenía delante cerrándole el paso bajaron los brazos y enmudecieron. Lo taladraban con su mirada iracunda, pero se volvieron silenciosos e inmóviles. El gesto se extendió como un aluvión por toda la plaza y en segundos todo quedó en silencio, en el silencio expectante y amenazador que precede al trueno. Los cuerpos se apartaron y formaron un estrecho pasillo que olía a sudor y a furia y Bard, arrastrando a Dolzer, se adentró en él sabiendo que probablemente conducía a las puertas del infierno.

Dolzer ya no decía nada. Estaba lívido y temblaba. Helga y los demás los siguieron. Habían bajado las armas. De qué les servirían allí. Transitaron en fila por ese pasillo humano perforados por millares de ojos que los juzgaban y los declaraban una y otra vez culpables.

Y llegaron al estrado. Y allí arriba seguía Lynx Gutierre arengando a la multitud, y a su lado estaba Breece Oreze, y Bard solo pudo ver a una mujer muy joven, con el pelo oscuro y corto, la piel morena y la mirada desamparada, y no tuvo modo de saber que en aquel instante las coordenadas de su mundo habían cambiado para siempre.

Dudó un instante. Luego subió sujetando a Dolzer y se acercó a Lynx. No cabía duda de que era ella quien dirigía aquel tumulto. La mujer lo escrutó de arriba a abajo sin abandonar el porte orgulloso que debieron tener los animales salvajes antes de que los humanos los domesticaran o los exterminaran.

Bard soltó a Dolzer, que se refugió detrás de Lynx como un niño desvalido.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, sin dejar de mirar al guardián.

—S.. sí —respondió Dolzer—. Deja que se vayan. He hablado con el Comandante. Tenemos un acuerdo.

Ahora ella sí lo miró, sorprendida. Dolzer recuperó parte de su aplomo y asintió de forma casi imperceptible. Ella pareció sopesar la situación. Al fin, se volvió hacia Bard y dijo:

—De acuerdo, soldaditos. Marchaos. Pero que no se os ocurra volver por aquí.

Se acercó entonces al micrófono y el sistema de megafonía llevó su voz rotunda a todas partes:

—Os habla Lynx Gutierre. Hemos tenido la visita sorpresa de unos perros guardianes, pero ya se marchan. Sus amos les esperan para darles las sobras de la cena. Dejadles pasar. El día de nuestra revancha llegará pronto, os lo garantizo.

Y la multitud obedeció. El pasillo se abrió de nuevo ante los guardianes, esta vez más ancho, como las aguas del mar ante los profetas de los Libros Sagrados. Y en el desconcierto del momento a Bard no se le escapó que aquella mujer trataba a la muchedumbre como se trata a un perro. Perros, le gustaba llamar a los guardianes. Y como a obedientes perros trataba a los demás braceros. Sus instrucciones se obedecían sin discusión y Bard se sorprendió pensando que no había gran diferencia en la forma de dirigirse a los braceros de los unos y los otros.

Por un momento pareció que el camino de regreso iba a resultar sencillo. El gentío seguía agolpado a los lados de la calle, pero no parecían dispuestos a ir más allá de la censura silenciosa. Cuando los rostros fueron cayendo en la penumbra y dejaron de verles los ojos todo fue más llevadero y Bard estuvo tentado de dejarse llevar por la sensación de alivio. Pero algo le decía que aún era pronto para relajarse.

No se equivocaba. Al alejarse de la plaza empezaron de nuevo los improperios apenas inteligibles, como si el influjo de las palabras de Lynx Gutierre se hubiera desvaneciendo con la distancia. Estaba claro que ni siquiera ella podía controlar a toda aquella turba y que en las calles de la ciudad reinaba la anarquía. Aunque allí había menos gente, la actitud y las palabras de aquellos braceros dispersos hizo evidente que el viaje aún no había acabado.

En las afueras quedaban pocas sombras, pero se movían hacia los guardianes cada vez más deprisa. Bard vislumbró palos y piedras en las manos encrespadas y recordó cómo esos mismos proyectiles

cayeron sobre ellos en la anterior huida, tan solo unas horas antes. Tal vez fue ese recuerdo lo que le hizo perder el control de la situación. Solo un fogonazo de debilidad es suficiente para provocar un terremoto. Sin saber bien por qué, se encontró gritando:

—¡Corred!

Corrieron hacia el mar por segunda vez aquel día, y fue como si hubieran dado la señal de salida de una carrera desquiciada. En cuanto empezaron a correr, las sombras que los rodeaban se lanzaron hacia ellos como lobos hambrientos. Una lluvia de piedras les golpeó en las corazas con un repiqueteo sordo. Corrieron sin mirar atrás y alcanzaron el puente sobre el canal, el último obstáculo antes de bajar a la playa.

Lo vamos a conseguir, pensó Bard. Lo hicimos una vez y lo haremos otra.

Recordó demasiado tarde que se había quitado el casco por culpa del calor. Notó una sacudida en la parte de atrás de la cabeza y vio un fogonazo de luz blanca. Después, ya no vio nada más.

13. **Milagro**

Breece Oreze caminaba por las afueras de la ciudad. Hacía mucho que el sol se había puesto, pero en la plaza seguían reunidos miles de braceros expectantes. Nadie parecía sentir ganas de dormir. Breece tampoco tenía sueño, pero sí la necesidad de estar un rato a solas, de ordenar sus ideas mientras respiraba un poco de aire fresco.

Habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo. Lo último había sido la reaparición de Seldon Dolzer cuando todos lo daban por muerto. Les había contado esa inconcebible historia según la cual había estado reunido a solas con el mismísimo Comandante de Arcadia y habían alcanzado un principio de acuerdo razonable para todos. La noticia se había extendido rápidamente por toda la plaza entre expresiones de incredulidad y esperanza.

Allí, muy lejos del tumulto de la plaza, no parecía haber nadie y uno podía imaginar que el mundo era un lugar plácido. Dejó atrás las últimas edificaciones de la ciudad y siguió por el camino que bordeaba el canal. Se detuvo sobre el puente y se asomó para escuchar el ruido blanco de la corriente de agua. Era algo que le gustaba hacer. El sonido del agua conseguía relajarla incluso en los peores momentos. Entonces lo vio.

Era un destello rojizo a la luz de la Luna, y una mano inerte asomando entre las sombras. Bajó por el terraplén y encontró el cuerpo tendido junto al curso de agua. Estaba sobre un charco de sangre oscura a la sombra del puente, casi oculto por la misma. Seguramente por eso no lo había visto nadie antes. Tenía una fea herida en la cabeza y la horrible armadura abollada por todas partes. Estaba inconsciente, pero aún respiraba.

Breece buscó con la mirada en todas direcciones, tratando de localizar a alguien que la ayudase, que le dijese qué podían hacer con aquello. Porque lo que tenía a sus pies era un Oficial de la Guardia de Arcadia desangrándose.

Escrutó su rostro y lo reconoció. Era el mismo que, unas horas antes, había estado en la plaza para llevar a Seldon de regreso. Sí,

lo recordaba bien porque ella estaba en el estrado junto a Lynx y a Roland cuando se había producido ese silencio repentino y los guardianes habían surgido de entre la multitud arrastrando a Seldon con ellos. Uno lo tenía cogido por el brazo y lo había conducido hasta lo alto del estrado. Era el único que no llevaba casco, y la había impresionado la expresión ceñuda, como esculpida a cincel, en aquel rostro tan joven, los ojos oscuros que trataban de ocultar el miedo que se escondía detrás.

Lo miró de nuevo y supo que lo ayudaría. Era un maldito perro guardián, pero se estaba desangrando y quizá nadie pasaría por allí hasta el amanecer y para entonces sería tarde y los ojos que querían ocultar el miedo que había detrás no se volverían a abrir. No podía dar media vuelta y marcharse como si nada.

Pensó en regresar a la plaza y decirle a Lynx y a Seldon lo que había encontrado, pero el camino era largo y quizá aquel hombre moriría. Además, imaginaba lo que Lynx opinaría que debían hacer con él, o lo que podrían hacer otros braceros si lo encontraban antes. No, se dijo, lo llevaré a un lugar seguro y le taponaré esa maldita herida como sea. Luego se lo diré a Seldon, no a Lynx. Seldon sabrá lo que hay que hacer.

Intentó moverlo, pero pesaba demasiado. Cerca del canal estaba la entrada abandonada a los colectores de aire que usaban para las reuniones clandestinas. No se hacían turnos de guardia aquella noche en las plantas de reciclaje de aire ni en ningún otro lugar, así que nadie vio cómo se colaba a hurtadillas en el túnel y tomaba prestada una carretilla con motor eléctrico que llamaban rodillo y que solían emplear para transportar material pesado.

Usó la plataforma del rodillo para izar el cuerpo con el mayor cuidado posible, y luego lo sacó del canal. Las armas se quedaron allí, sumergidas en el agua. Breece condujo el rodillo hasta el cobertizo abandonado junto al río, el mismo en el que había asistido a su primera reunión con La Resistencia unos meses atrás. Estaba apartado de los caminos principales y le pareció que sería mejor escondite.

De modo que lo llevó allí, entre los juncos y la maleza que crecían en la ribera del arroyo procedente del deshielo de las montañas del este, y lo acomodó sobre unos cartones usados, y le limpió y vendó la herida como mejor pudo. Luego, se acurrucó en un rincón y se quedó dormida. Soñó que un monstruo de mil cabezas humanas la perseguía para castigarla por lo que había hecho.

Se despertó al amanecer. El guardián estaba bañado en sudor

frío y temblaba. Breece palideció al comprender que iba a morirse allí mismo. Le acarició la frente y le susurró palabras amables y aquello pareció tranquilizarlo. Luego, se marchó de regreso a la plaza. No quería dejarlo solo, pero tampoco podía permitir que los demás sospechasen por su ausencia. Al fin y al cabo, estaba ocultando a un guardián. Se sentía como una chiquilla que ha hecho una travesura y se comporta como una niña buena para que no la descubran.

Volvió a la plaza y fingió que no había ocurrido nada. Seldon y Lynx habían montado allí una especie de cuartel general improvisado, dividido en comités que trataban de garantizar los suministros. Seldon no quería que los ánimos decayeran porque faltase comida, o mantas, o alguna otra cosa básica. Algunos ya habían vuelto al trabajo e incluso se habían empezado a enviar algunas cosas al lado de los navegantes. No había sacerdotes ni guardianes vigilando. Todos habían sido evacuados de la Zona B durante el día anterior. Para los braceros, trabajar así, sin la sensación de que alguien espiaba por encima del hombro, sin la certeza de que alguien podía hacerlos desaparecer con un chasquido de dedos, era como una bendición. Mejor aún: era la prueba palpable de que lo que había ocurrido el día anterior no había sido un sueño.

Roland se encontró con Breece entre la multitud y la abrazó emocionado, como si fueran viejos amigos que llevaban una eternidad sin poder verse.

—Lo hemos conseguido —le dijo con los ojos húmedos, y era conmovedor ver a aquel hombretón tan emocionado—. Lo hemos conseguido, Breece, tenemos un acuerdo, ¿te das cuenta?

—Claro, Roland —le dijo ella, intentando desasirse—. ¿Qué clase de acuerdo? ¿Conoces los detalles?

—Bueno, algunas cosas —dijo Roland—. Seldon no me ha contado gran cosa. Anda muy ocupado organizándolo todo, ya sabes que para eso es mucho más práctico que Lynx, y que conoce gente en todas partes. Volveremos al trabajo, pero nos reducirán la jornada poco a poco. Y no habrá guardianes ni sacerdotes vigilándonos. Habrá un comité de negociación que se reunirá con los navegantes en Isla Tortuga para discutir los detalles. ¡Con los navegantes, Breece! Seldon dice que conseguiremos de ellos lo que queramos. Que los tenemos bien cogidos por el gaznate.

Breece tuvo que sacudir la cabeza para acabar de asimilarlo. Braceros y navegantes sentados en una mesa de negociación, hablando de igual a igual. Era algo increíble, impensable solo unos

días, unas horas antes.

—Recibiremos un mensaje del Comandante en persona a lo largo del día —dijo Roland, limpiándose la nariz con el dorso de la manga—. Un mensaje para concretar la primera reunión. Seldon está seguro de ello.

El mensaje llegó una hora más tarde. Lo trajo impreso en papel uno de los trabajadores de comunicaciones antes del mediodía. También algunos de ellos habían vuelto al trabajo. Se abrió paso entre la muchedumbre y se dirigió al estrado. Como si todo el mundo supiera que se trataba de un mensaje importante, el silencio calló sobre la plaza de forma repentina.

El chico subió al estrado. Breece estaba en ese momento muy cerca, y pudo ver como entregaba el sobre blanco a Dolzer, que lo abrió con un leve temblor en las manos. Sus ojos se movieron rápidamente de un extremo a otro del papel. Cuando bajó las manos, estaba lívido.

Lynx le arrancó impaciente el papel de las manos y lo leyó con los dientes apretados. Luego empezó a vociferar. Ya te lo dije, gritaba, no se puede negociar con esas alimañas. Son ellos o nosotros, Seldon, ellos o nosotros. Seldon bajó la mirada y cuando la volvió a levantar ya no era el mismo. Tenía la expresión de un animal al que hubieran maltratado. Murmuró algo que nadie pudo entender y luego le dio la razón a Lynx.

Lynx arrugó el papel y lo lanzó al aire con rabia. Cayó a los pies de Breece. La chica se agachó y lo estiró para poder leerlo. Varias cabezas se arremolinaron detrás de ella para mirar sobre sus hombros, pero no le importó. Después de las primeras líneas nada le importó.

«Debido al incumplimiento del acuerdo verbal, nos vemos obligados a romper cualquier tipo de negociación. Les concedemos veinticuatro horas de plazo para liberar al Oficial de la Guardia de Arcadia al que mantienen retenido. Después, aténganse a las consecuencias de sus actos. Nirhum Entomée, Comandante en Jefe de Arcadia».

Sintió una sacudida en las tripas. El papel se le escurrió entre los dedos y otras manos ansiosas lo cogieron al vuelo. Tragó saliva y miró al estrado. Tenía que contárselo. Tenía que decirles lo que había hecho. Tenía que explicarles que ella había encontrado a ese guardián, que estaba malherido y que los del otro lado habían debido pensar que lo retenían por la fuerza. Con las piernas temblando, intentó acercarse a Lynx y a Seldon, pero fue imposible. Solo era una bracera más entre millares. Lynx estaba gritándole a

Seldon. Te lo dije, te lo dije, son ellos o nosotros. La multitud se estaba volviendo loca cuando corrió la voz de lo que había ocurrido. Una riada de cuerpos arrastró a Breece lejos de allí y tuvo que hacerse a un lado para que no la aplastasen.

Se envió el aviso a las fábricas para que interrumpieran de forma inmediata cualquier suministro dirigido a los navegantes. También se empezó a levantar otra barricada en el perímetro de la ciudad. Las nuevas instrucciones se transmitían de boca en boca como descargas eléctricas. Seldon, de pronto, era el más animoso. Parecía que hubiera rejuvenecido veinte años en veinte minutos. Breece lo veía desde lejos moverse en el estrado, dar instrucciones a unos y a otros, y daba la impresión de que quisiera pelear él solo contra toda la Guardia de Arcadia.

No pudo hablar con él para contarle lo sucedido hasta el ocaso de ese segundo día. Para entonces, ya sería demasiado tarde.

A Breece le asignaron uno de los turnos de trabajo de aquel día y pasó gran parte de la mañana en la planta de reciclaje de aire. La maquinaria no sabía nada de rebeliones y continuaba con sus pequeñas averías cotidianas. Al terminar, recogió un poco de comida y de agua, que por fortuna aún no escaseaban, y regresó al cobertizo.

Cuando bajaba por el camino hacia el río la asaltó de pronto la duda de si el guardián estaría vivo. Tuvo miedo de entrar en el cobertizo y encontrarse con un cadáver tendido en el suelo bajo una nube de moscas. Tuvo miedo por ella y por todos. Solo los Dioses saben qué ocurrirá si está muerto, pensó, si ha muerto aquí, en territorio bracero. Pero si está vivo aún hay esperanza, aún podremos arreglarlo. De pronto Breece se dio cuenta de que se había quedado sola en el bando de Seldon Dolzer. Él mismo parecía haber desertado. Ahora era el primer defensor de las ideas de Lynx, de los que hablaban a voces de una revuelta a sangre y fuego, a vida o muerte, Ellos o Nosotros con mayúsculas. Resultaba curioso: hasta esa misma mañana, Breece había simpatizado más con Lynx que con Seldon. Sentía un gran respeto por su viejo maestro, eso no había cambiado, pero lo veía anticuado como un mueble viejo que nadie quiere tirar por cariño pero que tampoco sabe nadie donde colocarlo. En cambio Lynx era joven y osada, y hablaba de un futuro deslumbrante con una pasión contagiosa. Cuando la oías, sentías que todo era posible, *sabías* que todo era posible.

Pero ahora estaba aquel hombre allí, tendido en el suelo, indefenso, respirando entrecortadamente, con un vendaje improvisado y sucio alrededor de la cabeza, y a Breece se le antojó

que era más pequeño que por la mañana, como si hubiera encogido, y supo que tenía que haber otro camino, y rogó a los Dioses que, si existían, se lo mostrasen, porque tenía que haber una forma de que gente como ellos pudieran vivir en Arcadia sin necesidad de pisotearse unos a otros.

Fue entonces cuando Bard abrió los ojos.

La vio en el quicio de la puerta. Ella lo miraba y él nunca había visto unos ojos como esos. La luz entraba por detrás de ella y él pensó que estaba muerto y que los Dioses la enviaban a buscarlo.

Intentó levantarse, pero trastabilló. Estaba muy débil. Nunca se había sentido así, ni en los peores días en la Academia. Se dio cuenta de que seguía vivo porque se sintió enfermo como nunca antes en su vida.

Breece lo ayudó a sentarse sobre los cartones viejos. Todo le daba vueltas y creyó que iba a desmayarse. Ella se arrodilló y lo miró otra vez directo a los ojos, y le dijo:

—Tranquilo. No intentes hablar ni levantarte todavía. Me llamo Breece, te encontré malherido anoche, pero conmigo estás a salvo.

No había nada especial en esas palabras. Sólo eran palabras. Palabras inocuas, puras convenciones. Sonidos azarosos modulados por las cuerdas vocales. Pero a Bard se le clavaron en alguna parte y por primera vez desde que pudo recordar se abandonó en los brazos de alguien y supo que había llegado por fin a casa.

14. **Agua**

Los niños bebieron con avidez nada más levantarse. Estaban sedientos. El agua que quedaba en el interior de las tuberías se decantaba gota a gota hasta el grifo del jardín y les permitió llenar con lentitud exasperante la botella de medio litro que Susan había dejado seca al volver de compras el día anterior.

De compras. Como si lo que había ocurrido en el centro comercial pudiera llamarse *ir de compras*.

Habían racionado el agua durante la cena: solo un vaso cada uno. Pero la comida precocinada del centro comercial, esa deliciosa comida preñada de especias aromáticas y sabores exóticos, esa que habían comprado tantas veces para celebrar alguna ocasión especial o darse un capricho de última hora con el que culminar un día espléndido, les provocó una sed espantosa. Susan se dio cuenta al segundo bocado y dejó de comer. Cómo era posible que nunca se hubiera percatado de lo salada que estaba esa comida deliciosa. Pero los chicos vinieron hambrientos de la escuela y hubieran relamido los platos si les hubieran dejado. Les permitieron un segundo vaso de agua antes de acostarse, pero por la mañana estaban tenían la boca pastosa y solo quedaban un par de sorbos con regusto a cañería.

Los apuraron con avidez y luego Jacek pidió más. Enseguida lo imitó su hermano menor. Patryk fue al grifo del jardín y regresó con gesto apesadumbrado. No salía ni una gota. Las tuberías estaban vacías.

—¿No hay agua, mamá? —preguntó Jacek mirando a Susan a los ojos. Se notaba que intentaba demostrar que era el hermano mayor y que podía mantener la calma, pero sus ojos se humedecieron de impotencia. Vasilos, el pequeño, empezó a hacer pucheros.

Susan los miró y tragó saliva. Luego apretó los labios. Cogió la tarjeta del deslizador y se dirigió a la calle.

—Volveré enseguida —dijo.

—¿A dónde vas? —Patryk la miraba con el vaso vacío en la

mano. En aquel momento, ella tuvo la certeza de estar emparejada con un retrasado mental.

—A buscar agua.

Cerró la puerta y subió al deslizador. Las baterías estaban a un tercio de su capacidad, así que aún quedaba energía suficiente para lo que se proponía hacer. Arrancó y se dirigió al centro comercial.

Al aproximarse al aparcamiento supo que su intento era en vano. No encontraría agua allí, ni ninguna otra cosa de utilidad. Había pensado que al fondo de las tiendas, o quizá en la planta inferior, debían de estar los almacenes de mercancías, y que tal vez el tumulto no había llegado hasta ellos, pero el estado del edificio hizo que se diera cuenta enseguida de que había sido profanado hasta los cimientos. Parecía que alguien hubiera arrancado el centro comercial de su ubicación habitual para poner en su lugar un edificio ruinoso.

El aparcamiento estaba casi desierto, salvo por un deslizador con los cristales astillados e inclinado hacia un lado como un juguete roto. Susan aparcó cerca y se quedó mirándolo. Una oleada de frío le recorrió las entrañas, un sentimiento incómodo que la estremecía y que no tuvo duda en identificar como miedo. El deslizador averiado y solitario le daba miedo. El aparcamiento debería de haber estado repleto de vehículos flamantes y gente yendo y viniendo con sus paquetes y bolsas, y en cambio solo estaba el silencio y aquel deslizador escorado hacia la derecha. Y junto a la portezuela esas manchas oscuras, cuatro líneas pardas trazadas hacia abajo hasta difuminarse y desaparecer. Marcas de dedos. Marcas de dedos ensangrentados que habían tratado de asir la manija de apertura sin conseguirlo.

Se acercó a las puertas de entrada, flanqueadas por columnas de metal bruñido. Desde lejos pudo ver los cristales rotos, el suelo embarrado en una mezcla indefinible de restos de comida, envases, paquetes, pero también ropa, baterías, artilugios electrónicos. Cintas de color rojo cruzaban como aspas las puertas a varias alturas. Se aproximó a ellas. En el interior de las cintas, con letras blancas, podia leerse:

GUARDIA DE ARCADIA. PROHIBIDO EL PASO.

Miró hacia el interior del centro comercial con una mezcla de fascinación y temor. Estaba oscuro pero se alcanzaba a ver lo suficiente para apreciar el alcance de la destrucción. Parecía que un ejército de perturbados hubiera pasado por allí con el propósito de no dejar nada intacto. Y el olor. Un olor dulzón y desagradable de leche agria que parecía adherirse a la piel.

No necesitó hacer muchas conjeturas acerca de lo que había ocurrido. Ella había estado allí el día anterior. La situación no debió hacer sino empeorar a lo largo del día, y toda la guardia estaba fuera, movilizada no recordaba dónde. Patryk se lo había dicho. Debieron tardar horas en llegar para poner un poco de orden, apenas recoger los restos y llevarse a los heridos al hospital.

¿Funcionará el hospital?, pensó de pronto. ¿Tendrán allí comida y agua y medicinas? ¿Habrán ido los médicos a trabajar? Una oleada de miedo, mucho más fuerte que la de antes, le recorrió el cuerpo. Tenía la boca y los labios ásperos. Sacudió la cabeza, como le recomendaba hacer el doctor Alister, sacudió la cabeza hasta que sintió la sangre centrifugada arrebolarse en sus mejillas, pero el miedo no salió, no se escapó por las puntas de los cabellos. Se había incrustado en su interior y no quería abandonarla.

Recordó entonces por qué había ido hasta allí. Necesitaba agua. Sus hijos estaban sedientos. El fuego tras su estómago volvió a quemarla, sus piernas dejaron de temblar, y sintió una obstinación ciega crecer en algún lugar. No iba a pensar en ninguna otra cosa hasta que no consiguiera agua. No había ninguna otra cosa que fuera más importante. Y sabía donde encontrarla.

La casa de Vega estaba a solo tres manzanas. Hubiera podido ir andando, pero pensaba regresar a casa cargada con mucho peso, de modo que volvió a montar en el deslizador y lo condujo por las calles vacías hasta aparcar junto a la tapia luminiscente. Volvió a cruzar entre los macizos de flores bajo un silencio de sepulcro. El jardín no parecía afectado por lo que estaba ocurriendo, pero no pasaría mucho tiempo antes de que la falta de agua y de cuidados agostasen la hierba y marchitasen las flores. El jardín, ese jardín en el que habían pasado veladas tan agradables, se convertiría en un desierto, y el estanque sería una charca de aguas pestilentes.

Se detuvo en el umbral esperando a que el sistema de apertura la reconociese. Por supuesto, las cámaras y los sensores de temperatura continuaban tan muertos como todos los demás artilugios que poblaban el mundo. Llamó a la puerta con los nudillos y esperó.

Ya no había ningún bot disponible para abrir. Fue la propia Vega la que, al cabo de unos segundos, tiró del picaporte manual y asomó el rostro por una rendija. Tenía aspecto de no haber dormido en toda la noche.

—Hola, Susi —dijo, sin abrir del todo.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Susan se coló en el interior antes de que Vega pudiera arrepentirse. No la recibió como se recibe a una vieja amiga. De pronto era una intrusa en aquella casa en la que habían estado juntas tantas veces, charlando o criticando a sus parejas o bebiendo una copa de vino de la ribera del Arduino. Un olor agridulce la envolvió como una telaraña invisible. Los depuradores de aire de la casa no funcionaban. Sintió una vaga náusea y se preguntó si su casa también olería así, si sería capaz de percibir el olor de su propia humanidad.

Decidió que tenía que salir de allí cuanto antes:

—Vega, mis chicos están sedientos. Necesitan agua. No nos queda ni una gota en casa.

Vega la miró un instante, asustada o sorprendida. Luego bajó la mirada.

—Nosotros tampoco tenemos.

Tenía los ojos fijos en los dedos de los pies que asomaban entre las tiras de sus sandalias a la última moda. Mírame, estúpida, se descubrió Susan pensando. Mírame si te atreves.

—Sé que tienes un montón de agua aquí dentro, Vega, querida.

Vega levantó la mirada. Le temblaba el mentón. Ella sabía que Susan sabía. Tragó saliva antes de hablar.

—La necesitamos, Susi. Mis chicos también la...

—¡Oh, cállate! ¿Para qué necesitas tanta agua? ¿Es que piensas bebértela toda?

—No grites, por favor. Despertarás a los niños. Esta noche ha habido mucho jaleo en la calle y no han podido dormirse hasta...

—Pues dame agua y os dejaré en paz.

Vega pareció pensárselo un instante, quizá por compasión o quizá porque quería perder de vista a Susan. Oh, querida, ¿de verdad quieres perderme de vista, a mí, a tu mejor amiga? ¿Nos vamos de compras tú y yo, a buscar modelitos caros y exclusivos a las mejores tiendas del centro? Oh, vamos, querida, tú y yo somos como hermanas.

—De acuerdo —dijo Vega en un susurro, y se perdió en dirección a la cocina. Regresó con una botella de agua de dos litros.

—¿Eso es todo? —dijo Susan sin darse cuenta de que tenía los puños apretados —¿Una miserable botella de agua? ¿Y qué pretendes que hagamos con esto cuatro personas?

—Mira, Susi, tú también estuviste en el centro comercial. Podías haber cogido agua como hice yo. Ahora no me eches a mí la culpa.

—Vaya —dijo Susan—. Conque esas tenemos. Sabes perfectamente que lo de ayer fue un caos y que no había manera de

pararse pensar con todo lo que pasó. Te lo diré más claro. No me pienso ir de aquí si no me das al menos media docena de esas botellas.

—Ni lo sueñes —dijo Vega apretando los labios.

Susan soltó la botella y se abalanzó sobre ella. Vega gritó. Susan sintió el impulso de estrangularla. Estrangularla de verdad. Rodear su estilizado cuello con las manos y apretar hasta oír el crujir de la tráquea. No llegó a su casa con intención de golpearla, ni de discutir. Solo quería el agua. Solo quería el agua para sus hijos. Pero ahora, ahora era capaz de...

Una voz infantil la sorprendió por la espalda.

—¿Qué pasa, mamá?

Susan se volvió para ver el rostro somnoliento del pequeño Jan, uno de los hijos de Vega. Cuando el niño se hizo cargo de la situación volvió a preguntar, ahora con tono de alarma:

—¿Qué pasa, mamá?

Susan se dio cuenta de que tenía el puño cerrado en torno al antebrazo de Vega y que sus dedos se habían clavado en él hasta casi lacerarle la piel. La soltó y recogió la botella de agua que había dejado caer al suelo. Vega fue corriendo hasta su hijo y lo abrazó. Cuando Susan salió a la calle pudo oír la voz de Vega rompiéndose poco a poco:

—No pasa nada, Jan. No te preocupes. Susi ya se iba. Es una amiga de mamá. Tú la conoces, ¿verdad? Solo ha venido a ver a mamá. Es una amiga de mamá. Una amiga de mamá.

Susan aún no había montado en el deslizador cuando escuchó como cerraban la puerta y la trababan con los cerrojos, con esos cerrojos que nunca nadie trababa en Ciudad Blanca porque no era necesario, y que en muchas casas ni siquiera existían.

Se había comportado como una miserable, o algo peor, y lo sabía, pero al mismo tiempo se sentía reconfortada. Indestructible. Había ido a buscar agua y la había encontrado. No duraría mucho, pero calmaría la sed de los chicos. Y luego pensaría en la forma de conseguir más. Tenía que haber más agua en alguna parte. Aquella ciudad era muy grande.

Hacía mucho calor, más aún que el día anterior, pero no quiso usar el acondicionador de aire del deslizador para ahorrar batería. Condujo de regreso a casa entre calles que parecían surgidas del sueño de una siesta en la estación cálida. Casi todas las ventanas de las casas permanecían con los postigos cerrados o las persianas bajadas, y muy poca gente se había aventurado a salir a trabajar o a conseguir comida. Susan se preguntó en cuántas de aquellas casas

guardarían agua y comida en la alacena.

El deslizador se detuvo cuando aún faltaba medio kilómetro para llegar a casa. La batería estaba seca. Aquel maldito cacharro siempre indicaba mal la carga restante, sobre todo cuando se aproximaba a cero. Patryk la miraría con esa expresión condescendiente que ella odiaba y le diría que no debía apurar la batería hasta el final porque reducía su vida útil. Vaya chorrada, la vida útil de una batería, Patryk. El agua de esa botella que descansa en el asiento de al lado, eso sí es importante, y no la vida útil de una mierda de batería.

Empleó los últimos miliamperios en aparcar el deslizador. Si la situación se prolongaba, pronto las calles se llenarían de vehículos inútiles abandonados por sus propietarios. Quizá muchos de los que había visto esa mañana ya estaban yaciendo como recuerdos de otra vida en los márgenes de las calles.

Con la botella de agua en una mano, empezó a caminar por la acera jalonada de jardines y de hierba aún fresca. Tras las verjas, las casas blancas de postigos cerrados parecían dormidas. Hacía un calor endiablado. Algo debía de haberse fundido en la sala de máquinas de Arcadia.

Sus pasos resonaban en la calle solitaria y por eso la sorprendió tanto aquel grupo al doblar la esquina. Iban corriendo como chiquillos que disputaran una pelota, pero el más joven de ellos debía de tener cincuenta años. Sus rostros crispados pasaron a poca distancia. Cruzaron al otro lado de la calle y uno de ellos se lanzó contra el que iba delante y lo hizo caer al suelo. Ambos se desplomaron casi sin ruido y los demás, tres o cuatro, se echaron sobre ellos en un revuelo de tejidos blancos y comenzaron a golpearlo entre gritos e insultos ahogados. Le quitaron algo que llevaba oculto entre los pliegues de la túnica mientras el tipo del suelo se retorcía y gritaba.

Susan pudo verle por un momento el rostro congestionado. Tenía la cara surcada por un hilo rojo y trataba de incorporarse para alcanzar lo que fuera que le habían arrebatado. Uno de los otros tipos le propinó una patada en la cara y el hombre del suelo se desplomó y ya no pudo volver a moverse. Fue tan brutal y tan natural al mismo tiempo que Susan no pudo apartar la vista, fascinada. El de la patada miró el objeto que tenía entre las manos como un trofeo.

De pronto Susan comprendió lo que ocurría. Era una botella de agua.

No se quedó a comprobar cómo los asaltantes se repartían el

botín. Se marchó en dirección contraria rogando a los dioses que aquellos tipos no la hubieran visto.

Fueron los minutos más angustiosos de su vida. Aunque había dejado a aquel grupo atrás, miraba recelosa en todas direcciones, pensando que en cualquier lugar, detrás de un seto, entre las ramas de un árbol, a la sombra de una cornisa, podía haber alguien acechando para arrebatarle la botella que llevaba consigo y que de pronto se había convertido en un tesoro.

Cuando llegó a casa se concedió unos segundos en el umbral antes de entrar para respirar hondo y recobrar la compostura. Tocó con los nudillos y Patryk le abrió.

—Gracias a los Dioses, Susi. Creíamos que te había...

—Toma, dásela a los niños —le cortó tendiéndole la botella. Sin decir nada más, trabó los dos cerrojos de la puerta y comenzó a recorrer todas las ventanas de la casa cerrando los postigos. Al cabo de unos minutos, Patryk volvió y se quedó mirando como convertía aquella casa en una cripta. No dijo nada. Solo la miró muy pálido y esperó a que terminase.

—Toma —dijo entonces, mostrándole la botella y un vaso—.Te hemos dejado una poca.

Bebió el agua que quedaba de un trago. No se molestó en servírsela en el vaso.

—¿Cómo la has conseguido? —preguntó Patryk en la penumbra.

Por un momento, Susan estuvo tentada de contarle lo que había hecho, lo que había visto, pero luego pensó que no podría hacerlo sin desmoronarse, así que respondió:

—Tendremos que poner algo más resistente en las ventanas. Y también en la puerta. Tal vez unos tablones, o mejor unas planchas de metal. Necesitamos herramientas. Hay que desarmar el bot de mantenimiento del garaje.

—Susi, ¿pero qué es lo que...?

—¡Haz lo que te digo! —le gritó.

Entonces alguien golpeó la puerta de la calle y se les heló la sangre en las venas.

Siguió un silencio absoluto, asfixiante. Los dos se quedaron mirando hacia la puerta como si haciéndolo pudieran adivinar quién había al otro lado y cuáles eran sus intenciones. No se escuchó nada durante medio minuto, y Susan empezó a pensar con alivio que, fuera quien fuera, se había marchado. Iba a caminar hacia Patryk, cuyas manos temblaban de forma casi imperceptible pero inequívoca, cuando los golpes en la puerta volvieron a paralizarla.

Esta vez no tardó en reaccionar:

—¿Dónde están los niños? —dijo en un susurro.

—En el jardín de atrás.

—Ve con ellos. Meteos en la cocina y asegúrate de que no hacen ruido.

Esta vez Patryk no intentó discutir ni disuadirla. Aquella situación lo superaba. Susan se dio cuenta de que aquella mañana, quizá por primera vez en toda su vida, no se había afeitado, y que una barba muy rubia empezaba a despuntar en su mentón y por encima del labio superior. La obedeció y se marchó hacia la parte trasera de la casa, donde estaba el jardín privado, inaccesible desde la calle. Los golpes de la puerta volvieron a sonar por tercera vez, esta vez más fuertes, más perentorios. Y también se escucharon voces. Alguien gritaba algo con voz grave y, aunque Susan no consiguió entender lo que decían, sí que percibió el tono autoritario.

Solo un pensamiento ocupaba su cerebro en ese momento: impedir a toda costa que entraran. Estaba claro que alguien la había visto salir cargada de comida el día anterior del centro comercial, y ahora había venido a quitársela. No iba a permitirlo. Recordaba muy bien cómo ella misma había perdido el control en casa de Vega un rato antes. En casa de su mejor amiga. A saber qué podrían hacer unos desconocidos por un poco de comida.

Recorrió la habitación donde se encontraba con la mirada. Era uno de esos cuartos que no tenían un uso específico en esas casas tan grandes de los navegantes, y que había terminado convirtiéndose en una especie de estudio personal de Patryk, donde pasaba largas horas leyendo los Escritos Sagrados o pintando unos horribles cuadros que luego regalaba a sus amistades. Un lienzo descansaba sobre un caballete de metal. Susan lo descolgó y sopesó el caballete. Era ligero y resistente, tal vez fabricado con alguna aleación de alumnio o titanio. Bastaría para romperle a alguien una costilla si era necesario.

Lo plegó y se descalzó para amortiguar sus pisadas. Tal vez si pensaban que la casa estaba vacía, se marcharían por donde habían venido. Se acercó despacio a la puerta de entrada, sin hacer ningún ruido, casi sin respirar, el caballete bien aferrado en la mano derecha. Al llegar al recibidor pudo oír el rumor de voces al otro lado. Fuera quien fuese no venía solo. Había al menos otras dos personas allí.

Un nuevo golpeteo la sorprendió y casi la hizo gritar. Esta vez estaba mucho más cerca de la puerta y los golpes parecieron

furiosos. Luego siguieron las voces, y en esta ocasión pudo distinguir lo que decían con claridad:

—Aquí la Guardia. Abran en nombre del Comandante de Arcadia.

Un torbellino de pensamientos pasaron por su cabeza en un instante. Primero creyó que venían a buscarla por los tumultos en el centro comercial, pero luego desechó la idea por improbable. Acababa de ver como asaltaban a un hombre en plena calle. Era seguro que escenas como esa estarían repitiéndose en todos los rincones de Ciudad Blanca, acaso de toda Arcadia. ¿Iba la Guardia a perseguir todos los actos de pillaje? ¿Teniendo movilizada a una gran parte en Puerto Braun? Absurdo. Además, Patryk tenía una buena relación con el Oficial del cuartel de zona, ese tal Yoon. Bryan o Bard o como se llamase. No es que fueran amigos. Los guardianes no hacían amigos. Pero sí se tenían cierta estima. Si la cosa se ponía fea, los contactos de los que Patryk tanto se enorgullecía le resultarían útiles por una vez.

De modo que decidió abrir la puerta. Dejó el caballete apoyado en la pared, fuera de la vista pero al alcance de la mano. Por si lo necesitaba. Luego dijo:

—Un momento, por favor.

Se recompuso la túnica y el peinado y descorrió los cerrojos. Al otro lado, cuatro guardianes —no tres, como había supuesto— esperaban impasibles y en posición de firmes. Le parecieron a la vez temibles y patéticos. ¿Cuánto tiempo os han ordenado estar ahí como pasmarotes?, pensó. ¿Os han dicho que llaméis cinco veces y después echéis la puerta abajo? ¿Con treinta segundos de pausa entre llamada y llamada, ni uno más, ni uno menos?

—Disculpen —dijo Susan—, estábamos en la parte de atrás de la casa y desde allí no se oyen los golpes en la puerta. Y como el timbre no funciona...

—Claro, señora —dijo el que parecía estar al mando, e hizo una seña a otro de los guardianes que estaba detrás, una chica muy joven con el pelo cortado casi al cero.

La chica empujó un servocarro lleno de paquetes marrones con etiquetas blancas. Sacó cuatro de ellos y se los pasó al que estaba al mando, que se los tendió a Susan.

—Le sugiero que los vaya dejando en alguna parte, señora —dijo el guardián—. Cuatro de estas pesan bastante.

—¿Qué son? —preguntó Susan.

—Raciones de campaña. Órdenes del Comandante.

—¿Raciones de...?

—Comida de campaña a base de proteína unicelular e hidratos de carbono complejos, señora. Suficiente para un día entero.

Susan sintió como si todos los músculos del cuerpo de se aflojaran al mismo tiempo. Con un suspiro de alivio preguntó:

—¿Y agua?

—Agua también, señora. Agua también.

15. **Estrategia**

A Nirhun Entomée le gustaba aquella oscuridad. Sabía que, como Comandante, aunque fuera interino, no debería decir esas cosas. Probablemente ni siquiera debería pensarlas. Pero le gustaba la oscuridad, para qué negarlo, la oscuridad que lo invadía todo al caer el sol desde que el suministro eléctrico se había convertido en un recuerdo. Las velas llenaban entonces la comandancia de sombras bailarinas y en cada esquina acechaba una aventura, y él se sentía transportado a un estado primitivo, casi infantil, en el que las cosas debieron de haber sido más sencillas. Si cazas algo, comes y vives hasta mañana. Si no, te mueres. Punto.

Echaba de menos la comida, eso sí. La deliciosa comida que viajaba todos los días desde las cocinas de la zona B hasta las mansiones y palacios de los navegantes. Unas gentes capaces de cocinar de ese modo no podían ser en modo alguno los bárbaros energúmenos que les habían hecho creer que eran. En comparación, las repugnantes raciones que la Guardia andaba repartiendo eran una bazofia indigesta. Apenas había probado bocado en todo el día pero aún así sentía una quemazón en el estómago que parecía querer incendiar el aire de alrededor. Y no había forma de encontrar un antiácido en toda Ciudad Blanca: al parecer, muchos otros navegantes habían tenido los mismos problemas digestivos que él.

Con todo, lo que le más fastidiaba de toda aquella situación era tener que encontrarse otra vez con Baena y soportar la reprimenda de aquel maldito arrogante. Dolzer se la había jugado bien, o quizá no. Quizá alguno de sus braceros había actuado por libre. Qué importaba ahora. El daño estaba hecho. Un Oficial de la Guardia de Arcadia estaba retenido en el lado bracero, y eso era algo que Baena no podía permitir. Ni siquiera el pusilánime Comandante en funciones lo podía permitir.

De modo que cuando volvió a salir a la sala de juntas ya sabía lo que le esperaba. Baena se levantó como si un roedor le hubiera mordido en los glúteos y se lanzó hacia Entomée con dos poderosas

zancadas y la expresión de un leopardo furioso.

—Espero que esté contento —le espetó a modo de saludo.

—No, no lo estoy —dijo Entomée con su mejor gesto de chiquillo apesadumbrado.

—El Comandante nunca hubiera dejado que ocurriera esto.

—Gracias por recordarme que yo solo soy el Comandante de forma provisional, Sumo Sacerdote. Está bien recordar obviedades de vez en cuando. Recordando otra obviedad, es obvio que soy yo quien más fervientemente reza a los Dioses para rogar por la pronta y milagrosa recuperación de mi padre, quien seguro que sabría qué hacer para sacar a Arcadia de esta penosa situación.

Baena no pudo responder nada a esto. Cómo le dices a un hijo que no es él sino tú quien más y mejor le reza a los Dioses para interceder por su padre enfermo, por muy Sumo Sacerdote que seas. Entomée aprovechó el momento para desviar la mirada hacia el Capitán de la Guardia. Solo entonces se dio cuenta de que no había nadie más.

—¿Y el Señor Presidente? —preguntó.

—Está indispuesto, Comandante —dijo el Capitán.

—Oh. Espero que no sea nada.

—Es un hombre mayor, Comandante. Esta situación le está afectando más que a otros.

Entomée supuso al instante lo que había ocurrido: Baena se las había ingeniado para indisponer al Presidente del Consejo. No tenía ni idea de cómo lo había logrado, pero el Presidente le había apoyado para que accediese al cargo como Comandante interino cuando su padre cayó enfermo, y además no era demasiado aficionado a los desvaríos autoritarios de Baena. Más de una vez, en el pasado, según había oído, habían tenido algunos roces. Ahora el Presidente estaba demasiado viejo y acomodado como para suponer una amenaza real para Baena, pero siempre sería mejor mantenerlo apartado del centro de toma de decisiones.

Bueno, así sería más divertido, pensó Entomée. Que empiece la función. Primero, un volantazo repentino.

—Capitán —dijo—, ¿qué me dice de los disturbios del centro comercial? ¿Se han vuelto a repetir?

—No, señor. La mitad del contingente destacado en Puerto Braun se ha replegado a sus cuarteles y se ocupa de mantener el orden. Aún hay algún acto de pillaje, Comandante, pero son casos aislados.

—Entiendo. Esperemos que los tranquilos habitantes de la Zona A prefieran quedarse en sus casas hasta que todo haya pasado. Creo

que podemos confiar en ello mientras tengan comida y agua. A propósito, Capitán, ¿qué hay de esas suculentas raciones de campaña? ¿Se están repartiendo entre la población?

—Sí, Comandante

—¿Cuánto tiempo durarán?

—Al ritmo actual, tres días. Si empezamos el racionamiento ahora mismo podrían durar una semana.

—¿Sugiere usted que racionemos la comida, Capitán?

—Solo digo que, cuando venía hacia acá, he visto raciones enteras tiradas en la calle.

—Entiendo. Supongo que dentro de unos días podríamos estar rebuscando entre la basura los restos que tiramos anteayer.

—¡No! —rugió Baena —¡Nunca! ¡Los Dioses no permitirán que lleguemos a eso! ¡Antes el planeta entero arderá con el fuego de los justos!

Siguió un silencio respetuoso. Había que guardar las formas con el Sumo Sacerdote. Cuando el eco de sus palabras dejó de retumbar en el interior de los cráneos, Entomée dijo con suavidad:

—Desde luego que no lo permitiremos. Como saben, señores, una intervención armada en cualquier lugar del territorio de Arcadia debe de ser autorizada por el Comandante en persona. Las leyes sagradas son muy estrictas al respecto. Lamentablemente, nuestro querido Comandante, que los Dioses lo protejan, no está en condiciones de autorizar una intervención armada ni ninguna otra cosa digna de mención, y las leyes también son muy claras en cuanto al nombramiento de los herederos. De modo que, nos guste o no, la última palabra la tengo yo. Pero confío en su criterio, así que, por favor, díganme, señores, ¿qué sugieren que hagamos? Soy todo oídos.

—Tenemos que enviar allí a la Guardia y arrasar ese nido de rebeldes inmundos —dijo Baena con los ojos enrojecidos.

—Cuando dice arrasar, ¿se refiere a arrasar en un sentido literal o metafórico?

Entomée fue demasiado lejos. Baena se abalanzó sobre él y el Comandante pensó que lo iba a estrangular allí mismo.

—¿Se burla de mí?

No añadió la palabra «comandante». Era la tercera vez en unos minutos. Dentro, muy dentro de su cabeza, una vocecita le decía a Entomée: *es obligatorio añadir la palabra «comandante» cuando te diriges al Comandante, estúpido*.

—En absoluto, Sumo Sacerdote —respondió retrocediendo—. Era una pregunta retórica. Ya sé que se refiere a arrasar en sentido

metafórico, porque si pretendiera arrasar a los braceros en sentido literal estaría sentenciándonos también a muerte a nosotros, o al menos a caer en un estado de postración nunca antes conocido pues, como bien sabe, nos condenaríamos a desabastecernos de cualquier tipo de aprovisionamiento, incluso los más básicos, durante un plazo indefinido de tiempo.

—Los Dioses proveerán —dijo Baena sin dejar de destilar una furia intensa. Era la típica respuesta de un sacerdote, la réplica que podía aplicarse a cualquier sentencia en cualquier circunstancia. No tenemos comida, ni agua, ni medicinas, la mierda sale literalmente por el retrete e inunda el pasillo y mis vecinos están afilando los cuchillos por si se ven en la obligación de hacerme filetes, pero no importa, porque los Dioses proveerán.

—Había pensado en algo más sutil —dijo Entomée—. A ver qué les parece. Creo que esta situación ha hecho evidente que tenemos una lamentable dependencia de los braceros en asuntos vitales. Eso no tenía importancia mientras los braceros se mostraban sumisos. Creíamos que esa sumisión iba a durar para siempre, que era, digamos, una cualidad inmutable del mundo, pero, por lo visto, estábamos equivocados.

—No tolero que hable así. Eso es una blasfemia. El lugar de los braceros está muy claro en los Escritos Sagrados.

—Debe de ser que ellos no los han leído, Sumo Sacerdote. Si me permite que le termine de explicar mi idea, luego estaré encantado de escuchar su opinión.

—No estoy dispuesto a soportar más ultrajes. Exijo que ordene una acción inmediata que devuelva a esa escoria al lugar que le corresponde.

—Y la devolveremos, Sumo Sacerdote, la devolveremos. Solo escúcheme un minuto más. Recuerde que, aunque sea de forma provisional, soy el Comandante por derecho divino y en consecuencia hablo en nombre de los Dioses de Arda.

Ups. Mientras pronunciaba la última frase, Entomée se dio cuenta de que se estaba deslizando por una pendiente peligrosa. Baena lo estaba esperando al otro lado con su sonrisa de reptil y los ojos rojos centelleando como brasas ardientes:

—Otros comandantes perdieron su puesto y su cabeza en el pasado por oponerse a los deseos de los Dioses.

Entomée chasqueó la lengua. Baena no necesitaba una amenaza tan explícita para hacerle saber que disponía de los medios para librarse de él sin demasiados problemas. Al fin y al cabo, él era quien interpretaba las farragosas Escrituras Sagradas, plagadas de

alegorías y parábolas tan enigmáticas que podían significar al mismo tiempo una cosa y su contraria y que alguien perspicaz y sin muchos escrúpulos descifraría según le conviniera. Cuando los Dioses enviaban, digamos, a un tigre y a un león hermanados para descabezar al señor que gobernaba la ciudad de Todsünde, la mítica capital del Pecado, bien podía significar que el Sumo Sacerdote y el Capitán tenían la obligación de librar a Arcadia de este Comandante inoportuno que actuaba en connivencia con los braceros para hundir al mundo en la anarquía.

Entomée decidió que seguir por ese camino lo llevaría a lugares oscuros que no le apetecía visitar, así que volvió a retomar el hilo de su argumento como si Baena no lo hubiera amenazado de muerte un segundo antes:

—Sería muy deseable para nosotros no depender de los braceros para disponer de esos suministros básicos. Podríamos lograrlo, por ejemplo, formando a algunos navegantes dispuestos a ello en las artes manuales que los braceros dominan.

—¿Trabajos manuales para los navegantes? —volvió a interrumpir Baena —¡Blasfemia! ¿Manchar sus manos con grasa, desgastarlas con herramientas, deshonrar a la estirpe de los Dioses con trabajos destinados a las bestias? ¡Blasfemia, blasfemia, blasfemia!

Estás sobreactuando, viejo loco, le hubiera gustado decirle. Pero Entomée esperó a que terminase y prosiguió:

—Quizá podríamos seleccionar a un grupo de braceros especialistas en cada cosa y apartarlos del resto. Tenerlos aquí, en la zona A, recluidos en algún lugar donde puedan vivir con razonable comodidad y alimentarse bien. Nos granjearíamos así su confianza. Piénsenlo. Tendrían un miedo atroz a perder sus escasos privilegios, y gracias a ellos nos libraríamos de la dependencia absoluta que ahora nos azota.

—Braceros viviendo en la zona A. ¡Lo que me quedaba por oír! —decía Baena levantando las manos —Ha perdido el juicio, Comandante. Nunca lo permitiré. Los navegantes nunca lo permitirán.

Entomée ya tenía al Sumo Sacerdote en el lugar al que había planeado llevarlo. Ahora tocaba decir la frase a la que no podría encontrar objeción:

—Solo es una idea. Seguro que podemos encontrar otra solución. Quizá podríamos construir un enclave para braceros escogidos en Isla Tortuga, a medio camino entre la zona A y la zona B. Tal vez los Dioses la pusieron allí, justo en mitad del mar, para eso.

Lo dejó caer como si hubiera sido una ocurrencia del momento. Baena pareció considerar en serio la propuesta. Nunca podías prever con seguridad las reacciones de aquel tipo. Si de verdad hubiera dispuesto del poder que se le suponía a un Comandante, Entomée hubiera ordenado con gusto que lo recluyeran de inmediato en un monasterio para que dedicase el resto de su vida a hablar con las paredes acerca de sus revelaciones y dejase a los demás resolver los problemas del mundo real.

—Sea como fuere —añadió el Comandante—, los rebeldes se quedarían sin su herramienta de presión. ¿Se dan cuenta?. Imaginen por un momento que, en la situación actual, pudiéramos llamar a nuestros braceros de confianza y decirles: «chicos, poned en funcionamiento la maquinaria», y en el acto todos los sistemas volverían a funcionar. No habría más huelgas. No tendrían sentido. Podríamos hacer lo que quisiéramos, exigirles lo que quisiéramos, y los braceros no tendrían ningún modo de obligarnos a negociar con ellos.

Dejó que sopesaran sus palabras durante un momento. Luego añadió:

—Pero todo esto necesita tiempo. Tiempo para seleccionar a los braceros adecuados, tiempo para formarlos y llevarlos a dónde decidamos que deben estar, tiempo para hacerles creer que sus privilegios les pertenecen, tiempo para que interioricen el temor de perderlos. Necesitamos tiempo, señores, y eso implica, nos guste o no, que tenemos que negociar con los rebeldes.

Hizo una nueva pausa. Era el momento en el que a Baena le correspondía volver a levantar las manos al cielo y para sermonearlos con otro pasaje sagrado, pero permaneció callado, con el ceño fruncido, en un gesto de profunda concentración. Posiblemente el derrotero maquiavélico que estaba tomando el discurso empezaba a agradarle. Entomée no estaba seguro de si alegrarse de ello. El Capitán, mientras tanto, miraba a uno y otro alternativamente como si se hubiera perdido en una ciudad desconocida.

—Negociaremos, sí —prosiguió Entomée—. Haremos pequeñas concesiones. Quizá un plan a largo plazo, con puntos que se irán cumpliendo según una hoja de ruta. Reduciremos el número de horas de trabajo. Mejoraremos las raciones de comida. Disminuiremos la vigilancia. No hay ningún problema. Al mismo tiempo, estaremos organizando a nuestro equipo de braceros escogidos. Estarán aislados de los demás. Nadie se enterará. Fundaremos una estirpe nueva, señores. Y, cuando estemos

preparados, seremos nosotros quienes volveremos a dictar las normas. ¿Qué les parece?

Se hizo de nuevo el silencio. Baena lo miraba fijamente, pero no lo veía. Tenía la vista perdida en alguna parte, tal vez en un futuro imaginario en el que él, el Sumo Sacerdote, decidía las nuevas condiciones de vida de los braceros y éstos no podían oponer resistencia alguna. Quizá se maldecía en secreto por no haber urdido él un plan semejante.

El Capitán fue el primero en hablar. Era un hombre práctico, y por eso preguntó:

—¿Qué hay del Oficial desaparecido?

—En efecto, el Oficial —respondió Entomée—. No podemos abandonarlo a su suerte, desde luego. Sería un signo de debilidad imperdonable. Esto es lo primero que tenemos que resolver ahora. Capitán, ¿cuánto tiempo le llevaría organizar una intervención en territorio bracero?

—¿Qué clase de intervención?

—Digamos que una especie de operación quirúrgica, nada de bombardeos ni destrucciones masivas. Entramos allí con la infantería, buscamos al Oficial y lo traemos de vuelta, a ser posible de una pieza. Por el camino, no causamos más daño del estrictamente necesario. Lo suficiente como para que vean que vamos en serio. Una especie de castigo puntual y ejemplar. ¿Podrán hacerlo?

—Desde luego. Sabemos que el Oficial Yoon está en una zona rural cerca de la ciudad. Todos los guardianes llevan un localizador implantado quirúrjicamente. La fuerza de intervención puede estar preparada para actuar en menos de una hora, Comandante.

—Perfecto. Permanezcan alerta. Esperaremos las veinticuatro horas que le concedí a Dolzer. Quiero que piensen que aún pueden confiar en nosotros. Mañana por la tarde, a las diecisiete horas, si el Oficial no ha sido liberado antes, yo personalmente les daré la orden de entrar allí y sacarlo como sea.

La reunión se disolvió de este modo. Eso significaba que Entomée conservaría la comandancia al menos otras veinticuatro horas y, si la estratagema funcionaba, quizá durante varios meses, mientras tuvieran lugar las negociaciones y la formación del grupo alternativo de braceros. No le cabía duda de que Baena se ocuparía de preparar en la sombra, si es que no lo tenía ya, a alguien para sustituirlo en cuanto tuviese la ocasión, y que esa ocasión se le presentaría el día que descubriera que el Comandante en funciones no tenía ninguna intención de revertir las mejoras que las

negociaciones con los braceros llevasen a sus miserables vidas. ¿O sí? En ese momento nadie tenía modo de saber lo que les depararía el futuro.

Cuando su padre era el Comandante todos los días se parecían unos a otros y uno sabía que podía esperar de la existencia dentro de un año, de diez, de cien. Pero ahora, desde que había caído enfermo, todo había cambiado. Hacía solo unos días que permanecía inconsciente en la cama y daba la impresión de que habían pasado siglos. Incluso el clima mismo de Arcadia parecía estar cambiando. Esos braceros en pie de guerra habían conseguido volverlos locos a todos, también a la atmósfera, y ahora un viento gélido entraba por la ventana entreabierta. Nirhum Entomée sintió como se le erizaba el vello de todo el cuerpo y por primera vez en su vida tuvo una sensación de frío intenso. No le importó. El viento se colaba por debajo de su túnica y le hacía sentir extrañamente eufórico. Le hacía sentir vivo. Estaba allí, de pie ante el ventanal, y no sabía lo que ocurriría mañana, y eso confería al momento presente un valor del que antes carecía.

Empezaba a gustarle el papel de Comandante. El viento arrastró el penetrante olor a incienso y polvo milenario que siempre dejaba tras de sí el Sumo Sacerdote Baena y dejó en la habitación un aroma a nuevo y a limpio y a promesas de futuro.

16. **Revolución**

Fue al atardecer del segundo día cuando Seldon Dolzer se encontró por fin con Breece, o más bien ella lo encontró a él. Llevaba horas intentando localizarlo sin conseguirlo. El aburrido Seldon Dolzer se había convertido en las últimas horas en una persona muy ocupada al servicio de la revolución. Si hubieran hablado antes, si el viejo profesor la hubiera escuchado cuando aún había tiempo, tal vez lo que ahora parecía inevitable no habría tenido lugar jamás. Pero hasta las decisiones más insignificantes proyectan sombras alargadas.

Aquella tarde Seldon consiguió encontrar los primeros minutos de soledad después de la vorágine de los dos días previos que ahora parecían semanas o meses que, por algún misterio de la percepción del tiempo, habían transcurrido en un instante. Se acercó caminando hacia el edificio de lo que había sido la escuela donde había trabajado tantos años. Ahora que estaba cerrada, los patios y las aulas eran el reino del silencio. La Escuela Integral para Braceros B6/3 nunca había sido un lugar ni alegre ni acogedor, pero verla tan vacía conjuró en la cabeza del profesor de ciencias imágenes de desolación que lo turbaron de forma imprevista.

—Señor Dolzer, disculpe si le molesto —la voz suave a su espalda lo sobresaltó. Se volvió para encontrar los inconfundibles ojos oscuros.

—Usted nunca me molesta, señorita Oreze.

—Tengo que hablar con usted. Es urgente.

—Todo parece haberse vuelto urgente —bromeó Dolzer. El gesto grave de Breece le hizo comprender que no estaba de humor para bromas.

—Yo sé dónde está.

—¿Dónde está, quién?

—Lo encontré en el canal, bajo el puente —dijo Breece—. Sé que tenía que haber avisado enseguida, pero no pude llegar hasta usted, y me daba miedo lo que pudiera pasar. ¿Recuerda cómo gritaba la gente cuando llegaron a la plaza? Nunca había visto nada igual.

Creí que los descuartizarían allí mismo, con sus propias manos. Por eso cuando lo vi tirado en el canal sin defensa posible tuve miedo y lo saqué a escondidas y lo llevé a un lugar seguro.

—Breece, querida, ¿se puede saber de qué me está hablado?

—Del guardián, señor Dolzer. Del Oficial desaparecido.

Fue como si alguien lo hubiera golpeado por la espalda con un martillo neumático. Por primera vez desde que conocía a Breece la tuteó:

—¿El guardián? ¿Qué sabes tú del guardián?

—El guardián del que hablaba ese mensaje del Comandante de Arcadia, señor Dolzer —decía Breece al borde de las lágrimas—. Del que nos acusaban de estar reteniéndolo y nos pedían que lo liberásemos. *Ese* guardián.

Dolzer sacudió la cabeza e intentó pensar a toda velocidad.

—¿Y dices que lo encontraste en...?

—En el canal, con una herida en el cráneo. Anoche debió caer bajo el puente mientras huían. Con la oscuridad y el tumulto nadie reparó en él. Después traté de hablar con usted pero era imposible acercarse, siempre estaba rodeado de gente que tenía prisa por verle.

El profesor respiró varias veces tratando de hacerse cargo de la situación. Luego comprendió lo que debía hacerse. Lo comprendió como dicen los libros de historia de la ciencia que los grandes sabios concibieron sus mejores ideas: súbitamente, como las piezas de un rompecabezas que encajan de forma casual pero indudable.

—¿Qué podemos hacer, señor Dolzer? —preguntaba Breece.

—Nada —respondió Dolzer—. No hay nada que podamos hacer.

—¿Qué quiere decir? Usted podría hablar con el Comandante.

—Aunque así fuera, no serviría de nada. Ya no. Lynx no se conformaría. Ha mordido a la presa y ha probado el sabor de la sangre, si me permite la comparación escatológica, y ahora no la soltará. Ella y los suyos están convencidos de que podemos vencer, y de que podemos hacerlo en muy poco tiempo. De que somos fuertes, mucho más fuertes de lo que los navegantes o nosotros mismos sospechábamos. De que todo en Arcadia puede darse la vuelta si permanecemos unidos e inflexibles y resistimos los embites de la Guardia. Y, ¿sabe qué? —dijo tras una pausa—. Yo también lo creo.

Breece lo miró directamente a los ojos con esa mirada franca y directa que hipnotizaba como la luz de una vela.

—Sí, querida señoriza Oreze —le dijo Dolzer sonriendo por primera vez en muchos días —¿Le sorprende? Vaya, me alegro de

poder sorprender a alguien a estas alturas. Mire, durante toda mi vida he hecho lo posible por mejorar la manera en la que los braceros vivían y morían, y por impedir que hicieran esto último dentro de lo posible. Me la he jugado en muchas ocasiones y he tenido algunos éxitos de los que me siento orgulloso. Pero, en el fondo, no he conseguido nada de lo que realmente importa. ¿Sabe usted lo que le pasó a Héctor Liang? Claro que lo sabe. Lynx ha contado esa historia a todo el mundo. Un cocinero extraordinario, y una persona estupenda, por lo que yo sé. Era un tipo simple y divertido, incapaz de malicia alguna. No pudimos hacer nada por él. A pesar de tantos años de planes, de reuniones, de pequeños pasos en la dirección que creíamos correcta, a pesar de lo importantes que nos creíamos con nuestras conspiraciones y nuestras intrigas, a la hora de la verdad no hubiéramos tenido fuerza ni para salvar a una ameba.

Hizo una pausa y luego se lanzó por un torrente de palabras:

—Le voy a contar una historia. Es una historia que nadie, o casi nadie, conoce. Una historia que transcurrió hace mucho tiempo, cuando usted aún era una niña. Había entonces un aburrido profesor de ciencias que se veía en secreto con alguien. Se veían en secreto porque era una relación prohibida por la Escrituras Sagradas y por las leyes de Arcadia. El aburrido profesor empezó a actuar como dicen que actúan los adolescentes atolondrados, a sentir mariposas en el estómago y a perseguir estelas de cometas imaginarios. No sé si sabe a qué me refiero.

Breece lo miraba con el ceño fruncido y un gesto de incredulidad que lo hizo sonreír de nuevo. Tal vez le parecía inconcebible que su serio profesor ciencias hubiera podido tener una aventura amorosa.

—Fueron unas semanas intensas —continuó Dolzer—. Cometimos muchas insensateces, como si fuésemos dos enajenados que hubieran perdido el juicio. Yo tenía la necia certeza de que aquello era lo que debía hacerse, de que aquellos días, o semanas, o meses, o el tiempo que todo aquello durase, contenían de algún modo alguna verdad fundamental y que el auténtico pecado hubiera sido no perseguirla a cualquier precio. Como si la justificación para toda una vida pudiera esconderse en un instante de intimidad, ¿sabe? Y entonces, de pronto, todo terminó.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Breece.

—Ellos nos descubrieron, por supuesto. Nos habíamos vuelto demasiado audaces. Éramos jóvenes y nos creíamos indestructibles. Yo ya tenía un puesto importante en la Resistencia, conocía a

mucha gente, estaba en buenas relaciones incluso con algunos sacerdotes y guardianes. Todo lo buenas que un bracero puede permitirse, por supuesto. Pero no hubo nada que hacer.

Dolzer notó la vieja bola de fango removerse en algún lugar de sus intestinos y subir a la garganta. Sigues ahí, pensó. Pero tenía que terminar lo que había empezado. Tragó saliva y continuó:

—Se llamaba Maurizio. Maurizio Lorenzo. Vaya, veo que ahora sí que he conseguido sorprenderla de veras. Me gusta pronunciar su nombre de vez en cuando para que no caiga por completo en el olvido. Maurizio Lorenzo. Trabajaba en transportes. Llevaba de aquí para allá cualquier cosa que ordenara la comisión de transportes, lo mismo fertilizantes para las granjas que respuestos para la maquinaria de los depuradores atmosféricos. Venía a la escuela a menudo a traer suministros. Así nos conocimos.

»No pude hacer nada por él. Absolutamente nada. Desapareció sin dejar rastro, sin explicación, y fue como si no hubiera existido nunca. Pregunté en todas partes, llamé a todas las puertas. Hasta que el oficial que estaba al mando de la sección B6 me aconsejó que dejase de husmear o yo seguiría el mismo camino. ¿Y sabe qué es lo que hice?

—No. ¿Qué es lo que hizo?

—No hice nada. Me di media vuelta y seguí viniendo a trabajar cada día de mi vida, dieciséis horas, todos los días de la semana, estación tras estación, año tras año. Enterré bien profundos los deseos de golpear a aquel oficial con mis puños hasta romperme los huesos y volví a ser el aburrido profesor de ciencias de siempre. Nunca supe por qué se lo llevaron a él y no a mí. Seguí con mi trabajo clandestino en la Resistencia, confiando en poder desagraviar la memoria de Maurizio algún día. Y dígame, señorita Oreze, ¿de qué sirve esa Resistencia si uno de sus cabecillas no puede evitar que algo así suceda? ¿De qué sirve si ellos pueden arrancarte las entrañas y permanecer impasibles como si nada hubiera sucedido?

Dolzer volvió a tragar saliva. Se le habían humedecido los ojos pero no le importó.

—Con el paso de los años me fui perdiendo en los entresijos de nuestro pequeño juego clandestino y se me olvidó cuál era mi verdadero objetivo. O no se me olvidó, solo lo postergué indefinidamente porque siempre encontraba cosas más urgentes qué hacer. Pero ahora, de pronto, todo lo que soñábamos puede convertirse en realidad. Podemos despertar, gritar libremente el nombre de nuestros muertos, resarcirnos de todos los agravios,

cobrar todas la facturas pendientes. Podemos hacerlo no de un modo hipotético e irrealizable, sino en el mundo real, ahora, ya, en este momento. Lo he comprendido en las últimas horas. ¿Ha visto a esa gente que está allí, en la plaza? Cada uno tiene su propia colección de miserias escondida bajo el colchón y no se va a conformar con menos. Hemos cruzado un punto sin retorno y la ruptura de la negociación ha sido solo el empujón que necesitábamos. Como usted sabe, no soy una persona religiosa, pero si lo fuera diría que tal vez los Dioses de Arda dispusieron que usted encontrase a ese guardián y lo escondiese sin que nadie lo supiera para que los acontecimientos se precipitasen y así los braceros fuésemos de una vez por todas conscientes de nuestra fuerza.

Le faltaba el aire. Había hablado muy deprisa y con la vehemencia que a otros se les presuponía. La voz de Breece temblaba cuando dijo:

—Pero la Guardia atacará.

—No me cabe duda.

—Habrá gente que muera.

—Sí.

—Pero...

—No se atormente, señorita Oreze —la interrumpió Dolzer—. Lo que tenga que ocurrir está ahora más allá de nuestra capacidad de decisión. Usted ha leído libros de historia antigua y sabe de lo que hablo. Vivimos una época convulsa que algún día será recordada con un capítulo propio en los libros historia del futuro. Solo nos resta hacer el intento consciente de estar a la altura de las circunstancias.

Breece pareció estar a punto de decir algo que refutase esa visión determinista de la situación, pero no debió encontrar la réplica adecuada, o tal vez decidió que ya no merecía la pena. Bajó la vista unos segundos y luego la levantó como buscando algo que hubiera perdido.

—¿Y el guardián? —preguntó al fin.

—¿El guardián? —dijo Dolzer—. Claro, el guardián. ¿Sabe?, en otras circunstancias me hubiera encantado ir con usted a conocerlo. Mirar por primera vez a un guardián desde arriba y no desde abajo, o al menos desde el mismo plano, y saber lo que se siente. Sin embargo, ahora me reclaman otras obligaciones urgentes.

—¿Pero qué hacemos con él? ¿Lo llevamos de regreso a la zona A?

—Mi querida señorita Oreze, usted busca en su viejo profesor respuestas a las preguntas que usted misma no puede o no quiere

responder, pero me temo que esto no es una de mis clases de termodinámica. Su profesor ya no tiene más respuestas. Lo que ocurra con el guardián le corresponde solo a usted decidirlo. Aunque, si me lo permite, sí le daré un consejo. Si sigue importándole el pellejo de ese individuo, no permita que nadie más sepa que está aquí. Los ánimos están, ¿cómo decirlo?, bastante exaltados. No creo que el destino de ese hombre tenga ya ninguna influencia en los acontecimientos venideros, pero, en lo personal, no me gustaría tener que ser testigo de una orgía gratuita de sangre en plena plaza entre los vítores de la multitud.

La mirada de Breece se perdió en algún punto detrás de él y Dolzer supo que la joven ya no estaba allí. Su mente había viajado a algún otro lugar, imaginando modos insensatos de salvar a ese guardián. Ella murmuró una despedida y se marchó en dirección al río. Tenía, como Dolzer, su propia revolución a la que atender.

17. **Lo real**

Cuando Breece regresó al cobertizo al caer la tarde, Bard llevaba horas esperándola sin poder apartarla de su cabeza. Se encontraba mucho mejor. Podía levantarse y caminar, y notaba como minuto a minuto iba recobrando las fuerzas, aunque la herida de la cabeza aún le palpitaba en ondas que irradiaban el dolor en todas direcciones. La chica traía un poco de pan duro con queso y unos plátanos. La modesta comida le supo a Bard como elixir de los Dioses y le hizo darse cuenta de que tenía un hambre atroz. Bebió un poco de agua y luego sonrió, satisfecho.

Pero Breece estaba muy seria. Se apoyó en el quicio de la puerta. El sol del atardecer la iluminaba desde detrás, lanzando destellos cambiantes alrededor de su silueta, como la primera vez. En ese instante Bard supo que quería abrazarla.

—Tienes que irte. Esta noche te sacaré de aquí —dijo ella.

La ensoñación se esfumó. Por supuesto, tenía que irse. No podía quedarse en aquel cobertizo con aquella mujer bracera mientras afuera se desmoronaba el mundo. Un guardián de conducta intachable como él nunca haría nada semejante a menos que hubiera perdido el juicio. ¿Había perdido el juicio?

—Sé dónde se guardan algunas de las barcazas que usamos cuando hay que ir a arreglar algo a vuestra zona —continuó Breece —. Nunca las he pilotado pero he visto cómo se hace y puedo enseñarte.

Él asintió e intentó esbozar una sonrisa.

—No sé si te he dado las gracias.

Breece no supo qué decir durante un instante y de pronto se ruborizó. Bard se dio cuenta de que era muy joven, y de que la dureza de la vida en su lado estaba empezando a hacer mella en su piel, en su cabello, y sobre todo en sus manos. Manos anchas de obrera, llenas de grasa y endurecidas por el trabajo duro. Le asaltó el impulso de tomar esas manos entre las suyas y limpiarlas y tratar de resarcirlas de todas las caricias que no habían recibido.

Luego Breece se recuperó y levantó la cabeza orgullosa, con ese

orgullo que Bard solo había visto entre los braceros, tan distinto de la altivez vacua de los pálidos navegantes que habitaban la Ciudad Blanca y de la arrogancia chulesca de los guardianes como él.

—No tiene importancia —dijo Breece.

—Para mí sí. Podía haber muerto allí tirado.

Ella miró de nuevo al suelo, incómoda. Finalmente se decidió a traducir en palabras lo que estaba pensando.

—También podías haberte despertado en mitad de la noche y haber vuelto por tus propios medios a tu zona. No te hubieran dado por perdido y el Comandante no hubiera enviado ese mensaje.

—¿Qué mensaje?

—El Comandante llegó a un acuerdo con nosotros. Volveríamos al trabajo y vosotros haríais algunas concesiones. Parecía que todo iba a resolverse de un modo civilizado. Parecía que podríamos convivir con un mínimo de respeto mutuo en esta pequeña Arcadia nuestra. Pero entonces yo te encontré y te traje aquí, y los tuyos han creído que te reteníamos, y han enviado un mensaje rompiendo las negociaciones y amenazando con enviar a la Guardia. Por eso tienes que irte esta noche y los dos debemos rogar porque aún estemos a tiempo de detener el ataque.

Tenía razón, pensó Bard. Cómo había podido ser tan estúpido y permanecer allí indolente, como si le hubiesen concedido unas vacaciones en algún destino paradisiaco. Lo estarían buscando. No se abandona a su suerte a un Oficial de la Guardia de Arcadia. Removerían el cielo y la tierra si era preciso hasta encontrarlo, y no tendrían consideración con cualquiera que se cruzase en su camino.

El localizador. El pensamiento lo asaltó como un calambrazo. El localizador subcutáneo. *Ellos saben exactamente dónde estoy*.

Tuve entonces miedo de que la Guardia estuviera llegando en ese mismo momento al cobertizo. Los imaginó bajando por el sendero entre los juncos, enfangando la corriente de agua con sus botas y echando la puerta abajo. Sabía lo que harían si encontraban a Breece allí. Entrarían entre gritos y golpes y la matarían sin preguntar ni atender a razones.

Se levantó de un salto, pero la vista se le nubló y tuvo que apoyarse en la pared. Breece corrió a sujetarlo y lo ayudó a tumbarse en el camastro que había construido para él con cartones y helechos de la ribera del arroyo.

—Cuidado —le riñó como a un niño pequeño—. No tan rápido, Oficial.

Le pasó la mano bajo la nuca y depositó su cabeza con suavidad en la almohada improvisada.

—Bard —dijo él.

—¿Qué?

—Me llamo Bard.

—Ya me lo habías dicho, Bard.

Bard se incorporó trabajosamente y sonrió. Le gustaba oír su nombre en la boca de ella.

Había conocido a otras mujeres en la Academia, claro. Allí todo estaba reglamentado, y su compañía tenía asignados los martes y los viernes de 14 a 15 horas. Las chicas y chicos seleccionados con el propósito de aliviar los instintos sexuales de los guardianes acudían al barracón de copulación y allí fornicaban como quien practica el tiro con arco. Después, los sacerdotes los absolvían por haber pecado de pensamiento y de obra y volvían al trabajo.

Pero Breece era distinta. Era real. Sus ojos, su voz, su olor. Bard lo comprendió instintivamente. Todo lo demás era falso. La Academia, la instrucción, la disciplina. Los intentos fútiles de dejar de ser el más bajito, el más moreno, el más torpe. El trabajo como oficial era una pura impostura. El Capitán, el Sumo Sacerdote, el Comandante, eran unos farsantes. Arcadia entera era una gran fantasía. Solo existía una cosa, una sola puñetera cosa tenía importancia y daba un poco de sentido a aquel absurdo encadenamiento de ficciones sin propósito ni medida. Él y ella, o lo que fuera que había surgido entre él y ella, esa carga eléctrica invisible que cruzaba de unos ojos a los del otro y luego regresaba y que lograba que la vida se perpetuase. Sí, eso era algo por lo que merecía la pena pelear.

En ese momento Bard supo lo que tenían que hacer.

—Huyamos —dijo.

—¿Qué?

—Huyamos.

—¿A dónde? —dijo Breece sonriendo. Era una sonrisa triste.

—No lo sé. A las montañas.

—¿A las montañas? Nadie puede ir a las montañas. Es un territorio prohibido por los Dioses.

—No me vengas con eso. Es un territorio prohibido por los sacerdotes.

—Está bien, olvidemos a los Dioses. En las montañas hay nieve y frío y hielo. Hay tormentas y ventiscas. Si eso no nos mata, lo hará el hambre.

—Cruzaremos al otro lado.

—Nadie sabe lo que hay al otro lado.

—Lo averiguaremos. Allí nadie nos buscará. Desapareceremos y

que los demás se maten entre ellos si es lo que desean. Desapareceremos y podremos estar juntos.

—¿Estar juntos? ¿Quiénes?

—Tú y yo.

Bard estaba seguro. Tenía esa clase de certeza que se tiene pocas veces en la vida. Se acercó a ella y le tomó las manos.

—Volveré a Puerto Braun y cogeré algunas cosas. Equipo para el frío, mapas, víveres. Luego regresaré y huiremos.

—No abandonaré a los míos.

—Te secuestraré.

—No, no lo harás.

Breece lo miraba a los ojos y él sentía su aliento en la cara y a pesar de la discusión le pareció que todo estaba en orden y que el mundo empezaba y terminaba allí, en aquel cobertizo donde la luz del ocaso incendiaba las sombras. Los ojos oscuros de ella seguían clavados en los de Bard y él se aferró a ellos como un naufrago.

Se besaron. Ella le agarró la cabeza con las manos y lo empujó con delicadeza hacia los helechos y los cartones. Lo desnudó despacio, con curiosidad ingenua, sin dejar de besarlo. Aún antes de sentir el calor de su cuerpo Bard pensó sí, soy un naufrago enloquecido por la sed y el sol y la soledad y por fin he encontrado mi isla.

18. **El más bajito**

Bard aún llevaba el olor de Breece en las manos cuando regresó a su patria a bordo de una barcaza destartalada. Volvía a ser un naufrago mientras las últimas palabras de ella resonaban en su cabeza. Vuelve y cuéntales la verdad, le había pedido, cuéntasela y confiemos en que quieran escucharte.

A él eso ya no le importaba. Cumpliría su promesa y luego regresaría junto a ella. Solo imaginaba la excusa que iba a buscar para lograrlo. La Guardia entrará en la Zona B, se dijo. Era raro que no lo hubieran hecho aún. Bard sabía muy bien cómo funcionaban las cosas en la comandancia, o al menos cómo solían funcionar. Entrarían a la menor oportunidad, y él los acompañaría para buscarla.

Llegó a Puerto Braun al despuntar el día. Un gran contingente seguía allí destacado y le dieron el alto de inmediato. Se armó un pequeño revuelo cuando lo reconocieron y él pidió que lo llevaran con urgencia a ver al Capitán.

El Capitán había regresado al Cuartel General, cerca de la Comandancia, en la parte alta de Ciudad Blanca, entre cúpulas níveas y jardines perfumados. Desayunaba una ración de campaña en su comedor privado cuando condujeron a Bard frente a él y pudo escuchar la historia. El oficial desaparecido no había sido secuestrado y torturado por los pérfidos braceros, sino que se había caído por un terraplén y se había quedado inconsciente al darse un golpe en la cabeza. Solo había sido un desafortunado accidente.

Resultaba, en cierto modo, decepcionante. El Capitán era un hombre práctico pero no muy inteligente. Era un guardián, al fin y al cabo, y mutilar la capacidad de razonamiento constituía uno de los objetivos prioritarios del periodo de instrucción. Pero fue capaz de intuir que aquella historia no le iba a gustar nada al Sumo Sacerdote: tal vez lo dejaría sin excusa para atacar a los braceros. El instinto de supervivencia le hizo pensar que, si había que comunicar la noticia a Baena, sería mucho mejor para él que lo hiciera el Comandante en persona.

De modo que llevó a Bard a la Comandancia. Al grito de soy el Capitán de la Guardia, tengo que ver al Comandante ahora mismo, les hicieron pasar de inmediato hasta la antecámara.

En ese momento, Entomée trataba de desayunar algo, aunque su garganta se empeñaba en cerrarse ante la visión de aquella comida gelatinosa. Un chambelán se acercó a él y le dijo:

—Disculpe, Comandante, pero el Capitán quiere verle. Dice que es muy urgente.

Entomée suspiró. Esperaba que se tratase de algo de verdad importante. Había conseguido dormir apenas noventa minutos y no tenía la cabeza para sutilezas.

—Está bien. Que pase —dijo por fin.

El sirviente se retiró y entraron el Capitán y Bard. Entomée no pudo reconocer a ese oficial cuya cara le resultaba vagamente familiar y que llevaba un vendaje sucio y de apariencia improvisada alrededor del cráneo.

—Siéntense —dijo, pero sabía de sobra que el Capitán no iba a sentarse ni aunque se hubiera fracturado las dos piernas en unas maniobras —Díganme, señores, ¿de qué se trata?

—El Oficial que me acompaña en Bard Yoon, Comandante —dijo el Capitán—. Es el Oficial que había desaparecido en el lado bracero.

Entomée puso cara de sorpresa, y fue genuina, no impostada.

—Oh, ahora le recuerdo, Oficial —dijo—. Del encuentro con Dolzer en Isla Tortuga. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, Comandante.

—¿Le han liberado esos braceros o se ha escapado usted?

—Ninguna de las dos cosas, Comandante. En realidad, nunca me hicieron prisionero.

—Sus compañeros no dicen lo mismo. Hablan de una horda de braceros incontrolados persiguiéndoles cuando trataban de alcanzar la hidronave.

—Eso es cierto, pero nadie me apresó. Solo querían que nos marchásemos de allí, Comandante.

—¿Y eso? —preguntó Entomée señalando a la cabeza de Bard.

—Fue un accidente. Me caí en un canal. Quizá algo me golpeó en la cabeza, o tal vez me lo hice al caer. En cualquier caso, estoy bien, Comandante.

Entomée trató de pensar algo ingenioso que añadir, pero la parte posterior de los ojos empezaba a palpitarle por la falta de sueño y de cafeína.

—De acuerdo, Oficial. Me alegro de que esté bien —se volvió

hacia el Capitán y, para desconcierto de éste, preguntó: —¿El operativo de ataque sigue preparado?

—Sí, Comandante —respondió el Capitán.

—Comandante, si me lo permite... —interrumpió Yoon. Es una grave afrenta dirigirse al Comandante si él no te concede la palabra primero, pensó Entomée, pero no lo dijo. El Capitán lo miró con reprobación, pero tampoco dijo nada.

—Hable, Oficial —dijo Entomée al fin.

—Los braceros no me retuvieron, como ya le he dicho. Fue un accidente. Uno de ellos incluso me curó la herida y me ayudó a regresar aquí. Con todo el respeto debido, le pido que reconsidere la idea del ataque.

El Comandante lo miró con curiosidad. No todos los días puede uno asistir delante de sus propias narices la autoinmolación de una carrera prometedora. El Oficial Bard Yoon era un tipo fornido, pensó Entomée, y bastante atractivo a pesar del vendaje y del agotamiento físico evidente. Algo más bajito que la mayoría de los guardianes, y también algo más moreno, con los ojos levemente rasgados, pero se le adivinaba un gesto despierto, como si esos instructores salvajes de la Academia no hubieran conseguido asfixiar completamente al individuo que palpitaba bajo la coraza. Entomée supuso que debió de haberlas pasado canutas durante la instrucción.

De pronto, le apeteció decir:

—Déjenos un momento a solas, Capitán.

—¿Cómo? —dijo éste, confuso.

—Ya lo ha oído. Quiero hablar a solas con el Oficial Yoon. Salga y espere fuera. Hablaremos luego sobre los detalles y los objetivos de la operación. Y nada de escuchar a través de la puerta, ¿eh?

Esto último pretendía ser una broma, pero nadie se rió. Dioses, pensó Entomée, estoy rodeado de gentes estiradas y desesperadamente aburridas. El Capitán hizo una inclinación de cabeza y salió de allí con el ceño fruncido y el rabo entre las piernas. Otro enemigo a la lista, por si quedaba alguna duda.

—Tome asiento, por favor —dijo Entomée cuando se quedaron solos—. Y no me venga con esas zarandajas de que los guardianes no se sientan. Tiene usted todo el aspecto de necesitar sentarse más que ninguna otra cosa en el mundo.

Ordenó que les trajeran un poco de café, si es que quedaba tal cosa en alguna parte de la comandancia. Cuando se lo sirvieron, empezó a hablar:

—Resulta extraño oír en boca de un Oficial una petición como la

que acaba de hacerme, ¿sabe? Reconsiderar la idea de atacar a los braceros, quiero decir. No sé qué le han hecho durante su estancia en la Zona B, pero esa sugerencia le convierte a usted, querido amigo, en una especie de bicho raro y en peligro de extinción. En tal caso, bienvenido al club.

Sorbió un poco de café y le entraron ganas de vomitar.

—¿Este café soluble es el que toman los braceros toda su vida? —dijo—. La verdad, no me extrañaría que quisieran exterminarnos. Verá, amigo, nos encontramos en una encrucijada un poco más compleja de lo que parece, pero trataré de expresarme con claridad. Hay un grupo de gente muy poderosa y muy numerosa que identifica a los braceros rebeldes con los mismísimos demonios de los abismos. A esta gente le gustaría crucificar a los rebeldes uno por uno en la Plaza Mayor de Ciudad Blanca para poder llevar a los niños allí y enseñarles algo edificante. También hay gente que se muestra más o menos neutral y encoge los hombros cuando se les pregunta sobre esto. Este grupo olvidará las penalidades rápidamente si conseguimos restablecer los suministros y que en sus mesas vuelvan a aparecer las opíparas comidas a las que estaban acostumbrados. Y luego están los que piensan que la situación de los braceros es insostenible y que hay que aliviarla de algún modo si no queremos que toda Arcadia acabe saltando antes o después por los aires. En este último grupo estoy yo y, a lo mejor, usted.

Bebió otro sorbo de café. Sabía a pelo de perro muerto pero al menos estaba caliente.

—Hasta ayer pensé que tal vez podríamos conducir la situación de modo que la jauría no tuviese argumentos suficientes para traer a Arcadia esa paz de los cementerios de tanto parecen anhelar. Si los braceros retomasen el trabajo, y la luz y el agua volviesen a fluir, y la comida volviese a llegar, y este enloquecido clima que hace soplar el viento helado desde las montañas cada noche se calmase, podríamos negociar cambios paulatinos y hacérselos tragar a los iluminados de pacotilla con un poco de mano izquierda y bicarbonato. Pero entonces sucede que un Oficial de la Guardia de Arcadia, ni más ni menos, es retenido en territorio bracero, y yo tengo que movilizar a la Guardia y los cuervos empiezan a frotarse las manos y a sonreír ante la perspectiva de la carroña. Amigo mío, me temo que ya nada ni nadie puede parar ese ataque, a menos que los mismos Dioses bajen de las nubes y nos fulminen a todos con un rayo.

Entomée guardó silencio. A decir verdad, no estaba del todo seguro de si todo esto era cierto, pero había tensado mucho la

cuerda y temía romperla. Una pequeña ofrenda para el Sumo Sacerdote, de eso se trataba en realidad.

Bard lo miraba con gesto impávido y tenso.

—Le prometo algo —añadió Entomée—. Y observe que lo hago aunque no tengo por qué hacerlo. Pero me apetece prometerle, y prometerme, que procuraré que el ataque sea lo menos destructivo posible. Lo suficiente para cazar a un chivo expiatorio y que las fieras se calmen. Y, después, quizá podamos volver a sentarnos con los braceros y negociar. Si no, que los Dioses nos ayuden.

Bard permaneció pensativo unos instantes y luego se levantó.

—Comandante, me gustaría pedirle un favor —dijo mirando a los ojos al Comandante. Los dos hombres se sostuvieron la mirada. De nuevo se había dirigido al Comandante sin esperar su permiso. Algo en su actitud hacía barruntar que lo que iba a proponer era importante, quizá la clave de todo el embrollo en el andaban metidos.

—Si está en mi mano, me encantará complacer a un héroe nacional, amigo mío —dijo Entomée.

—Ya sé que estoy herido, pero quisiera participar en la operación de ataque a la zona bracera, Comandante.

Entomée lo miró sin comprender. ¿Participar en la operación de ataque? ¿No le estaba pidiendo un minuto antes que cancelase *esa* operación? ¿O su cabeza funcionaba como un motor averiado aquella funesta mañana? Un brillo extraño palpitaba en los ojos de aquel guardián o, mejor, en todo su cuerpo. No era un guardián cualquiera, eso Entomée ya lo sabía. Pero tampoco era un hombre cualquiera. Había algo especial, una determinación temible y brutal pero también esperanzadora en aquel tipo. Alguna clave que el Comandante podía percibir pero no sabía interpretar.

Chasqueó la lengua y dijo:

—Me encargaré personalmente de que así sea, querido amigo.

19. **Operación quirúrgica**

La Guardia atacó la tarde del tercer día, como estaba previsto.

Lynx Gutierre estaba con los demás, en la plaza. El ánimo no decaía, más bien al contrario. Los que se mostraban al principio reticentes a volver al trabajo ahora no protestaban. Veían que con solo arrimar el hombro un poco cada día conseguían los suministros suficientes para sostenerse, y que el trabajo no era ni mucho menos como antes. No había que hacer turnos interminables aunque te cayeras de sueño, y nadie te vigilaba por encima del hombro amenazándote con imponerte una sanción arbitraria en cualquier momento.

Algunos contaban que habían visto a compañeros escabulléndose de sus obligaciones emboscados en esta falta de vigilancia. Bien, pensaba Lynx, era previsible que eso ocurriera. Gentuza hay en todas partes. Más adelante habría tiempo para poner coto a los indeseables. Por ahora, era suficiente con seguir allí, en la plaza, y que la mayoría viera que podían remar en la misma dirección y como una sola persona. Además, la certeza de que los engreídos navegantes estarían pasándolas canutas al otro lado del mar les daba fuerzas incluso en los peores momentos.

Lynx sabía que había muchas posibilidades de sufrir un ataque de la guardia antes de que todo acabase. Las ratas no se iban a dejar morir de inanición sin enviar a sus perros. Por eso se empeñaba en que casi todos permaneciesen acampados allí, en la plaza. No les atacarían a todos en masa. No tan pronto, no hasta que estuvieran desesperados. No podían ser tan estúpidos.

Seldon llegó acompañado de aquella chica joven, Breece. Ella tenía aspecto de no haber pegado ojo en toda la noche, pero Seldon parecía haberse quitado diez años de encima. Lynx lo miró con admiración. El jodido viejo Seldon. Quién lo hubiera dicho. Desde que los perros lo trajeron de vuelta parecía haber sufrido alguna especie de iluminación y era el más animoso de todos. Siempre estaba en todas partes y sabía qué era lo mejor que podía hacerse. Y nunca, nunca en aquellos días discutió la autoridad de Lynx.

Formaban un buen equipo y las ratas debían saberlo.

Estaban en el estrado, preparando la asamblea de la tarde. Siempre tenían cosas urgentes que decidir: había que hacer una lista con los voluntarios para acudir al trabajo al día siguiente, y la basura acumulada en la plaza después de tres días empezaba a ser un problema que había que atajar. Lynx tenía sus propias soluciones para estos asuntos, pero Seldon opinaba que había que aparentar que se tenían en cuenta todas las opiniones. De modo que convocaban una asamblea y dejaban que la gente hablase dentro de un orden. A veces, hasta surgía alguna buena idea de entre la multitud.

Fue entonces cuando empezó todo.

Desde el estrado la explosión fue solo un ruido grave que estremeció el suelo. Una columna de humo se elevó en un extremo de la plaza. Lo que alarmó a Lynx no fue eso, sino el movimiento anormal de gente en la lejanía, como un enjambre de moscas azotadas de pronto por un vendaval.

—Algo raro ocurre allí —le dijo a Seldon.

Él miró en la dirección que Lynx le señalaba y entrecerró los ojos tratando de vislumbrar lo que fuera que estaba sucediendo. Aunque estaban muy lejos, un rumor inquietante de terremoto se extendió en oleadas hacia ellos. Entonces Breece, que era más joven y tenía mejor vista, gritó:

—¡Es la Guardia! ¡La Guardia está en la plaza!

Por un momento Lynx no pudo creerlo. Iban a atacar. Realmente eran unos estúpidos. Cogió el megáfono y trató de gritar algo a la multitud, pero estaba apagado. Lo encendió pero la batería estaba agotada. Volvió a levantar la vista hacia la plaza y palideció.

En esos pocos segundos el caos se había adueñado de todo. Lo que antes era un cierto desorden bullicioso se había convertido en confusión y pánico. La gente corría en todas direcciones. Los alaridos se mezclaban con los rugidos de las explosiones y cuando el humo se despejaba dejaba entrever un espectáculo desolador de escombros y cuerpos caídos.

Los gritos y el olor a carne quemada empezaron a inundarlo todo, pero aún así Lynx pudo verlo. Un pasillo. Los perros estaban abriendo un pasillo en línea recta hacia su posición.

—Dioses... —susurró.

Miró a sus compañeros, tan paralizados por la sorpresa y el terror como ella misma. Por fin reaccionó. Agarró a Seldon por los hombros y le gritó:

—Vienen a por nosotros. ¡Vienen derechos a por nosotros!

Él la miró sin comprender, tan pálido y delgado que parecía casi transparente. Breece, en cambio, sí reaccionó a tiempo. Tomó a Seldon de la mano y tiró de él hacia las escaleras.

—¡Vámonos! —gritó.

Lynx los siguió. Bajaron del estrado a toda prisa. Las explosiones sonaban ahora mucho más cercanas y hacían retumbar los escalones, el asfalto, las mismas vísceras. Corrieron en alguna dirección al azar. Breece no soltaba la mano de Seldon, conduciéndolo como a un autómata con problemas de motricidad. Ahora se escuchaban con claridad las ráfagas de proyectiles electrotérmicos. Eso significaba que los perros estaban cerca, muy cerca. Lynx giró la cabeza solo un instante y los vio. Estaban allí, a solo unos metros, joder. ¿Cómo podían avanzar tan deprisa? Vestían sus uniformes acorazados, negros de los pies a la cabeza, con esos cascos de motorista con la visera velada. Y les apuntaban. Les apuntaban a ellos.

De algún modo consiguieron llegar a la barricada del otro extremo en el último instante. Allí algunos braceros se habían hecho fuertes y llevaban armas, las que habían requisado a los últimos guardianes que huyeron de la Zona B. Una lluvia de disparos mezclada con piedras y latas de conserva vacías cayó sobre los guardianes y los detuvo un momento, lo suficiente como para permitir a Lynx y los demás saltar al otro lado y sentirse por un momento a salvo.

Se inició entonces un tiroteo. Las ráfagas de munición electrotérmica volaban en una y otra dirección haciendo su característico ruido sordo, apenas audible, y arrancaban esquirlas de metal, piedra o madera allí donde impactaban. Los braceros disparaban sin apuntar apenas y malgastando sus cartuchos. El pánico se podía leer en sus rostros tensos y sudorosos, pero consiguieron contener a los perros durante un minuto.

Solo fue un espejismo, desde luego. Los guardianes era profesionales de la destrucción y los braceros apenas estaban empezando.

Hubo una detonación tan monstruosa que Lynx creyó haber muerto aplastada en el acto. Fue como si una mano gigantesca la empujase hacia atrás y la hiciese volar varios metros antes de estrellarse contra el suelo. Sintió la piel y el pelo abrasados por el calor, y cuando pudo volver a mirar todo transcurría a cámara lenta. No podía oír nada salvo un pitido agudo y ensordecedor que era la banda sonora de aquella escena inverosímil.

A través del humo se adivinaba un enorme boquete en la

barricada, solo a unos metros de donde se encontraba Lynx. Las figuras negras de los perros guardianes iban a aparecer por el boquete de un momento a otro, y Lynx, en alguna parte de su cerebro, era consciente de ello, pero no podía moverse ni reaccionar. Lo contemplaba todo con una fascinación entre boba y morbosa, sin comprender que la sustancia viscosa que se le escurría por entre los labios y que relamía inconscientemente era su propia sangre que surgía de una herida en su frente. Breece trataba de levantarse y trastabillaba una y otra vez. Roland, el tipo de suministros, sonreía estúpidamente con la espalda apoyada contra una pared y el rostro negro de hollín. Otros caminaban sin rumbo, como buscando algo que hubieran perdido. Mientras, el ominoso boquete seguía allí, humeante, y los guardianes entrarían por él en cualquier momento y los matarían a todos a menos que alguien hiciera algo por evitarlo.

Fue Seldon. El viejo Seldon se incorporó, como si hubiera vuelto a la vida de repente, y tomó una de las armas caídas en el suelo. Se volvió hacia Lynx, los ojos muy blancos en el rostro oscurecido por el humo, y gritó algo. Lynx solo podía oír un pitido tan agudo que parecía querer taladrarle los tímpanos. Seldon acercó un poco más y volvió a gritar. Ella veía sus labios moverse y los músculos de su cuello tensarse, pero no conseguía entender lo que decía.

Por fin, Seldon se acuclilló frente a Lynx, la ayudó a incorporarse y le gritó:

—¡Sácalos de aquí! ¡Sácalos de la plaza!

Algo dentro de la cabeza de Lynx se conectó cuando consiguió entender esas palabras, como si hubiera vuelto a embarcarse en el mundo de los cuerdos. Reunió como pudo a los compañeros dispersos, ayudó a Breece a levantarse, y los empujó a todos hacia una de las calles que se abrían a sus espaldas. Seldon tenía razón. Más allá de la plaza, el laberinto de calles y edificios les ofrecería una posibilidad de salvación.

—¡Vamos! —gritaba Seldon —¡Yo los entretendré! ¡Corred!

Entonces Lynx se volvió para mirarlo. Se había subido sobre los escombros del boquete y apuntaba con su arma a la oscuridad humeante del otro lado. En un momento dado, debió de ver a algún guardián acercarse, porque abrió fuego. Abrió fuego y ya no se detuvo.

Por unos instantes todos contemplaron fascinados a Seldon Dolzer. El tranquilo profesor de ciencias disparaba al humo mientras apretaba los dientes en su viejo rostro sucio y contraído. Lynx pensó que aquello era una especie de símbolo de lo que estaba

ocurriendo y que, si algún día alguien contaba esta historia, debería recordar la imagen de aquel buen hombre que se estaba inmolando erguido sobre los despojos de una civilización.

—¡No! —gritó Breece y se dio la vuelta para intentar sacar a Seldon de allí. Lynx la agarró por el brazo y trató de detenerla, pero ella tiraba con una fuerza endiablada.

Estuvo a punto de dejarla ir, pero antes ocurrió lo inevitable. Se oyó una ráfaga certera de disparos y el cuerpo de Seldon se sacudió como si bailara una danza macabra. Las microexplosiones de los proyectiles electrotérmicos perforaron sus entrañas y las dispersaron a través de miles de orificios en su espalda. Un grito, un grito de espanto más allá de lo humano que a Lynx le pareció que provenía de la garganta de Breece, inundó el aire durante los segundos interminables que duró aquello. Mucho después de que sin duda Seldon hubiera muerto, los disparos seguían impactando en su cuerpo ajado de marioneta y lo mantenían en pie moviendo los brazos y las piernas en espasmos sincopados. Hasta que los perros dejaron de disparar y Seldon, o lo que quedaba de él, se desplomó sobre los cascotes humeantes.

Los demás no podían dejar de mirar hipnotizados el macabro espectáculo. Lynx sabía que los siguientes serían ellos. Sabía que en unos segundos los perros aparecerían y pisotearían los restos del viejo Seldon y acribillarían a los demás del mismo modo, con la precisión desapasionada de un cirujano. Cerró los ojos esperando el momento, pero el momento no llegó.

Al cabo de una eternidad volvió a abrir los ojos. Breece estaba inclinada sobre el cuerpo de Seldon y lloraba lágrimas que parecían de sangre. Los demás miraban el cadáver con el horror pintado en sus miradas, sin saber bien qué hacer. Lynx se acercó y se asomó al boquete en la barricada, y vio la plaza desierta, salpicada de cadáveres ennegrecidos y de cráteres negros, y a los guardianes alejándose por el extremo opuesto, volviendo por donde habían venido.

Había creído que venían a exterminarlos y se había equivocado: venían a cazar a un hombre. Ya habían hecho su trabajo y regresaban con sus amos.

Pero la función no había terminado. Entre las volutas del humo y la ceniza que caía en remolinos Lynx divisó la figura de alguien acercándose. Un guardián. Un perro guardián se había alejado de sus compañeros y venía hacia ellos y, mientras se aproximaba, se desprendía del casco, del peto, de los guantes. Se arrancaba del hombro sus preciosos galones y tiraba al suelo sus armas. Levantaba

las manos en gesto apaciguador y caminaba, caminaba decidido hacia los braceros.

20. **Desertores**

Apareció entre el humo y el fuego, como si estuviera escapando del infierno. Fue su modo de volver a buscarla. Tuvo que participar en ese ataque y luego desertar. Desertar: una palabra prohibida para un guardián.

Mucha gente murió, pero Bard no disparó ninguna bala. Tampoco hizo falta: fue fácil para la Guardia. Pidió quedarse en la retaguardia y nadie se extrañó. Pensaron que era por la herida en la cabeza.

Cuando todo terminó y el destacamento se marchaba de regreso a las hidronaves, Bard aminoró la marcha hasta quedarse fuera de la vista de sus compañeros, cruzó la plaza y llegó hasta donde estaba Dolzer.

Encontró a Breece inclinada sobre el cadáver. Le levantaba la cabeza con las manos y lloraba y a Bard le pareció que le hablaba sin darse cuenta de que ya no podía escucharla. Estaba manchada de sangre que no era suya.

Breece vio primero sus botas de guardián y pensó que era uno de ellos y que venía a matarla. En ese momento no le importó. Levantó la mirada y tenía los ojos muy grandes y enrojecidos por el llanto y el humo. Toda la desolación del mundo cabía en esos ojos. Bard le mostró sus galones, que se había arrancado del hombro y llevaba en la mano sudorosa. Se los mostró a todos y los tiró al suelo. Luego los pisó. Es probable que ese gesto desconcertara a Lynx y a los demás lo suficiente como para salvarle la vida.

Luego se agachó junto a Breece y la abrazó. Ella se abandonó al abrazo y lloró como si tuviera un nudo en las entrañas que solo el llanto pudiera desatar. Él la sacó de la plaza cogida por los hombros porque casi no podía caminar. Se desentendieron de lo que pudiera pasar allí después. En la confusión del momento nadie trató de detenerlos. Callejearon sin rumbo y conforme se alejaban de allí Breece pareció recuperar las fuerzas.

Las calles parecían casi normales, como si no hubiera ocurrido nada, como si fuera un día cualquiera de hace un millón de años.

Uno podía imaginar que la gente estaba aún durmiendo o trabajando. La voz temblorosa de Breece dijo:

—Por aquí —y lo condujo por el laberinto de la ciudad hasta que Bard se desorientó por completo. Luego salieron a las afueras y por último al campo. Bajaron por un sendero y legaron al cobertizo, al mismo cobertizo donde Bard había pasado un día entero después de su accidente.

Bard había planeado huir directamente a las montañas, pero la tarde declinaba y concluyó que era prudente esperar hasta el día siguiente. El cobertizo era un buen lugar. Sacó algo de comida de la mochila, unas raciones energéticas de la Guardia, aunque Breece apenas comió. No podía comer. La imagen de Dolzer abatido a tiros la perseguía. Cerraba los ojos y lo veía caer una y otra vez con el cuerpo destrozado.

Hacía frío y Bard la cubrió con la ropa que llevaba en la mochila. Aún así ella temblaba como un pajarillo. Se acurrucaron juntos y él pensó que iba a quedarse dormida.

—Mañana por la mañana nos marcharemos a las montañas —le dijo—. Huiremos lejos de aquí. Te llevaré a otro planeta si hace falta.

Ella no dijo nada. No quería marcharse. No quería huir. Le parecía una traición. Pero por la mañana había cambiado de opinión. Sentía que solo que si se iban lejos, más lejos de lo que había ido nunca nadie, podría olvidar lo que había ocurrido.

Menos mal que lo hicieron. Si no, nunca hubieran descubierto la verdad. Nadie lo habría hecho.

21. **Las montañas**

Partieron al amanecer. Cuando Bard abrió los ojos ella lo estaba mirando tumbada a su lado, desnuda bajo las mantas de campaña.

—Nos vamos —dijo Breece.

Se vistieron y empaquetaron las pocas cosas que tenían. Bard había llevado una mochila con ropa militar para el frío, prendas fabricadas con tejidos livianos que al mismo tiempo conservaban el calor corporal y permitían la transpiración. También había cogido prestadas todas las raciones de comida que pudo encontrar. Fue fácil entrar en los almacenes mostrando sus galones y aprovechando el caos que ya se estaba adueñando de la Zona A, incluso de las instalaciones militares.

Rodearon la ciudad por caminos poco transitados y antes de que el sol hubiera ascendido a su cénit abandonaron los territorios de los pastizales de la llanura para entrar en las montañas. Allí no había caminos porque nadie iba nunca.

Las montañas. Las montañas sagradas del este, sin nombre, sin memoria, cargadas de nieves perpetuas, como sus gemelas del oeste. Nadie sabía gran cosa de ellas, salvo que nutrían a los arroyos que terminaban vertiéndose en el Mar Interior y, por supuesto, que estaba prohibido subirlas. Soledad y desesperación esperaban a los impíos que se atrevieran a profanar el suelo sagrado, donde, de algún modo nebuloso, habitaban los Dioses.

Allá se dirigían. Si había montañas, tendrían una cima, y habría algo al otro lado, tal vez una tierra fértil y virgen donde los lugares estuvieran por nombrar y las cosas por hacer. Podían morir en el intento, desde luego. Había una alta probabilidad. Las historias que se contaban para asustar a los niños en ambos lados eran similares, historias sobre aventureros osados que habían acabado sus días devorados por monstruos mitológicos que habitaban en los glaciares, o comiéndose sus propias piernas medio congeladas en un intento desesperado por sobrevivir unas horas más.

—Seguramente esas historias han sido inventadas por los sacerdotes para disuadir a los arcadios de subir allá arriba —decía

Breece, que ahora se mostraba más animosa, como si toda su vida hubiera esperado el momento de asaltar las montañas—.Algún oscuro interés tienen en ello, y ese es un motivo más para subir.

Al poco rato se adentraron en un bosque de coníferas. No había caminos y los matorrales que pugnaban por crecer a la sombra de los árboles lo inundaban todo. La vida del bracero deja poco tiempo para las excursiones campestres, decía Breece: basta con alejarse un poco de la ciudad o de las carreteras para entrar en territorio inexplorado. Eso, y la pendiente cada vez más acusada, hizo que el avance fuera difícil desde el principio.

A mediodía se detuvieron en un claro para descansar y comer algo. Tenían la sensación de haber avanzado muy poco. Tomaron una pequeña porción de alimento energético, una combinación bien estudiada de macro y micronutrientes para transportar en pequeñas tabletas durante las maniobras y que proporcionaba energía durante doce horas. Eso, al menos, ponía en la etiqueta junto con al escudo de la Guardia de Arcadia. Habían decidido racionarlo porque no sabían cuánto tiempo les tendría que durar.

Conforme subían, los pinos iban dando paso a otros árboles de grandes hojas en las copas tupidas y troncos gruesos como pilares de palacios. Son robles y fresnos, decía Breece, árboles que necesitan más humedad que los pinos, por eso crecen aquí arriba, donde el agua proveniente de las nieves de la montaña empapa todo el subsuelo y alimenta sus raíces.

Se dirigían siempre al este, salvo por pequeños rodeos forzados por una corriente de agua que había que vadear o un tronco caído que se pudría en mitad del camino. La inclinación de aquella ladera era constante pero nunca abrupta, y les permitía avanzar sin desviarse notablemente del rumbo.

Salieron del bosque tres días más tarde. Los árboles terminaron de forma repentina, formando una frontera verde entre la zona boscosa y el suelo desnudo, una línea tan recta que revelaba su naturaleza artificial. Bosques planificados para mantener limpio el aire de Arcadia. Para entonces, el frío era ya tan cortante que la piel de las mejillas y los labios se les había cuarteado, y tenían las manos y los pies helados a pesar de la ropa militar. El agua se les había agotado pero empezaron a encontrar placas de nieve y hielo que troceaban para meter dentro de las cantimploras, donde las mezclaban con las pastillas potabilizadoras.

La nieve apareció ese día y ya no los abandonaría. Nieve dura y resbaladiza al principio, y más adelante nieve fresca que crujía y se hundía bajo las botas. Se calzaron los pies de gato, pero aún así

caminar se hacía a cada paso más difícil. Sentían que les faltaba el aire al ascender aquellas laderas interminables. Abrían la boca y aspiraban con ansia como si quisieran gritar pero era como tener una bolsa de plástico obstruyéndoles la tráquea.

—Es por el oxígeno —decía Breece entre jadeos—. Aquí arriba la concentración de oxígeno es menor que en la llanura.

—¿Y tú... cómo sabes eso?

—Cuando... paremos a descansar... te lo cuento.

Pero no tuvo ocasión de hacerlo. La ventisca empezó de improviso, como si una nueva línea artificial, en este caso invisible, marcase la frontera entre la calma y la tempestad. Un viento repentino levantó remolinos de polvo de nieve que se les enredaban en las piernas y se les metían por la boca y la nariz, y un instante después todo era un ulular blanco y gélido hasta donde alcanzaba la vista. Cada nuevo paso suponía una lucha encarnizada contra el viento glacial y la ascensión se tornó entonces un trabajo penoso. Los años de entrenamiento jugaban en contra de Bard y todo lo que sabía o creía saber le decía que, si seguían así mucho tiempo, morirían congelados. No lo conseguiremos, pensaba obsesivamente. Tuvo un miedo repentino por ella, por los dos, por eso sin nombre que trataban de salvar, y fue la primera vez en la que consideró la posibilidad de regresar. No sería la última.

—¡Breece! —gritó para hacerse oír sobre el bramido de la ventisca —¡Breece!

—¿Qué?

—Esto no va bien. Avanzamos muy despacio.

—¿Y qué?

—Creo que deberíamos volver.

Ella se acercó mucho a su cara y lo taladró con sus ojos hasta hacerle sentir culpable por su debilidad. Vaharadas blancas salían de entre sus labios agrietados y la indomable cabellera negra se le escapaba por debajo del gorro térmico y se enredaba en una danza enloquecida con los copos de nieve.

—¡Ni hablar! —gritó Breece—. No he llegado hasta aquí para rendirme tan pronto. ¡Vamos, muévete!

Y le dio la espalda para continuar andando colina arriba, inclinándose hacia adelante para compensar la fuerza del viento y la pendiente de la ladera, clavando las botas en la nieve antes de impulsarse con la pierna para dar un paso, y luego otro, y luego otro más.

Encontraron una oquedad en una pared de piedra para dormir a resguardo del viento. Se hicieron un ovillo el uno contra el otro y se

arroparon con todo lo que tenían. Aún así, al amanecer Bard apenas podía mover los brazos ni las piernas y sentía que las garras del sueño intentaban arrastrarlo a un lugar oscuro. En algún rincón en el interior de su cerebro, sabía que aquello era un síntoma de hipotermia severa. Se lo habían enseñado en la Academia. También sabía que si se abandonaba al sueño no se despertaría nunca. Lo sabía pero no podía hacer nada contra aquel letargo.

Entonces Breece lo sacudió y lo obligó a levantarse.

—¡Vamos! —dijo —¡Despierta! ¡Abre los ojos!

Él lo intentaba con todas sus fuerzas pero sentía que estaba lleno de piedras por dentro y que se hundía en una charca fangosa.

—¡Despierta, Bard! —gritaba ella sacudiéndole los hombros —¡Despierta! ¡No me dejes ahora! ¡No lo permitiré!

Él apretó los dientes e intentó obligar a su cuerpo abotargado a que lo obedeciera, pero era como tratar de despertar de una pesadilla.

—Me lo prometiste —seguía diciendo Breece al final de un túnel —. ¿Me oyes? ¡Me prometiste que me llevarías al otro lado!

Algo se conectó dentro de la cabeza del guardián y consiguió por fin enfocar su mirada. Parpadeó a tiempo de ver en el rostro de ella la fiera voluntad de sobrevivir de un animal salvaje. Un pensamiento se abrió paso en la neblina de su cerebro: los braceros sois mucho más fuertes que los guardianes. Mucho más fuertes. A pesar de nuestras academias y nuestros Dioses y nuestras raciones de comida a la carta.

Consiguió levantarse y reanudaron la marcha. La ventisca arreciaba y cada nuevo paso era un acto de valentía. Hacía tiempo que las piernas y los brazos no les pertenecían y seguían su propio ritmo desmayado. Y entonces, tan repentinamente como había comenzado, la ventisca cesó.

El cielo se tornó azul y el sol volvió a brillar, y, aunque apenas calentaba allá arriba, a Bard se le antojó que habían cruzado la última frontera y que ahora nada podría detenerlos. Se sentía ligero, y al caer la tarde era evidente que caminaban a un ritmo mucho más rápido que en todos los días anteriores. Con cada zancada avanzaban varios metros, a pesar de que persistía la opresiva sensación de que no entraba aire sus pulmones.

Breece se detuvo en seco. Él la miró alarmado y descubrió una expresión que desconocía, como de profunda concentración. Una luz chispeante apareció en el fondo de los ojos de la joven y empezó a cubrirlo todo cuando una sonrisa asombrada llenó su rostro.

—Claro —dijo—. Ya lo entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes? —preguntó Bard.

—Lo que nos está pasando. Mira.

Breece se agachó para tomar impulso y saltó. Se elevó sin aparente esfuerzo casi por encima de la cabeza del guardián, y por un momento pareció que iba comenzar a revolotear. Cayó de nuevo en la nieve con la mansedumbre de una pluma. Bard pensó que tal vez el enrarecimiento del aire le estaba provocando alucinaciones.

—¿Cómo... has hecho eso? —preguntó.

—Es la gravedad.

—No te entiendo.

—La gravedad. Nos hemos alejado tanto de la superficie de Arcadia que aquí la atracción gravitatoria es muy pequeña. Por eso caminamos tan ligeros. Pesamos mucho menos que hace unos días.

—Pero... ¿cómo? ¿Así, de repente?

—No, de repente no. Ha sido una disminución gradual. Empezó en el mismo instante en el que comenzamos a ascender. Ahora se ha hecho tan evidente que la percibimos sin asomo de duda. Claro que...

—Claro que, ¿qué?

—Aguarda un momento. Tengo que hacer unos cálculos.

Bard contempló con un nuevo asombro como la mirada de Breece se perdía en algún punto en el interior de su mente mientras recorría ecuaciones y resultados. Al final anunció:

—Hay algo que no me cuadra. Hemos podido ascender, ¿cuánto? ¿Dos mil, tres mil metros?

—Puede ser.

—Vale, supongamos que estamos a tres mil metros de altitud. La gravedad a nivel del mar es de casi diez metros por segundo al cuadrado. Ahora mismo la gravedad es, a lo sumo, de tres cuartas partes de esa cantidad. ¿Me sigues?

—Creo que sí.

—Pero eso no puede ser. Quiero decir, la gravedad no puede reducirse tan deprisa. No debería. A menos que...

—¿A menos que qué?

—A menos que la masa de Arcadia fuera ridículamente pequeña y su superficie nos atrajera por algún otro medio que desconocemos.

—Me he perdido.

—Arcadia tiene, lo calculé una vez en la escuela, unos 125 kilómetros de circunferencia, es decir, unos 20 kilómetros de radio. Para que la gravedad tenga el valor de 10 metros por segundo al cuadrado, la masa de Arcadia debe de ser de 6 cuatrillones de

kilogramos, un 6 seguido de veinticuatro ceros. Eso significa, en un planeta de las dimensiones del nuestro, que el núcleo de Arcadia debe de ser supermasivo, de una densidad de alrededor 180 billones de kilogramos por metro cúbico.

Bard no entendía lo que Breece decía. Siempre le habían mareado los números, pero no la interrumpió. Le gustaba descubrirla así, con los ojos brillantes como los de un niño con un juguete nuevo.

—Eso es, por decirlo de forma suave, imposible —continuó ella —. Esa densidad es tan gigantesca que ni siquiera la encontrarás en el núcleo de una supernova a punto de estallar. Nadie en toda Arcadia ha sabido nunca resolver este enigma, y a casi nadie parece importarle. Pero, además, ahora nos enfrentamos a un enigma nuevo, otra imposibilidad matemática: si estamos a tres mil metros de altitud la gravedad debería haber descendido, veamos... sí, alrededor del 0,01 por ciento, demasiado poco como para percibirlo, y desde luego no lo suficiente como para que yo pueda saltar sin esfuerzo por encima de tu cabeza.

En la cara de Bard se leía que no sabía de qué le estaba hablando, así que Breece añadió:

—¿No lo entiendes? La gravedad ha descendido mucho más deprisa de lo que debería. Algo muy extraño está sucediéndonos.

—Pero tú, ¿cómo sabes todas esas cosas sobre gravedad, y densidades y masas? ¿Eso es lo que os enseñan en la Escuela para Braceros?

Ella sonrió y antes de reemprender la marcha solo dijo:

—Te lo contaré después. Ahora sigamos. O mucho me equivoco, o más sorpresas nos aguardan.

Tenía razón. Treinta minutos después llegaron a la pared.

La llamaron así, a falta de un nombre mejor, porque eso es lo que era: una enorme y perfecta pared blanca. Resultaba difícil verla incluso de cerca, y estuvieron a punto de golpearse contra ella. El paisaje nevado de la montaña estaba pintado sobre su superficie con un realismo sobrecogedor. La tocaron con las manos y la notaron fría y lisa al tacto, como metal bruñido. Bard pensó que podía estar hecha de algún tipo de material transparente y que al otro lado continuaba la montaña. Se estremeció pensando que el mundo que conocían podría estar encerrado en una gigantesca cúpula de cristal y que los arcadios eran insectos de un siniestro experimento de los Dioses.

—¿Es... un cristal? —preguntó.

—No. Es una pared pintada —respondió Breece.

—¿Cómo estás tan segura?

—Por las sombras.

En efecto, el sol que empezaba a declinar proyectaba las sombras de los dos en la pared, en un ángulo imposible si se hubiera tratado de un cristal. Bard acercó su mano a la superficie lisa y blanca, sin comprender aún el alcance de lo que estaba viendo. La sombra de sus dedos se aproximó a la mano conforme aquellos se acercaban a la pared, y finalmente se tocaron. Suspiró aliviado. Sí, era una pared. Pero, entonces, ¿qué había al otro lado? ¿Existiría alguna forma de cruzar? ¿Habría siquiera un «otro lado»?

Breece no estaba menos perpleja que él. La pared parecía extenderse hacia el norte y hacia el sur, también hacia el cielo, indefinidamente, y aquello trastocaba todas sus ideas sobre la naturaleza de Arcadia. Así que hicieron lo único que podían hacer: caminar siguiendo la pared para buscar algo, alguna puerta, alguna marca, algún final, algún principio. Algún hilo que les permitiera tirar de él para desvelar aquel misterio.

Anduvieron hacia el norte toda la tarde y acamparon junto a la pared. Aunque hacía frío, el viento seguía tranquilo e incluso intentaron encender un fuego. La madera ardía a duras penas (es por el oxígeno, el fuego también lo necesita, explicó Breece), pero fue suficiente para calentarse por primera vez en muchos días. Se sentaron cerca de la hoguera y allí, bajo las estrellas del cielo arcadio, con la luz cambiante del fuego iluminando los rostros asombrados por los últimos acontecimientos, Breece le habló a Bard por fin de la biblioteca clandestina y de cómo la sabiduría del pueblo de La Tierra, o al menos una parte de ella, se había salvado de algún modo y había permanecido viva en la memoria furtiva de los braceros de la Resistencia.

Bard no acababa de aprehender qué significaba todo aquello. Aquel nombre enigmático, La Tierra, permanecía flotando en su cabeza despertando resonancias mitológicas. Al mismo tiempo, el mundo que siempre había conocido ya no existía. Se había convertido era un confuso amalgama de intrigas y escaramuzas sangrientas, teorías de científicos del pasado e interrogantes sin respuesta, y en mitad de ninguna parte estaban ellos dos, vagando más allá de la cordura por las soledades de las montañas prohibidas. Pero no le importaba. Solo importaba estar allí, en ese instante, vivo y respirando, con ella.

Entonces Breece sacó algo de un bolsillo. Era un aparato electrónico diminuto, como un intercomunicador de los que los guardianes usaban en las maniobras, con unos pintorescos

auriculares con cable. Ella los conectó al aparato y le pidió que se los colocara en las orejas. Pulsó algunos botones diminutos y casi invisibles y luego sucedió algo. Los auriculares empezaron a vibrar y propagaron en los oídos de Bard un sonido que él nunca había oído antes. Era un sonido extraño, de otro mundo, de una belleza más allá de cualquier razonamiento. Sonidos agudos y cristalinos subían y bajaban en intensidad y de pronto se mezclaban con otros sonidos más pulsantes en combinaciones sorprendentes. Su volumen y su timbre fluctuaba y parecían bailar unos alrededor de otros y siempre acababan encajando otra vez entre sí. Escuchó hasta que los sonidos cesaron. Solo entonces se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados y el vello de todo el cuerpo erizado.

Ella le quitó con suavidad los auriculares y le dijo:

—Lo que acabas de escuchar se llama música. Música de la Tierra. En concreto, es el segundo movimiento del concierto para piano y orquesta número cinco de Ludwig van Beethoven. Y, ¿sabes?, Beethoven no era ningún dios. Solo fue un ser humano, nada más y nada menos. Si Arcadia es la Tierra y la Tierra es Arcadia, me pregunto en qué momento perdimos la memoria de las maravillas que nuestra especie era capaz de crear y nos condenamos a nosotros mismos al infierno.

22. **La escalera**

Al día siguiente reemprendieron la marcha temprano. Siguieron caminando junto a la pared tratando de encontrar alguna marca, alguna fisura, algo que les diese una pista sobre cómo pasar al otro lado. La pared continuaba imperturbable a lo largo de kilómetros y kilómetros, y no se apreciaba la más mínima muesca en su superficie, que siempre era lista y fría al tacto. Bard era consciente de que, si no conseguían cruzar, todo su intento habría sido en vano y no les quedaría más remedio que regresar cuando se les acabaran las provisiones. Se imaginaba las montañas circundadas por aquella frontera infranqueable y le asaltaba una desagradable sensación de claustrofobia.

Breece se detuvo en seco en un momento dado y dijo:

—Tal vez al otro lado esté la Ciudad Blanca.

—¿Qué?

Lo miró antes de responder:

—Arcadia es una esfera más o menos regular, como todos los planetas. La gravedad se encarga de ello. Una no muy grande, por cierto. Si te mueves hacia el norte sin desviarte, acabas llegando al mismo lugar por el sur. Y si te mueves hacia el este, acabas apareciendo por el oeste.

—¿Quieres decir... quieres decir que esta pared puede ser una especie de muro defensivo?

—Exactamente. Pudieron levantarlo los navegantes para evitar que llegásemos a su zona cruzando las montañas.

Bard se concedió un instante para sopesar esa posibilidad y pensó que era una idea con mucho sentido. No había, entonces, ningún lugar al que escapar. Una oleada de frustración empezó a quemarlo por dentro y por un instante estuvo tentado de golpear la pared con sus propias manos y no parar hasta destrozarse los huesos o echarla abajo. Cerró los ojos y respiró, y, cuando volvió a mirar, la pared seguía allí, impasible, con su perfecta ilusión de nieve intacta.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó.

—Continuar —dijo ella—. Solo podemos continuar. Sugiero que hagamos aquí alguna marca para reconocer el lugar. Si dentro de diez o veinte días hemos regresado al mismo punto sin encontrar el modo de cruzar al otro lado, tendremos que bajar de las montañas y buscar algún otro sitio a donde huir.

A Bard le asombró de nuevo la capacidad de Breece para encajar los golpes y buscar soluciones prácticas sin culpabilizar a nadie ni a nada. De modo que continuaron caminando hacia el norte, sin descanso, sin lamentos. Lo hacían porque no podían hacer otra cosa. Lo hacían para constatar ante ellos mismos que no se habían dado por vencidos.

La sensación de ahogo desapareció casi por completo. Breece decía que probablemente sus organismos se habían aclimatado a la menor concentración de oxígeno, y aunque no tenían motivos para la esperanza a Bard le parecía que no todo estaba perdido mientras se mantuvieran en movimiento y la perseverancia que movía a aquella mujer indómita no flaqueara.

Por las noches, cuando se detenían a descansar, él le pedía que le pusiera aquella música que llevaba almacenada en el reproductor portátil. Solo un poco, decía ella, tienes que dormir, y las baterías no van a durar eternamente. Y Bard cerraba los ojos y se perdía en tu abrazo y en los vaivenes de aquellos sonidos hipnóticos venidos de otro tiempo y otro mundo.

Hasta que una mañana, durante el cuarto día del viaje a lo largo de la pared, vieron algo a lo lejos, una mancha oscura que rompía la monotonía blanca. Parecía un arañazo negro que un animal gigante hubiera hecho con una de sus zarpas. Los dos se quedaron muy quietos mirando aquella anomalía, entre incrédulos y temerosos. Les inquietaba acercarse para descubrir que solo se trataba de una salpicadura de barro o una grieta en la pintura blanca. Tenía que ser algo más. Tenía que ser lo que fuera que estaban buscando.

—¿Lo ves? —preguntó Bard.

—Sí —respondió ella.

—¿Qué crees que es?

—No lo sé. Parece una mancha. O una sombra.

—¿Una sombra de qué?

—Tampoco lo sé. Pero si es una sombra, tiene que haber algo en la pared que la produzca, porque ni en el cielo ni en la ladera hay nada que pueda hacerlo. Y si hay algo en esa pared, tenemos que ir a ver lo que es.

Estas palabras los espolearon hacia el lugar. Al acercarse, vieron

que se trataba no solo de una sombra rectangular bien definida, sino de muchas, dispuestas unas sobre otras en una línea diagonal ascendente. Manchas discretas que en la lejanía les habían parecido continuas. Antes de alcanzar la más baja de ellas ya tenían claro que habían encontrado una escalera.

Las sombras las producían los peldaños. Estaban insertados en la pared en lo que parecía una unión perfecta, y sobresalían alrededor de un metro hacia el exterior. Su tacto era liso y frío y parecían hechos del mismo material metálico que el resto de la pared. También estaban pintados con el mismo tono de blanco, de modo que, desde lejos, resultaban casi invisibles. Solo la sombra los delataba.

Otros escalones surgían de la pared a intervalos regulares, dispuestos a la distancia adecuada para que una persona de tamaño medio pudiera subir andando por ellos sin dificultad. Una barandilla apenas visible hacía de parapeto en el lado opuesto.

Se miraron durante un instante. El brillo de la curiosidad había regresado a los ojos de Breece. Qué habrá allá arriba, preguntaba en silencio. Pero Bard experimentó una alarma súbita. Algo le decía que no debían subir, que al final de la escalera había algo que no les convenía conocer. Era su segunda corazonada en pocos días y lo sobresaltó aún más que la primera. La vez anterior acabó tirado en el canal con la cabeza abierta, y fue gracias a estar a punto de morir que se conocieron.

Después de todo, nada está escrito, pensó. Una piedra te golpea en la cabeza y luego estás aquí, con ella, en las montañas, a punto de asaltar la última frontera.

No necesitó nada más. Se aventuró al primer peldaño. Lo subió cauteloso, por si cedía bajo su peso y se desmoronaba como el barro mal cocido. Ni siquiera osciló. Bard dio un fuerte pisotón y no pudo percibir ni la más ligera vibración. Parecía muy sólido. Después, miró hacia arriba. Otros escalones idénticos, subrayados por la sombra que proyectaban sobre la pared, se perdían en una hilera perfecta hasta donde alcanzaba la vista.

—Bueno —dijo—, creo que esta noche vamos a tener un buen dolor de piernas.

Breece se rió por primera vez desde que él la conocía y fue una risa franca que resonó en las soledades de las cumbres nevadas y, a pesar del frío y del cansancio y del miedo a lo que pudieran encontrar allí arriba, Bard volvió a tener la certeza de que estaba en el lugar que le correspondía.

La ascensión, al principio, fue fácil. Parecía una escalera

convencional, quizá con los escalones ligeramente más separados entre sí. La gravedad, pensó Bard sorprendido. Quien fuera que diseñó esta escalera tuvo en cuenta que aquí la gravedad es menor y que podemos subir escalones más altos de lo normal.

No pudo imaginar ningún lugar de Arcadia, ni siquiera en las fábricas más avanzadas de los braceros, en el que hubiera podido construirse una escalera como aquella, con aquel acabado tan perfecto en el que no se percibía ni el más pequeño indicio de soldadura en el punto en el que los escalones se insertaban en la pared. Por no hablar de la pared misma, una estructura de tamaño inabarcable que desafiaba a cualquier otra cosa que hubiera conocido o imaginado antes.

Poco a poco, la idea de que los mismos Dioses eran los arquitectos de todo aquello se abrió paso dentro de él. Era la única explicación concebible. En tal caso, ¿qué hacían ellos dos subiendo a no sabían dónde? ¿No estarían profanando un lugar sagrado, quizá la morada misma de los Dioses de Arda?

La inquietud no tuvo tiempo de apoderarse de su estado de ánimo porque de pronto se descubrió jadeando. Habían subido, ¿cuántos?, tal vez trescientos o cuatrocientos escalones, y la falta de oxígeno y el esfuerzo acumulado empezaron a notarse. Se agarraban a la barandilla y se impulsaban con los brazos para ahorrar esfuerzo a las fatigadas piernas, pero aún ese gesto sencillo se volvía agotador cuando lo repetían cientos de veces.

—Allí... hay algo —dijo Breece.

Bard aguzó la vista y alcanzó a ver lo que ella señalaba: una sombra mucho mayor que las demás a unos cientos de peldaños más arriba. Con un último esfuerzo ascendieron el trecho que les restaba y alcanzaron así una plataforma semicircular insertada en la pared con la misma unión invisible que los escalones. Era lo bastante grande como para acoger a una decena de personas y estaba circundada por una barandilla blanca y metálica como el resto de aquella estructura insólita.

Se sentaron apoyados contra la pared, jadeando por el esfuerzo. Al cabo de un rato, él se atrevió a decir:

—Breece.

—¿Qué?

—¿Y si... los Dioses, o lo que sea, viven allá arriba? ¿Y si los despertamos, o algo así, y se cabrean, sean lo que sean? ¿Has pensado en eso?

Ella sonrió. Sus mejillas rosadas por el frío y el esfuerzo se curvaban hacia arriba convirtiendo los ojos en dos líneas

chispeantes.

—Esta plataforma parece hecha tan a propósito para descansar que estoy segura de que fue hecha para eso —dijo.

Bard se quedó mirándola sin comprender.

—Quiero decir —aclaró— que quien fuera que construyó estas escaleras lo hizo con la intención de que algún día dos seres bípedos similares a nosotros las usaran.

—¿Tú crees?

—Seguro. Si fueras un dios y vivieras en lo alto de un muro en lo más inaccesible de las montañas, y no quisieras que nadie te molestase, ¿construirías una escalera para que dos desertores idiotas pudieran subir por ella?

Ese razonamiento tranquilizó a Bard, al menos de momento. Miraron más allá de la barandilla, donde, muy abajo, se extendía el monótono paisaje blanco de las montañas. En algún lugar al otro lado de las nubes de tormenta se encontraba su mundo, o sus mundos, los únicos hogares que habían conocido y que ahora tanto se esforzaban en aniquilarse mutuamente.

Como dos huérfanos resignados, se pusieron de nuevo en pie. Las escaleras continuaban su ascenso al otro lado de la plataforma. Breece estaba convencida de que, después de algunos cientos de metros de subida, encontrarían otra plataforma similar para tomarse un nuevo descanso, pero le preocupaba algo.

—El oxígeno —dijo—. Si estas escaleras suben mucho más, el aire se enrarecerá demasiado, y llegará un momento en el que no podremos continuar.

—Pero, por lo que decías antes, los constructores de la escalera tendrían que haber pensado también en eso.

—Estoy segura de que la escalera terminará antes de que nos asfixiemos —dijo ella sonriendo—. O, si no, nos encontraremos con alguna nueva sorpresa. Ya lo verás.

Alcanzar la siguiente plataforma fue una proeza, quizá la mayor que habían acometido hasta entonces. Se sentían débiles y exhaustos después de tantos días de camino. Pero sobre todas las cosas estaba la horrible sensación de asfixia, de que abrían la boca y llenaban sus pulmones de aire pero nunca era suficiente.

Cuando llegaron a la segunda plataforma, Bard estaba mareado y Breece parecía a punto de desmayarte. Se dejaron caer pesadamente, boqueando como peces a punto de morir sobre la cubierta de un barco, y transcurrió un rato antes de que Bard pudiera hablar:

—No... podemos seguir así.

—Encontraremos algo —dijo ella obstinada—, ya lo verás. Tiene que haber algo por aquí.

Él se asombró una vez más por su tenacidad. Miraron alrededor, pero solo vieron la pared, la plataforma y la barandilla, tan lisas y mudas como siempre. Ella se levantó tambaleándose y deslizó las manos sobre la superficie blanca.

—Tendría que estar a la altura de las manos o de los ojos humanos —murmuró.

La yema de tus dedos recorrió muy despacio el metal bruñido, buscando el escondrijo del mapa del tesoro, mientras Bard la miraba absorto desde el suelo, sin entender bien lo que se proponía. Por eso, cuando ella se giró hacia él con la sonrisa llenándole la cara y los ojos brillantes, tardó un momento en percatarse de lo que había sucedido.

Breece había presionado una palanca oculta en la pared y una compuerta, cuyo contorno antes tampoco era visible, se había abierto a su lado, desvelando un hueco rectangular y oscuro que parecía un fragmento de noche en la pared tan blanca. Antes de que Bard pudiera reaccionar o advertirle del posible peligro, ella se había metido en aquel hueco y había sacado unos cilindros metálicos de los que colgaban unos tubos de propósito ignoto.

—¿Qué... qué es eso?

—Bombonas de oxígeno —respondió Breece radiante.

—¿Oxígeno?

—Y hay algo más. Mira.

Bard se asomó al agujero negro y se dio cuenta de que era una especie de armario empotrado de varios metros de profundidad. A un lado descansaban infinidad de cilindros como el que Breece le había mostrado, y, al otro, unos trajes gruesos y aparatosos coronados con cascos brillantes formando una hilera perfecta colgados de un soporte soldado al techo.

—Son trajes presurizados —dijo ella—. Los conozco por los libros. Nos permitirán sobrevivir allá arriba, donde apenas debe de haber aire y la presión atmosférica será prácticamente nula.

Sacó uno de aquellos trajes y empezó a ponérselo. O, más bien, empezó a meterse dentro de él, porque su textura era tan gruesa y rígida que casi parecía que un monstruo humanoide estuviera engulléndola.

—¿Allá arriba? —dijo Bard alarmado, y añadío: —No me digas que también sabes cómo utilizar uno de estos gracias a los libros.

—No, gracias a los libros, no —dijo Breece—. Tiene descrito el modo de operación aquí, mira —y le señaló la cara interior del

traje, donde unos caracteres en inglés antiguo indicaban el procedimiento correcto para usar aquel artilugio.

Bard entró en otra de aquellas cosas y Breece le ayudó a ponérsela correctamente. En el antebrazo derecho había un pequeño teclado y ella le dijo:

—Pulsa el 1. Ahora presurízalo pulsando la P y la barra espaciadora a la vez. Eso es. Ahora pulsa LOCK tres veces para bloquearlo. Así, muy bien.

Se escuchó un chasquido y luego un sonido sibilante que duró apenas un segundo. Breece sonrió detrás de su máscara y dijo:

—Ahora respira. Respira hondo.

Bard respiró. Un aire rico en oxígeno y de regusto metálico llenó sus pulmones. Sintió como si renaciera. El mundo pareció colorearse y tuvo la impresión de que podría alcanzar la luna si fuera necesario. La hubiera besado y hecho el amor en ese momento si no fuera porque estaba dentro de un traje espacial hermético y presurizado y ella estaba dentro de otro.

Luego Breece dijo:

—Ahora sabemos que esta escalera debe continuar hasta el final.

Bard escuchaba su voz a través de unos altavoces que existían en algún lugar en el interior de su casco.

—¿Hasta el final? —preguntó —¿Qué final?

—Venga, continuemos —dijo ella enigmática, y comenzó a subir de nuevo los escalones.

Aunque aquellos trajes parecían endiabladamente pesados, ascender por la escalera con ellos fue más sencillo de lo que les pareció a primera vista. Con el oxígeno corriendo de nuevo por sus venas y la atracción gravitatoria debilitándose a cada paso, hicieron el siguiente tramo en mucho menos tiempo. Para cuando alcanzaron la cuarta plataforma, empezaba a ser evidente que los escalones estaban cada vez más separados, sin duda para adaptarse a la gravedad decreciente. Una hora más tarde, un impulso suave con las manos en la barandilla les permitía salvar una distancia de más de un metro. Y así, livianos como un soplo de aire, atravesaron varias plataformas más hasta que a media tarde llegaron al final de la escalera.

La nieve y las montañas hacía tiempo que se habían convertido en una mancha difusa y azulada allá abajo. Se encontraban en la última plataforma, aparentemente idéntica a las otras, salvo porque ningún tramo de escaleras continuaba por el otro lado. Habían tardado casi cuatro horas en subir y ya no había ningún sitio más alto. Sobre sus cabezas tan solo brillaba una gigantesca estructura

transparente que había resultado completamente invisible cuando aún estaban a unos cientos de metros de distancia. La misteriosa estructura partía de la pared y se adentraba hacia el interior de Arcadia en una línea recta perfecta, perdiéndose en la lejanía borrosa del horizonte.

Breece buscó de nuevo la palanca. Habían comprobado que en todas las plataformas había un armario con equipación igual al que habían encontrado mucho más abajo, y supusieron que también en la primera de ellas debía de haber existido, aunque no iban a bajar ahora para comprobarlo. Sin embargo, esta plataforma era la última, y por eso esperaban encontrar algo especial.

La gravedad estaba tan próxima a cero que Bard sentía que podía flotar como una pompa de jabón. Empezó a juguetear con pequeños saltos mientras Breece trataba de localizar la palanca oculta.

—No es buena idea —dijo ella mirándolo de reojo—. La gravedad aquí es muy débil pero sigue existiendo, y si te desvías un poco y caes al otro lado de la barandilla, el suelo te espera muchos kilómetros más abajo.

—Vaya —dijo él contrariado—. Y tendría que empezar a subir desde el principio.

—Eso no es tan malo —dijo Breece—. Velocidad terminal: eso sí sería malo. Caerías al principio muy despacio, e irías acelerando lenta pero imparablemente. Llegarías al suelo con una velocidad terminal suficiente como para pulverizarte todos los huesos.

Bard se quedó petrificado ante la perspectiva de una caída a cámara lenta. Había aprendido a confiar en ella y la idea de experimentar con los saltos lo abandonó con la misma velocidad con la que había llegado. Buscaron la palanca juntos, aunque la encontró Breece, que ya tenía localizada la zona aproximada en donde se ubicaba en cada plataforma, siempre la misma.

La compuerta habitual se abrió a la derecha y apareció el compartimento lleno de trajes espaciales, bombonas de oxígeno y otros equipos de aspecto alienígena y propósito desconocido. Parecía el mismo armario de siempre, pero Breece, como de costumbre, no se dejó desalentar por eso. Entró con decisión y, mientras la oscuridad la engullía, dijo:

—Tiene que haber algo más.

Bard la siguió con un escalofrío. El armario, o como fuera que se llamase aquella estancia apenas iluminada, era igual que los otros solo a primera vista. Tenía el mismo pasillo central que lo recorría hasta al fondo, pero en el otro extremo no había una pared de

metal, sino una puerta de aspecto sólido trabada con pesados herrajes que la fijaban a la pared en cuatro puntos. Grabado en el metal de la pared, a ambos lados de la puerta, un mensaje escrito en inglés antiguo:

WARNING!
PRESSURIZATION CHAMBER

Y debajo, en caracteres más pequeños:

U.N. SPACESHIP ARCADIA VII
CERES, AB, 2134

Bard no tenía modo de saber qué significaban aquellas palabras, pero, de nuevo, un presentimiento irracional y repentino lo embistió con un sobresalto. Estaban a punto de entrar en la guarida de los Dioses de Arcadia, se dijo. Tal vez no deberían cruzar esa puerta. Tal vez ni siquiera deberían estar allí. Tal vez lo más sensato sería huir, huir deprisa, a donde fuera, huir y esconderse en algún agujero oscuro donde los gritos y las hogueras no puedan alcanzarnos.

23. **Revelación**

Cuando descubrieron la puerta, Breece tenía ya una idea bastante exacta de lo que iban a encontrar. El mensaje en inglés antiguo solo fue una confirmación. Sabía lo que era una cámara de presurización por sus lecturas sobre astronáutica. También sabía lo que significaba que justo allí arriba, en ausencia casi completa de gravedad, encontrasen una cámara de presurización. O, al menos, tenía una fundada sospecha que muy pronto se iba a confirmar.

Abrieron la puerta haciendo girar la manivela circular. Cedió con una leve presión inicial y giró con facilidad. La manivela dio vueltas sobre sí misma varias decenas de veces, accionando un engranaje que tiró de los cierres que sujetaban la puerta a la pared. Breece sintió un estremecimiento ante la precisión con la que estaba construido aquel mecanismo sencillo y eficaz que seguía funcionando a pesar de que debía de hacer muchos siglos que nadie lo accionaba.

Vio la alarma en el rostro de Bard. Cada vez era más expresivo. El gesto hierático de guardián de los primeros días había desaparecido, como si se hubiera quitado una pesada máscara de piedra, y ahora era para Breece un libro abierto. Intentó tranquilizarlo. Él no quería entrar, pero ella sabía que *tenían* que hacerlo. No estaban allí por casualidad. Millones de pequeños acontecimientos de apariencia insignificante los habían conducido hasta allí desde que nacieron, desde antes incluso. Sus decisiones, sus acciones y sus omisiones, la gente que había muerto y la que seguía con vida, el universo entero había conspirado, como un gigante ciego, para que los dos estuvieran allí, en aquel instante, a punto de descubrir la verdad, y no podían ignorar su responsabilidad.

La manivela dejó de girar y la puerta osciló libre en sus goznes. La abrieron empujando con el hombro y entraron en la cámara de presurización.

No era un sitio espectacular. Se trataba de un cilindro hueco y espartano del tamaño suficiente para albergar tal vez a veinte

personas. El suelo, el techo y las paredes se fundían en una sola superficie curva. La ausencia de gravedad y la simetría perfecta hacían imposible distinguir arriba de abajo y Breece se sintió un poco mareada, aunque pronto se sobrepuso. Una luz tenue de procedencia desconocida iluminaba la estancia. La monotonía de aquel tubo alargado solo se rompía por la otra puerta, situada en el extremo opuesto del cilindro. Breece intuía a dónde conducía, pero no lo dijo para no alarmar a Bard aún más.

La joven recorrió con la mirada las paredes aparentemente lisas y sin marcas. Había aprendido a encontrar las palancas que accionaban las compuertas. No eran totalmente invisibles, pero solo un ojo bien entrenado podía localizarlas sin dificultad. La palanca, en esta ocasión, estaba situada en lo que parecía la altura media del cilindro. Al pulsarla, una compuerta de pequeño tamaño se deslizó a su lado y apareció un terminal de computadora.

Sonrió. Acceder al secreto último de Arcadia iba a ser más fácil gracias a esa ayuda inesperada.

Bard la seguía a poca distancia, observando todos sus movimientos con gesto de pavor en los ojos, como si en cualquier momento la otra puerta pudiera abrirse para engullirlos y arrastrarlos a las llamas de los Abismos. Breece estaba bastante segura de que al otro lado estaba el abismo, sí, pero uno muy diferente del que usaban los sacerdotes para asustarlos.

La terminal se iluminó. Era un prodigio ver como aquellos ingenios electrónicos volvían a la vida sin aparente esfuerzo después de dormir durante cientos de años. Apareció un mensaje de bienvenida, un emblema de color azul que representaba el mapa de un mundo desconocido circundado por dos ramas de olivo, seguido de unos caracteres:

U.N. SPACESHIP ARCADIA VII
CLARKELIKE SPACESHIP SERIES
WELCOME!

Debajo, una serie de iconos invitaban a pasear por la base de datos de la computadora. A Breece le bastó con echar un vistazo a las primeras pantallas de especificación técnica para confirmar su sospecha. Ya no pudo callar por más tiempo. Se volvió hacia Bard y le dijo:

—Bard.

—¿Qué?

—Antes lo imaginaba, pero ahora estoy segura. No estamos fuera, sino dentro.

—Otra vez no te entiendo.

—No habitamos la superficie de un planeta, sino el interior.

—¿El interior? ¿De un planeta?

—No. De un planeta no. Vivimos en el interior de un vehículo espacial.

Él guardó silencio. Breece supuso que intentaba comprender lo que eso implicaba, pero necesitaba tiempo para cambiar las coordenadas de su mundo. Ella jugaba con unas horas de ventaja porque llevaba dándole vueltas a esta idea desde que encontraron los trajes presurizados.

—Un vehículo espacial —insistió Breece—. Una nave para viajar por el espacio.

—No puede ser.

—Lo sé, es difícil de creer. Pero es la verdad. Arcadia es una enorme nave espacial de forma cilíndrica, como esta cámara en la que estamos ahora, pero de dimensiones colosales.

—Es... imposible.

—Al otro lado de esa puerta no hay nada.

—No te creo. Tiene que haber algo.

—El vacío casi absoluto del espacio exterior.

—No.

—Mira. Mira aquí.

Le señaló la pantalla. Un esquema de la nave espacial Arcadia VII aparecía en ella. Veinte kilómetros de radio. Ciento veinticinco de longitud. Un millón y medio de hectáreas de superficie interior. Los números acudían a la cabeza de Breece y de pronto todo encajaba, las preguntas sin respuesta que se hacía desde niña, las pequeñas diferencias entre la teoría y la realidad.

—Arcadia gira sobre su eje a gran velocidad —dijo— y la fuerza centrífuga nos mantiene pegados a su suelo, simulando la atracción gravitatoria. Por eso la gravedad ha descendido tan deprisa cuando hemos ido acercándonos al eje de giro. La masa de Arcadia es por sí sola demasiado pequeña como para producir una gravedad apreciable.

Bard negaba con la cabeza.

—Pero, ¿y el cielo? Desde abajo vemos el cielo azul durante el día, y las estrellas y la luna por la noche.

—Una simulación. Mira el esquema. ¿Ves ese tubo que cruza Arcadia de extremo a extremo justo por su eje? Es la estructura transparente que hemos visto ahí afuera, sobre la última plataforma. Dentro de ella una fuente luminosa, un sol ficticio, se desplaza longitudinalmente durante el día, dando la impresión de que sale tras las montañas, recorre la bóveda celeste, y se pone al

otro lado. Ilumina el aire con su luz amarilla y se refracta un millón de veces en las moléculas de la atmósfera dando la impresión de que el cielo es de color azul, como era en La Tierra.

—Sigo sin creerlo. Ahí abajo tenemos bosques, y ríos, y un mar.

—Todo es falso. El suelo, las infraestructuras, el mismo clima. Los constructores de Arcadia se tomaron muchas molestias para hacer aquí dentro una reproducción lo más fidedigna posible de su propio mundo. ¿Lo entiendes ahora? Arcadia es un vehículo espacial construido en La Tierra. La Tierra. Ellos son los auténticos Dioses.

—¿Pero... por qué no vemos la pared opuesta al mirar hacia el cielo?

—Demasiada distancia.

—¿Y por qué no percibimos la curvatura del suelo?

—Arcadia es demasiado grande, o nosotros demasiado pequeños.

—Entonces... —Bard hizo una pausa y la miró y en su mirada estaban la súplica de que lo que te estaba diciendo fuese una broma o un error—. Entonces es cierto que no hay ningún sitio a donde huir, no hay nada más allá de las montañas.

Ella trató de acercarse pero los movimientos precisos en aquel suelo curvado con una gravedad tan débil y el aparatoso traje espacial suponían una dificultad que solo los cosmonautas experimentados del pasado debían de haber superado con éxito. De algún modo logró aproximarse y trató de acariciarlo por encima del casco con su mano enguantada.

—Esto lo cambia todo, ¿no te das cuenta? —dijo—. Ni existen los Dioses de Arda ni Arcadia es el centro de universo. Somos los tripulantes de un vehículo espacial lanzado con algún propósito por otros humanos como nosotros. Probablemente llevamos en el espacio tanto tiempo que hemos olvidado cuál era nuestra misión.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué lanzar un vehículo espacial del tamaño de Arcadia para que vague por el espacio durante años?

—Para viajar a otro mundo.

—¿A otro mundo?

—Las distancias en el espacio son inmensas. Están más allá de la capacidad de comprensión humana. Incluso viajar a una estrella cercana a una velocidad próxima a la de la luz tomaría años o siglos. Pero un vehículo que fuera un mundo en miniatura, autosuficiente y autorregulado, podría conseguirlo. Sus tripulantes envejecerían y morirían y la siguiente generación tomaría el mando, y sus descendientes remotos llegarían finalmente a la estación terminal.

La excitación del descubrimiento mantenía su cerebro funcionando a pleno rendimiento. Sentía el vértigo de la formidable escala del cosmos que surcaban a bordo de una inopinada embarcación, un estremecimiento que le recorría la espalda como el recuerdo borroso de caer desde una gran altura.

—Mira —dijo pulsando otro icono en la pantalla—. ¡Mira!

Apareció un documento titulado Plan de Vuelo. Estaba escrito, como todo lo demás, en ingés antiguo. Breece sabía que él no podía leerlo con fluidez, así que se lo tradujo:

—Plan de Vuelo. Identificación del vehículo: Arcadia VII. Tipo de vuelo: extrasolar. Tipo de vehículo: serie Clarkelike II. Fecha de ensamblado: diciembre de 2234. Origen: Ceres. Destino: Kepler-22b. Distancia estimada: 620,18 años luz. Personas a bordo: 68.510. Tiempo de vuelo estimado: 7.520 años ± 0,1%.

Apartó la vista de la pantalla y miró a los ojos asustados de Bard. Trató de hablar con voz tranquilizadora:

—¿Lo ves ahora? Somos colonos. Sí que existe otro lugar a donde huir, un mundo nuevo donde todo está por hacer, donde aprender de los errores del pasado y fundar una sociedad más justa. No para nosotros, sino para los que vendrán después. Tenemos que bajar y contarlo. Tenemos que contarlo porque esto lo cambia todo.

El rostro de Bard se avivó con la luz de una comprensión súbita:

—No nos escucharán —dijo de pronto muy seguro—. No nos escucharán, Breece. Arcadia será un gigantesco ataúd cuando llegue a su destino.

24. **Condenación**

Su nombre era Baena. Michaelangelo Corneliu Baena. Pertenecía a una noble estirpe, tan antigua como el mundo. Sus padres, sus abuelos y todos sus antepasados remotos habían sido personas muy importantes en la comunidad, aunque solo a él le había correspondido el incalculable honor de ejercer de Sumo Sacerdote, de ser el elegido por los Dioses para asegurar la ortodoxa interpretación de sus designios divinos en el mezquino mundo de los humanos.

Su padre fue uno de los más grandes capitanes de la Guardia de Arcadia, y su madre una sacerdotisa que dedicó toda su vida al estudio de las Escrituras Sagradas y de los Cuadernos de Bitácora de los antiguos profetas. Tanto el uno como la otra supieron inculcarle el amor y el temor por los Dioses y por la vida monástica en la que podría perpetuar el buen nombre de su familia. Así, desde muy pequeño, fue un niño muy piadoso y estudioso.

Cuando cayó enfermo de unas horribles fiebres a los ocho años, sus padres no se separaron día y noche de su lado. Su padre daba vueltas a la habitación en grandes zancadas bufando como un animal herido, y su madre rezaba a los Dioses en interminables letanías sin apartar los ojos llorosos del techo. Hasta que, al amanecer del quinto día, un rayo de sol entró por una rendija de las cortinas entreabiertas e iluminó la pared de enfrente. En medio de las pesadillas de la fiebre, el pequeño Baena pudo ver claramente un dardo de oro largo, y en el extremo una lengua de fuego. Sintió que ese hierro candente se le clavaba en el pecho y le atravesaba el corazón y le llegaba a las entrañas. Al sacarlo, se las llevaba consigo, y lo dejó todo abrasado en amor y temor de los Dioses. El dolor era tan fuerte que le hacía lanzar gemidos, pero al mismo tiempo no deseaba que aquello terminara. Su alma no se contentaba ya con nada menos que con la presencia de los mismos Dioses.

Se recuepró milagrosamente para no enfermar nunca más. Ni siquiera los médicos acababan de comprender cómo se había repuesto de ese modo. Solo él sabía la verdad. Se aplicó desde

entonces, dirigido por la luz de la epifanía que había experimentado, en el estudio de las Escrituras Sagradas y los Cuadernos de Bitácora con tanta severidad y deleite que muy pronto se convirtió en una autoridad en la materia a pesar de su corta edad.

El camino hasta el sacerdocio, y más adelante la escalada en la jerarquía, fue solo la consecuencia natural de aquel instante de éxtasis. A su debido tiempo tuvo acceso a los secretos arcanos del mundo, a las hojas de navegación, a los documentos técnicos, a los primigenios mandamientos de organización física y moral que los propios Dioses habían dejado escritas. Durante muchas noches de insomnio, reflexionó sobre todo ello pidiendo a los Dioses que lo iluminaran de nuevo. La respuesta llegó y no pudo ser otra que la que habían encontrado otros sumos sacerdotes antes de mí. Los arcadios, los pequeños seres que vivían y morían manejados desde los cielos, debían seguir ignorantes del propósito que Ellos habían dispuesto para contribuir así a su consumación. Ni siquiera los navegantes debían tener conocimiento más que de algunos detalles inconexos. De otro modo, los deseos egoístas, los impulsos frívolos, los pensamientos racionales, empezarían a interponerse en los radios de la rueda del destino y los Dioses los condenarían a todos, lo condenarían a él, por haberlo permitido.

Lo decían los Escritos Sagrados: «El ser que, gracias a su inteligencia, es capaz de prever, es gobernante por naturaleza; el ser que, gracias a su vigor corporal, es capaz de ejecutar, es, por naturaleza, gobernado». Aristóteles 3:21. Baena solo había sido el instrumento de los Dioses de Arda para mantener ese orden natural de las cosas.

Y ahora, precisamente en la hora en la que los Dioses los habían puesto a todos a prueba, había aparecido ese advenedizo, ese irreverente mequetrefe que se hacía llamar Comandante, y había empezado a decirles a todos cómo debían actuar con el estilo taimado de los demonios de los abismos. Oh, Dioses, Baena nunca podría perdonarse su debilidad, nunca existiría castigo suficiente para purificarse por haber escuchado los tramposos argumentos y haberle dejado seguir adelante con sus retorcidos planes que ahora los condenaban a todos a la perdición.

Os hablo a vosotros, oh Dioses de Arda, desde éste vuestro templo flotante, para implorar vuestra misericordia cuando el Sol vuelva a iluminar los cielos y las fuerzas del bien y del mal se vean por fin las caras.

25. **Descenso**

Aún se demoraron algún tiempo en la cámara de descompresión. Breece quería, o necesitaba, saber más cosas sobre la astronave Arcadia VII. Relataba cada nuevo descubrimiento con una jovialidad casi infantil. Las escaleras que habían subido eran un sistema de evacuación de emergencia, decía fascinada. Había otras dos escaleras situadas en lugares equidistantes, como si el extremo este de Arcadia fuera una enorme rueda con tres radios. Ahora estaban cerca del eje de giro y por eso la gravedad era tan baja y la presión atmosférica casi nula. El verdadero eje estaba en el centro geométrico del tubo transparente por el que se deslizaba el sol ilusorio.

Breece le contaba a Bard todas estas cosas pero él no podía contagiarse por su entusiasmo. Esta vez no. Solo pensaba en lo que les esperaba allá abajo, en la ciudad bracera sin nombre, a esas alturas tal vez destruida por la Guardia, en los habitantes de Ciudad Blanca sobreviviendo sin agua, luz ni alimentos desde hacía muchos días.

Sin embargo, el sol, simulado o no, hacía tiempo que se aproximaba a su ocaso, y las sombras pronto lo llenarían todo. Puestos a elegir, Bard prefería dormir en un sitio donde pudiera quitarse aquel maldito traje que le impedía moverse con normalidad. Con ese argumento consiguió que por fin ella se alejase del terminal y empezaron a bajar la escalera. Pensó que el descenso iba a resultar más rápido que la subida, pero se equivocó. Con aquella gravedad reducida y los peldaños separados un metro y medio o más, saltar de uno a otro se convertía en una enervante labor de puntería a cámara lenta.

Entonces descubrieron que podían descender con mucha mayor rapidez deslizándose por el pasamanos de la barandilla. Se ataron el uno al otro con una cuerda por si alguno de los dos se inclinaba demasiado hacia el exterior y caía al vacío (Bard recordaba muy bien lo que había aprendido sobre las caídas en gravedad reducida) y el descenso fue mucho más ágil a partir de entonces. Quizá

hubieran resultado hasta divertido si los nubarrones de la preocupación no tuvieran colmadas sus cabezas.

Llegaron a la base de la escalera cuando aún quedaba un poco de luz. Se libraron de los trajes y montaron su pequeño campamento improvisado. Hicieron una comida frugal y Breece habló mucho sobre las maravillas del vehículo espacial que habitaban, y sobre cómo eso cambiaría la percepción de la gente y haría que encontrasen un modo de entenderse. Bard la miraba sin decir nada porque sabía que esta vez estaba en un error.

A la mañana siguiente atravesaron la ventisca. Avanzar cuesta abajo sabiendo que aquel huracán helado cubría solo una porción limitada de la montaña los ayudaba un poco a mantener el ritmo de la marcha, pero el frío era igual de intenso y se colaba hasta el último rincón de sus cuerpos congelándoles la piel y el ánimo. Consiguieron llegar al otro lado antes de que la noche los sorprendiera. Al día siguiente alcanzaban el bosque y en otras tres jornadas estaban de regreso en la llanura.

El silencio entre los dos se hacía más opresivo conforme se acercaban a la ciudad. Durante los días de soledad en las montañas habían fingido que el resto del mundo no existía, pero ahora que adivinaban a lo lejos la línea plúmbea de los edificios se hizo imposible seguir alimentando esa fantasía. Podían distinguir columnas de humo surgiendo de diferentes puntos, no solo de la zona de la plaza, como señales funestas de que cosas terribles habían sucedido durante su ausencia.

Rodearon la ciudad y se dirigieron hacia el cobertizo. Habían planeado separarse allí y que cada uno intentase contactar con alguien influyente de entre los suyos para contarle lo que habían averiguado. Al recorrer aquellas tierras despobladas podían tratar de imaginar que nada extraño sucedía, que el mundo seguía siendo el de siempre, pero pequeñas señales de alarma delataban que eso intangible llamado normalidad se había desvanecido. Las malas hierbas invadían los cultivos abandonados donde languidecían las cosechas sin que nadie las cuidase. Las moscas zumbaban en torno al cadáver de una vaca o de un perro pudriéndose al sol. Un autodeslizador de reparto estrellado y abandonado en la cuneta de un camino secundario tenía manchas de sangre en el parabrisas roto.

Con la inquietud cincelando el ánimo ascendieron la suave colina desde la que partía el sendero abandonado que conducía entre helechos al arroyo y al cobertizo. Bard llevaba a Brrece tomada de la mano cuando notó una sacudida, como si ella se

hubiera desplomado. Fue la primera en verlo: la tierra calcinada donde antes había estado la pequeña construcción en la que habían pasado, ¿cuánto?, ¿dos días, quizá tres? Ahora solo quedaba un agujero oscuro donde el agua del arroyo se enfangaba en una mancha negra como la sangre coagulada.

No comprendían por qué ese lugar deshabitado había sido objeto de un bombardeo. Poco importaba ya. Nada tiene un verdadero sentido racional en mitad de la locura colectiva. Se despidieron allí mismo, sobre la colina, mientras la tierra aún humeaba, sin saber si volverían a verse.

26. **El fin del mundo**

Susan Onawa pensó que la Guardia se iba a hacer cargo de la situación. Lo pensó de veras, con todas sus fuerzas. Cuando aparecieron en casa con aquellas raciones de comida y agua, suspiró aliviada y se relajó por primera vez desde que se había desatado la locura.

Pero algo le hizo sospechar que los problemas solo acababan de empezar. Quizá fuera el instinto, o quizá no. Ya no tenía importancia. El caso es que insistió a Patryk y los niños para que no malgastasen el agua, para que bebiesen solo lo estrictamente necesario, para que no comiesen los alimentos más especiados y que les provocarían más sed de entre los que había traído del centro comercial y prefiriesen en su lugar las raciones de la guardia, ese mejunje de aspecto gelatinoso y olor dulzón que revolvía el estómago con solo mirarlo pero que te saciaba durante horas.

Aquella simple precaución les salvó la vida. Al menos por un tiempo. Se limitaron a dejar pasar los días comiendo y bebiendo lo justo e inventando juegos para que los chicos no se aburrieran. Para ellos era una especie de campamento estar allí, aislados del mundo, sin redes de comunicaciones, sin salir al exterior por temor a lo que pudiera pasar. Se les veía felices de que sus padres por una vez les prestasen tanta atención, y no parecían preocupados porque sus ropas estuvieran cada día más sucias, o porque el olor de la casa y de ellos mismos fuera cada día más penetrante, o porque la suciedad y la basura se extendiesen por las habitaciones como una epidemia. La verdad, Susan también se estaba acostumbrando. Y, para Patryk y para ella, aquellos juegos infantiles eran una forma de mantener sus mentes ocupadas para evitar pensar en lo que sucedería si los días seguían pasando sin que todo volviese a la normalidad.

La normalidad. El agua saliendo del grifo al accionar el pulsador. La comida hecha a medida servida en la mesa a la hora programada. La miríada de artefactos, algunos inútiles y otros imprescindibles en su ineptitud postmoderna.

La Guardia había dejado de repartir las raciones hacía ya tres días. Primero las redujeron, y Susan se congratuló por haber insistido en que ahorrasen agua. Luego, sencillamente, dejaron de aparecer por allí con sus toques insistentes en la puerta que tanto la habían sobresaltado la primera vez. Patryk se desesperó. Hundía los dedos en su hirsuta cabellera rubia y caminaba en círculos por la cocina siguiendo la misma ruta una y otra vez.

Habían desarmado unos días atrás el bot mecánico lanzándolo por el hueco de la escalera. Se había descompuesto en cientos de piezas con un estruendo que los niños habían festejado largamente, y pudieron hacerse con algunas de las herramientas que guardaba en su interior. Con las de uso más evidente, que a Susan le parecieron maravillas del ingenio humano en su eficaz simplicidad, consiguieron trabar las ventanas atravesando planchas de madera que obtuvieron del mobiliario. Para la puerta principal recurrieron a una pesada vitrina de metal que adornaba el recibidor, y que descorrían entre los cuatro cuando la Guardia llamaba para traer las raciones de comida.

Pero hacía ya tres días que la Guardia no aparecía, y Patryk quiso salir. Susan no supo si porque se sentía en la obligación de hacer algo, cualquier cosa, aunque fuera inútil, o porque era tan estúpido como ella sospechaba. Despejaron la entrada una vez más para asomarse al exterior. No habían puesto un pie en la calle desde hacía mucho tiempo y cuando entreabieron la puerta el espectáculo los sobrecogió. La casa de enfrente, de arquitectura gemela a la de ellos y donde vivían los Usher, unos vecinos todo lo discretos y distinguidos que podía esperarse de esa parte de la ciudad, estaba ennegrecida y devastada. Un deslizador se había estrellado contra la puerta principal y, presumiblemente, había estallado en llamas. Solo los dioses sabían qué había sucedido después, pero los postigos de las ventanas colgaban exangües sobre sus bisagras y el mobiliario yacía desparramado por el jardín y la calle. Desde el dormitorio de Susan y Patryk, en las entrañas de la casa, les llegaban, sobre todo de noche, ecos apagados de ruidos que se esforzaban por no escuchar, pero Susan nunca supuso que algo así hubiera ocurrido tan cerca.

Patryk pareció reconsiderar su decisión de salir, pero por fin se escabulló por la rendija de la puerta.

—Volveré enseguida, en cuanto hable con Yoon. Tendrá que recibirme. Soy consejero, al fin y al cabo. Y si no ha regresado de Puerto Braun iré a la mismísima Comandancia a pedir explicaciones —. Esta fue su despedida, y Susan supo que era muy probable que

no volviera a verlo nunca.

Regresó adentro y corrió ella sola, con mucho esfuerzo, la vitrina metálica para apoyarla contra la puerta. Los chicos aún dormían. Hizo recuento de los víveres que les quedaban y calculó mentalmente cuánto tiempo tardarían en agotarse. Lo que primero que se acabaría, por supuesto, sería el agua. Tendría que conseguir más.

Desde que la Guardia había empezado a traer las raciones algo se había calmado dentro de ella, pero ahora lo sentía despertar y crecer de nuevo, una especie de motor que ronroneaba bajo el pecho. Cuando ese motor estaba en marcha, Susan tenía la tranquila certeza de que sus hijos y ella sobrevivirían hasta que no quedase una sola gota de agua potable en toda la superficie de Arcadia.

Los niños ya se habían levantado y estaban desayunando cuando se escuchó aquel ruido grave como un trueno. O más bien *se sintió*, porque la casa entera vibró con una sacudida como si algo hubiera hecho tambalearse los cimientos del mundo. Vasilos dejó de masticar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—No pasa nada —dijo Susan sin convicción—. Quedaos aquí, voy a subir un momento al desván. Jacek, cuida de tu hermano, que se termine el desayuno, ¿de acuerdo?

Pensó que desde la puerta de la calle no iba a ver gran cosa a parte de la casa de los Usher ennegrecida y saqueada. Así que subió a la planta de arriba, a la que no había vuelto desde que dejaron de funcionar los ascensores, y descolgó la escalera que llevaba al desván. Allí había dos ventanucos orientados al norte y al sur con una buena panorámica del barrio y de la ciudad.

El desván era una confusión de trastos inservibles, como todos los desvanes del mundo. Susan se preguntó cómo era posible que en el tiempo de una sola vida humana se pudieran acumular esa cantidad de objetos sin sentido, de qué demonios le servían ahora la máquina para rizar el pelo o el monociclo eléctrico, cómo era posible que alguna vez hubiera concedido tanta importancia a esas cosas. Lo veía claro ahora que la vida y la muerte se planteaban en términos muy simples de comida, agua y tablones clavados en las ventanas.

De pronto, rodeada de todas aquellas cosas inservibles que se pudrían entre el óxido y el polvo amontonadas en estanterías, recordó el olor de la tierra después de llover. No supo por qué, pero ese recuerdo regresó de su memoria con la fuerza de un vendaval. Cuánto le gustaba aquel olor cuando era pequeña, aquel olor que no

recordaba haber vuelto a oler desde hacía años y que no cabía en ninguna estantería.

Alejó de sí el recuerdo. No se podía permitir ser débil. Ahora no. Sacudió la cabeza, como le aconsejaba el Doctor Alister, pero aquel gesto le pareció otra impostura más, otro trasto inútil y ridículo que se oxidaba en una estantería.

Se dirigió hacia la pequeña ventana que daba al sur, pero desde allí no se veía nada anormal: Ciudad Blanca era el habitual mar de tejados en calma. Se asomó después al otro ventanuco, el que miraba al norte y permitía divisar la cima de la colina, y se quedó paralizada. A lo lejos se alzaba el imponente palacio donde se ubicaba la Comandancia. Una columna de humo negro surgía al pie de sus muros y ascendía vertical hacia el cielo para desparramarse como una nube de tormenta. El olor acre la alcanzó y tuvo que taparse la nariz con la túnica. Entonces hubo un resplandor que le hizo cerrar instintivamente los ojos, y un nuevo retumbo que estremeció los cimientos de la casa, y, cuando volvió a mirar, una segunda columna de humo se elevaba cerca de la primera.

Entonces las vio: pequeñas figuras humanas del tamaño de muñecos en la lejanía que se afanaban a ambos lados del portón de la Comandancia. Desde el lado de fuera, se apretaban contra la puerta en un enjambre confuso. Del otro lado, se movían en grupos acompasados como bailarines expertos. Era tan evidente lo que estaba sucediendo que se sorprendió de no haberlo previsto antes. La guardia se había replegado en la Comandancia. Las raciones de campaña se agotaban y habían decidido reservarlas para ellos. Por eso ya no las repartían entre la población. Lo que fuera que había originado esta situación no solo no tenía visos de ir a resolverse pronto, sino que tal vez no lo haría nunca.

Y ahora los apacibles navegantes de Ciudad Blanca estaban a las puertas de la Comandancia exigiendo respuestas. O quizá solo un poco de comida. Era tan inevitable como una deducción matemática.

Una voz amplificada y distorsionada por algún dispositivo habló. Estaba lejos y el débil viento arrastraba los sonidos, pero Susan pudo entender lo suficiente. Dispérsense, decía. Márchense a casa. Márchense a casa o abriremos fuego.

Otra deflagración brilló cerca de las dos primeras. El suelo tembló con la explosión y la tercera columna de humo surgió cerca de la muchedumbre. Sin embargo, no parecieron alcanzar a nadie. Susan comprendió que solo eran advertencias disuasorias. Pero no funcionaron. La gente seguía allí, agolpada junto a las grandes

puertas metálicas, y le pareció oír o imaginar sus voces desacompasadas pidiendo agua y comida.

Tuvo una punzada de pánico cuando pensó en Patryk. ¿Qué es lo que había dicho? «Iré a la mismísima Comandancia a pedir explicaciones». Pero antes iba a intentar hablar con su amigo el Oficial en el cuartel de zona. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se había marchado? ¿Una hora, quizá hora y media? ¿Le habría dado tiempo de comprobar que el cuartel de zona seguía desierto y de haberse acercado a la Comandancia, tal vez de haberse unido al grupo de desesperados que se había formado a sus puertas?

Por un momento trató de imaginar a Patryk protestando frente a las puertas del palacio, gritando por comida y agua con el puño en alto, y no pudo. No podía imaginar a Patryk levantando la voz ni aún a las puertas del infierno. Y, sin embargo, eran navegantes los que se arremolinaban con terquedad junto a la puerta a pesar de las advertencias de la Guardia.

No tuvo tiempo de pensar mucho más. Algunas figuras estaban escalando el muro de la Comandancia, apoyándose unos en otros. Otras zarandeaban con violencia el portón. Se oyó un sonido repiqueteante, como de canicas cayendo a un suelo de madera una tras otra, y luego dejó de escucharse el murmullo lejano de voces. Dejó de escucharse cualquier cosa, en realidad. Todo quedó inmóvil y un silencio ominoso sepultó aquella mañana a Arcadia. El silencio de los muertos.

Patryk no regresó. Susan lo aceptó con esa resignación práctica que se había convertido en su estado de ánimo permanente, ese mismo pragmatismo que le hizo pensar en que volvían a estar casi sin agua a pesar de que había una boca menos que alimentar.

Pero ella sabía donde conseguir más. Vega y Fran aún debían tener una buena reserva, pensó, si es que esos estúpidos habían tenido la cabeza lo bastante fría como para racionarla durante los últimos días. Mañana iría a pedirle un par de botellas para los chicos y por todos los dioses que las conseguiría. Sabía que las calles eran peligrosas y que a lo mejor le pasaba como a Patryk y nunca regresaba. Qué sería de los niños entonces. Algo encontraría en el garaje que le sirviera para defenderse. Ese cuchillo o machete o como se llamara que Yoon le había regalado a Patryk en su último cumpleaños y que debía de estar arramblado por ahí. En el fondo, qué importaba. A los muertos no les preocupaba la comida ni el agua ni las explosiones.

Sí, estaba decidido. Mañana iría a por agua. Y si Vega no quería abrirle echaría la maldita puerta abajo. Esa imbécil no se atrevería a

enfrentarse a ella. No se atrevería.

27. **Cenizas y humo**

Bard Yoon llegó a Puerto Braun la misma mañana del tiroteo en la Comandancia. En el puerto ya no había ningún campamento y las calles de Ciudad Blanca estaban sumidas en un caos evidente. Había vehículos abandonados por todas partes, algunos incendiados y vacíos como conchas de crustáceos gigantes. La basura se acumulaba en las esquinas arrastrada por el viento. Las puertas de algunas casas estaban abiertas y los cristales rotos, y el humo aún salía a jirones por entre las esquinas de las ventanas ennegrecidas. Otras puertas, en cambio, estaban cerradas y aseguradas con tablones de madera clavados apresuradamente por sus moradores.

Pero lo peor de todo era el silencio. Parecía que ni los pájaros se atrevieran a profanar aquel silencio de cementerio.

Bard Yoon tuvo que llegar a las inmediaciones mismas de la Comandancia para encontrarse con la Guardia, o lo que quedaba de ella. Alrededor del edificio habían levantado una doble barrera de alambre de espino. Algunos vehículos militares, provistos de palas, se alejaban en dirección contraria cargando en ellos unos bultos que no pudo identificar y que le parecieron sacos deformes. Al aproximarse a las puertas sus botas pisaron una mancha gelatinosa y oscura que olía a carne podrida. Cientos de moscas, moscas verdes y brillantes como gotas de aceite lubricante, se afanaban en beber aquel néctar. Le costó trabajo aceptar que lo que había bajo sus pies era sangre resecándose al sol, no porque no la hubiera visto antes, sino por su extensión. Algo espantoso había sucedido allí, más espantoso que todo lo que había visto hasta ahora, y había sucedido hacía muy poco tiempo, tan poco que la sangre aún no había terminado de coagularse.

Los guardianes que hacían el turno de vigilancia fueron los primeros humanos vivos que se encontró desde que se había separado de Breece. Le dieron el alto y se aproximó a ellos con las manos sobre la cabeza y gritando su nombre y su rango. Lo detuvieron y lo llevaron adentro sin muchos miramientos. Era lógico: no se producen todos los días deserciones en la Guardia y su

pequeña hazaña debía de ser conocida por todos.

En sus cálculos cabían dos posibilidades. Una, que le hicieran un juicio sumarísimo y lo condenaran a morir de inmediato acusado de sedición. Otra, que el Capitán y tal vez el Comandante mismo quisieran verlo antes de condenarlo, aunque solo fuera por la mera curiosidad de saber por qué un guardián condecorado y de brillante futuro como él había caído tan bajo. Tuvo suerte y ocurrió lo segundo. El Comandante era sin duda un tipo peculiar, y no pudo resistir la tentación de volver a hablar con Bard una última vez.

Así fue como volvió a encontrarse en los aposentos privados del Comandante, donde el viento agitaba las cortinas blancas y el mármol del suelo brillaba como si no hubiera sido pisado nunca. Allí dentro reinaba una falsa sensación de normalidad que resultaba aún más perturbadora en contraste con la desolación del exterior.

Apenas llevaba esperando unos minutos cuando el Comandante apareció por la puerta que conducía a sus habitaciones. Su túnica blanca estaba más sucia que la última vez, y, aunque habían transcurrido solo unos pocos días, en la piel descolgada de su rostro se podía adivinar que había adelgazado varios kilos. Con un gesto pidió a los guardianes que custodiaban a Bard que los dejasen solos, y ellos obedecieron gustosos, como si la proximidad física a un desertor pudiera contagiarles alguna enfermedad incurable.

—Bienvenido de nuevo, Oficial Yoon —dijo el Comandante en su tono habitual—. Debo reconocer que me sorprende verlo de regreso, y no soy una persona fácil de sorprender. Dígame, amigo mío, ¿a qué se debe este honor?

—Tenía que hablar con usted, Comandante.

—Qué curiosa coincidencia: yo también quería hablar con usted. Desde que me dijeron que hizo lo que hizo durante la primera incursión en territorio bracero, no dejaba de preguntarme por qué. No soy un tipo muy listo, ¿sabe?, pero sí muy curioso. Así que déjeme que se lo pregunte, Oficial. ¿Por qué cometió usted el delito más execrable que puede cometer un guardián?

No parecía haber malicia en su pregunta. Recordaba a un chiquillo preguntando inocentemente de dónde vienen los niños.

—Comandante, he descubierto algo muy importante —dijo Bard —. Perdóneme si soy demasiado directo, pero no hay tiempo que perder. Arcadia no es un planeta. Arcadia es una nave espacial enviada por los seres humanos de un lugar llamado Tierra para colonizar otro mundo. El viaje dura miles de años y nosotros solo somos una de las generaciones intermedias de tripulantes. De algún modo, en algún momento de nuestra historia hemos olvidado todo

esto, pero es la verdad.

Ahora que lo verbalizaba se daba cuenta de que sonaba como una enorme locura, pero el Comandante se limitó a mirarlo muy serio, como sopesando qué hacer con esa información.

—¿Y cómo dice que ha averiguado todo eso? —dijo finalmente.

—Lo he visto, Comandante. He subido las escaleras más allá de las montañas. He leído los detalles en un terminal del ordenador central. He visto la cámara de presurización y la puerta de salida al espacio exterior.

El Comandante volvió a mirarlo ceñudo. Respiró varias veces y por fin murmuró para sí:

—Claro.

Luego recuperó su tono habitual:

—Querido amigo, ¿sabe qué?, puede que tenga razón. Cuando uno se cría en la comandancia, oye cosas que los demás van dejando caer aquí y allí sin hacerte mucho caso porque eres un crío no demasiado listo. Luego vas uniendo esos retazos de información y tu imaginación hace el resto, y llegas a conclusiones asombrosas o directamente absurdas. Sí, eso que usted me dice puede explicar muchas cosas, pero, déjeme decirle algo, llega demasiado tarde. Sí, demasiado tarde. Desde que usted despareció la situación, como decirlo, se ha deteriorado muy deprisa. Atacamos la plaza rebelde, usted ya lo sabe porque estuvo allí. Según el informe que luego me facilitaron parece ser que acabamos con la vida de ese pobre diablo de Dolzer, un buen tipo, en exceso idealista, pero buen tipo, por lo poco que pude conocerlo. Pensábamos, o más bien algunos pensaron, que aquello bastaría para doblegar a los braceros y que nos pedirían clemencia y volverían al trabajo felices y contentos de haber sobrevivido, pero usted y yo sabíamos que eso no iba a resultar tan fácil. Al día siguiente, en efecto, todo seguía igual, y aunque traté de organizar otro encuentro con la nueva cabecilla de los rebeldes para retomar las negociaciones, ella no quiso ni oír hablar del asunto, y no puedo culparla por completo, la verdad.

»El caso es que aquí continuábamos sin recibir suministros. Ni comida, ni agua, ni electricidad, ni medicinas. Nada de nada. Solo esas repugnantes raciones de campaña que la guardia repartía. El Sumo Sacerdote se subía por las paredes y decía que habíamos sido demasiado blandos y que había que descargar toda la furia divina sobre los pecadores. Le gusta emplear esa verborrea sagrada, y la maneja muy bien. El Capitán empezó a verle las orejas al lobo, como se dice vulgarmente, y decidió limitar las raciones que repartía a la población civil. No era tonto, el Capitán, o al menos no

era tan tonto como para dejar que sus fanatismos le nublaran el entendimiento. En ese sentido, el Sumo Sacerdote es mucho más tonto, que los Dioses me perdonen.

»Durante un par de días se repartió una única ración por navegante, y luego una por cada cuatro personas. Pero aún así las reservas se agotaban tan deprisa que el Capitán, créame si se lo digo, ha tomado por su cuenta, a pesar de yo me opuse, la decisión de dejar de suministrar comida a la población civil y reservarla para la Guardia y los sacerdotes.

»Eso no ha gustado a la gente, como puede imaginarse. Los tranquilos y pacíficos navegantes, los de Ciudad Blanca y los de otras ciudades, supongo, han empezado a comportarse como lobos hambrientos. Yo creo que siempre lo fueron. Lobos, digo. Los más rápidos roban la comida y el agua a los más lentos y las ciudades se convierten muy deprisa en una jungla. Los que hasta ayer eran vecinos y amigos se arrancan la piel por conseguir un trozo de queso mohoso. Eso me cuentan. La guardia se ha replegado hasta aquí, hasta la comandancia. Por mi propia seguridad, dicen, pero en realidad lo han hecho porque aquí pueden defenderse mejor de los navegantes. Esos navegantes que han rodeado la comandancia esta misma mañana, arrastrando sus pies y suplicando con sus caras pálidas que les diésemos un poco de agua y comida. Cuando no se han atendido sus peticiones se han puesto violentos. Esto puedo asegurárselo de primera mano porque he podido verlo todo desde esa ventana que hay detrás de usted. La guardia no ha tenido más remedio que defenderse.

»En cuanto a los braceros, qué quiere que le diga. Ya no me preocupan. Están al otro lado del mar, y, por lo que a mí respecta, es como si estuvieran en otro planeta. Lo único que me importa ahora es llegar vivo a mañana y tener una de esas infectas raciones de comida disponible. El Capitán hace tiempo que desapareció, y el Presidente del Consejo lo hizo antes aún. Sospecho que al Capitán lo han sustituido, ya sabe lo que quiero decir. También en la Guardia existen rencillas internas y movimientos clandestinos, sobre todo en estos tiempos convulsos, y el Sumo Sacerdote consideraba que el Capitán era demasiado débil de carácter. El nuevo Capitán es mucho más enérgico, qué duda cabe. Desde que está al mando he oído que han bombardeado varias veces la zona bracera, pero esos rebeldes deben de estar hechos de algún material especial porque ni aún así han conseguido someterlos. Por eso han planeado el ataque definitivo, un ataque por tierra, con toda la infantería, que aniquile a los rebeldes de una vez por todas. Un ataque, en fin, a la medida

de los deseos dementes del Sumo Sacerdote. Creo que será mañana, pero no me haga mucho caso, hace días que nadie me consulta ni me informa de lo que ocurre. Total, solo soy el Comandante interino, el verdadero Comandante sigue ahí, en la cama, medio muerto o medio vivo, como todos nosotros. Apuesto a que el condenado es capaz de sobrevivirnos a todos. Y lo último que sé de nuestro común amigo el Sumo Sacerdote Baena es que se encerró en su capilla a rezar a sus Dioses para que le ayudaran en su cruzada de destrucción de todos los impíos. A lo mejor los Dioses le han escuchado, aunque, la verdad, a estas alturas me importa un bledo lo que esté haciendo ese individuo.

»Esta es la situación, amigo mío, cuando, de pronto, aparece usted, y me dice que vivimos en el interior de un vehículo espacial con destino a no sé dónde, y a mí me parece muy interesante, pero no puedo más que contestarle: ¿y qué? ¿Qué importancia puede tener eso ahora?

Dijo todo esto casi sin respirar. Cuando terminó, pareció un hombre agotado y consumido, un muerto viviente. Otro más.

Se miraron un instante y luego Bard se levantó para marcharse. No había nada más que decir. Antes de que cruzase la puerta, el Comandante le dijo:

—No ha contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta, Comandante?

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué desertó?

Bard se lo pensé un segundo antes de responder:

—Una mujer.

El Comandante inclinó la cabeza y luego soltó una carcajada que sonó como el graznido de un cuervo y en esa risa triste y arruinada estaba todo el desamparo de aquel pequeño mundo.

28. **Todos sordos**

Breece supo que Bard estaba en lo cierto al decir que nadie los escucharía nada más poner los pies en las calles de la ciudad bracera desolada. Se dirigió a la plaza porque quería hablar con Lynx y suponía que era el lugar más probable en donde encontrarla o, al menos, donde encontrar a alguien que supiera cuál era su paradero. Pero gran parte de la ciudad había, simplemente, desaparecido, sustituida por montañas de escombros grises. No pudo reconocer nada, ninguna de las calles, ninguno de los edificios que aún seguían en pie entre las cenizas y el humo.

El primer cadáver la sorprendió al rodear una pared derruida sobre la calzada. Estaba cubierto de polvo gris, como todo lo demás, y no se dio cuenta de lo que era hasta casi tropezarse con él. Fue el olor lo que lo delató, el olor dulzón y nauseabundo de la carne pudriéndose. Las moscas se recreaban en los poros del cuerpo hinchado de vapores de muerte. Estaba tirado boca abajo, como si hubiera tratado de escapar a gatas de algo que lo había sorprendido. Breece reprimió una arcada y se alejó en la dirección contraria.

Pero era imposible escapar de la muerte en aquella ciudad fantasma. Conforme se internaba en las ruinas, la fetidez de la carne pudriéndose al sol se hizo tan densa que caminar era como tratar de nadar en arenas movedizas. Se tapaba la nariz y la boca con la camiseta, pero nada podía impedir que ese olor se colase por todos los resquicios de la conciencia. Cuando se encontró con una pila de cuerpos amontonados y calcinados en una esquina, todavía humeantes, empezó a vomitar y no pudo detenerse por un buen rato.

En mitad de una arcada la parte más cuerda de su cerebro le dijo que aquellos cadáveres habían sido reunidos e incinerados a propósito, quizá para evitar que se pudrieran en cualquier sitio y propagaran enfermedades innombrables. Aún estaba temblando cuando alguien se abalanzó sobre ella desde atrás y la sujetó con firmeza. Le taparon la cabeza con un saco de tela oscura y la

levantaron en volandas sujetándola por las piernas y los brazos. Trató de zafarse, pero cuanto más se movía más fuertemente la sujetaban. Unas voces apagadas decían:

—Saquémosla de aquí.

—Es una de ellos.

—¿La matamos aquí mismo?

—¡¡Soltadme!! ¡¡Soltadme!! —gritó Breece medio asfixiada dentro de ese saco que olía a sudor rancio—. ¡Tengo que ver a Lynx Gutierre!

Eso los detuvo un momento. La dejaron en el suelo de cualquier manera y, sin soltar la garra que ejercían sobre sus brazos y piernas, alguien le quitó la tela que le cubría la cara.

—¿Has dicho que quieres ver a Lynx? —preguntó uno de aquellos tipos, con la cara negra de hollín en la que refulgían dos ojillos pequeños que se movían rápidamente—. ¿Por qué quieres ver a Lynx? ¿Eres una de ellos?

—No sé de quiénes me hablas —respondió aterrada—. Soy amiga de Lynx. Tengo que hablar con ella pero no encuentro el camino hasta la plaza.

El tipo de la barba se giró hacia los demás. Había al menos media docena de personas allí, todos ellos sucios y harapientos, con la piel ennegrecida y los ojos lacrimosos por el humo y la locura.

—Dice que es amiga de Lynx, ¿oís? Y que tiene que verla —dijo el tipo, y Breece pudo sentir su aliento en la cara, y olía igual que aquellos cuerpos medio descompuestos que había encontrado tirados en la calle—. ¿Y cómo sabemos que no eres una de ellos? ¿Eh? ¿Cómo lo sabemos? Tal vez quieres matar a Lynx, tal vez quieres acercarte a ella lo suficiente como para poder cortarle el cuello, ¿eh?

—Un momento —dijo una voz a su espalda. Un hombre se agachó para ponerse a la altura de Breece. Era corpulento, casi un gigante, y su rostro, a pesar de la suciedad y de la barba desmadejada, le resultaba familiar—. Yo la conozco. Es Breece Oreze. Dice la verdad, es amiga de Lynx.

Breece lo reconoció por la voz. Era Roland, el tipo de transportes. El mismo que la había encontrado el los colectores el día de su primera reunión con la Resistencia hacía un millón de años. Lo había vuelto a ver en casi todas las reuniones semanales, y recordó que estaba siempre con Lynx y con Seldon durante los últimos días. Era un salvavidas flotando en la tormenta.

—¡Roland! ¡Diles que soy yo! Tengo que ver a Lynx, es muy urgente.

Los otros aún masculllaron una protesta, pero Roland la ayudó a levantarse y la condujo lejos de allí, hacia la plaza. Mientras caminaban sobre el suelo alfombrado de cascotes y cenizas le decía:

—La ciudad se ha vuelto peligrosa, Breece. No deberías andar por ahí sola. Nadie debería hacerlo. Hay grupos armados que harían lo que fuera por conseguir un poco de comida. Lo que fuera. Lynx sigue en la plaza, y muchos continuamos con ella, ya lo verás. Pero otros se han organizado en bandas y solo miran por sí mismos, o le disputan a Lynx el mando de la rebelión. Hemos descubierto que ser bracero y haber sufrido como lo hemos hecho no nos convierte en mejores personas. Esta guerra está sacando lo mejor y lo peor de nosotros.

Escuchar la palabra guerra en la boca de aquel hombre le erizó el vello de la nuca. Era una palabra con resonancias atroces y había sido dicha con la naturalidad de quien la ha aceptado como parte inapelable de la realidad.

—Tenemos que hacer rondas de vigilancia porque algunos grupos se han vuelto realmente violentos —continuó Roland—. Hace dos días, por ejemplo, unos francotiradores empezaron a disparar desde los edificios que hay alrededor de la plaza. Hirieron a Lynx en una mano y pudieron haberla matado. Pensamos que se trataba de un nuevo ataque de la Guardia, pero no. Tuvimos que ir allí y sacarlos a rastras para descubrir que eran braceros como nosotros. ¡Como nosotros! Incluso conocía a uno de ellos, un tipo que trabajaba en la central.

En el acceso a la plaza habían instalado un control de seguridad rudimentario. Consistía en una abertura en la barricada taponada con una pesada plancha de metal que corría sobre unos rieles irregulares instalados a toda prisa. Roland golpeó la plancha con los nudillos siguiendo un ritmo convenido. Se abrió un pequeño ventanuco practicado en un lateral de la plancha, y asomó la cabeza del que debía ser el vigilante.

—¿Quién va? —preguntó.

—Roland.

—¿Quién viene contigo?

—Es Breece Oreze.

—No la conozco.

—Yo respondo por ella.

El vigilante pareció pensárselo un momento, pero luego desapareció y destrabó el mecanismo de la puerta, que corrió sobre sus guías con un gemido lastimoso. Cuando cerró la puerta a sus espaldas, Breece pensó que hacía el mismo ruido que la puerta de

una prisión.

El interior de la plaza no había cambiado demasiado. Ya antes de su huida a las montañas era la viva imagen del caos, y los días de asedio que había vivido no habían contribuido a mejorar su aspecto. El estrado de madera seguía irguiéndose milagrosamente entre las ruinas, y hacia allá la condujo Roland, que seguía hablando sin cesar, como si tuviera la necesidad de relatar los últimos acontecimientos a alguien para que no se perdiesen en la noche que se avecinaba:

—Lynx no se ha movido de aquí en todos estos días. Está pendiente de todo y todos recurrimos a ella para resolver los problemas. De algún modo se las arregla para mantener alto el ánimo de la gente. Apenas come ni duerme. No ha existido otra igual. No quiero pensar qué habríamos hecho sin ella todo este tiempo.

—Gracias por ayudarme —dije Breece—. Lo que tengo que decirle a Lynx es algo que puede que detenga esta locura.

De pronto Roland cayó en la cuenta de algo evidente y preguntó con una expresión de alarma súbita:

—Oye, ¿y tú dónde has estado los últimos días? ¿Cómo es que no te hemos visto por aquí?

Por un instante Breece temió que la tomara por una infiltrada de alguno de esos grupos hostiles que parecían tan peligrosos, así que improvisó una mentira:

—Uno de los bombardeos me pilló trabajando fuera de la ciudad. Estuve escondida hasta que la situación se calmó y, al regresar, las calles habían cambiado tanto que no podía encontrar el camino de vuelta a la plaza.

Él pareció conformarse con la respuesta, quizá porque era un tipo muy inocente o quizá porque Breece le gustaba. Sea como fuere, se relajó y siguió conversando en el mismo tono que antes.

Pronto alcanzaron unas tiendas que alguien había levantado detrás del estrado. Dos hombres armados guardaban el paso a una de ellas. Saludaron a Roland con un gesto y volvieron a preguntar por ella:

—¿Qué es lo que traes ahí? —dijo uno.

—Es Breece Oreze, una amiga de Lynx. Los bombardeos la sorprendieron fuera de la ciudad. Tiene que hablar con la jefa.

El vigilante entró en la tienda y al cabo de un instante volvió a salir, seguido de Lynx. Al principio Breece no la reconoció. Parecía haber envejecido veinte años. Debía hacer varios días que no se lavaba ni cambiaba la ropa y, a juzgar por su aspecto, Roland no

había exagerado al decir que no comía ni dormía demasiado. Un sucio vendaje jalonado de manchas granate le cubría la mano derecha. Tardó unos segundos en ubicar a Breece en el marasmo de acontecimientos de los últimos días, y cuando lo hizo su rostro se encendió por un instante, como alumbrado por una de esas memorias del pasado que parecen más luminosas de lo que fueron en realidad.

—Breece... —murmuró como para sí. Luego volvió del viaje a ninguna parte que su mente había realizado y se hizo cargo de la situación con el mismo estilo de la vieja Lynx—. ¡Breece! ¡Qué alegría! ¿Dónde te habías metido? Pero pasa, pasa, tenemos que hablar. Necesitamos gente joven como tú. ¡Qué bueno que estés aquí!

El interior de la tienda olía a cañería y a dormitorio sin ventilar. Todo allí era un revoltijo de papeles, mantas y restos de comida tirados por el suelo. Lynx se sentó en una silla desvencijada e invitó a Breece a hacer lo mismo. Enseguida tomó el mando de la conversación:

—La última vez que te vi fue en el primer ataque a la plaza. Estuvieron a punto de jodernos aquella vez, los muy puercos. Fue cuando vino el tipo aquel, el guardián que desertó, y te sacó de allí. Claro, ahora lo recuerdo. Te sacó de allí y no volvimos a verte el pelo. ¿Se puede saber dónde te has metido?

—Huimos a las montañas.

—¿A las montañas?

Esta vez Lynx parecía sorprendida de verdad. En su cabeza la posibilidad de huir a las montañas con un guardián renegado era una idea que no tenía cabida. No podía imaginarlo, ni siquiera como hipótesis.

—¿A las montañas? —repitió—. ¿Y qué demonios se te había perdido en las montañas?

—No pude seguir aquí después de lo que pasó... ya sabes, con Seldon. Lo siento, no me enorgullezco de haber huido, Lynx, pero ahora he regresado y tengo algo muy importante que decirte. Subimos allá arriba, hasta el final de las montañas.

—¡Vaya! ¿Y encontrasteis a los malditos Dioses?

—No hay Dioses allí arriba.

—Puedes jurarlo. Ni allí ni en ninguna otra parte.

—Pero sí encontramos algo.

—¿Algo? ¿Qué maldita cosa?

—Una escaleras.

—¿Una escaleras? ¿Arriesgaste tu culo por unas escaleras?

—Una escaleras como no había visto en mi vida. Miles de escalones subiendo hacia el cielo. Y arriba del todo, una cámara de presurización.

—¿Qué demonios me estás contando?

—Una cámara de presurización y un terminal de ordenador. Aún funcionaba y lo estuve consultando, Lynx, y encontré las respuestas. Vivimos en una nave espacial. Arcadia es una enorme nave espacial con un ecosistema simulado, una réplica a pequeña escala de la vieja Tierra de los libros de la biblioteca clandestina. Ellos nos enviaron. Ellos, los terrícolas, hombres y mujeres como nosotros. Construyeron Arcadia y la enviaron rumbo a otro planeta en otro sistema solar para que los descendientes remotos de los primeros tripulantes lo colonizaran. Pero algo ha fallado, en algún momento hemos olvidado quiénes éramos y cuál era nuestro propósito, y esa desmemoria nos ha traído hasta aquí.

Lynx la miró sin parpadear y Breece no sabía si estaba sopesando la importancia de sus palabras o si estallaría en carcajadas de un momento a otro. Aprovechó su silencio para continuar:

—En este momento Bard... el guardián que me sacó de la plaza aquel día está hablando con sus superiores sobre esto mismo. Tenemos que buscar una solución razonable. Tenemos que encontrar el modo de entendernos porque nos guste o no todos vivimos en el mismo lugar y estamos condenados a compartirlo porque allá afuera solo hay soledad y frío y el vacío del espacio.

Mientras pronunciaba las últimas palabras sintió como sus ojos se humedecían porque se dio cuenta de que no serviría de nada. Se dio cuenta de que Bard tenía razón, de que nada cambiaría, de que los corazones de unos y otros estaban demasiado endurecidos.

Al cabo, Lynx levantó su mano vendada y dijo:

—¿Ves esto? El otro día me volaron un dedo de la mano derecha. Tuve suerte: unos centímetros más allá y mis tripas estarían esparcidas por el suelo de la plaza. El que me disparó fue un bracero. Lo colgamos esa misma mañana, después de sacarlo a hostias de su escondite. ¿Y sabes lo más gracioso? Llevaba un arma de la Guardia. No uno de esos fusiles que quitamos a los últimos guardianes que huyeron de aquí como ratas, no. Era un fusil automático con mira telescópica, una pieza de artesanía fina, te lo aseguro. Lo tengo guardado ahí, como una especie de trofeo. Después de unos puñetazos en el estómago aquel infeliz confesó que unos guardianes se lo habían entregado y le habían enseñado cómo usarlo a cambio de unas raciones de comida precocinada. ¿Te das

cuenta? Un bracero se vende al diablo por una infecta ración de comida. Un tipo normal, como tú o como yo. Es tan fácil corrompernos, somos tan débiles en el fondo. Y eso lo saben los perros del otro lado. ¿No te has parado a pensar que toda esa mierda, las escaleras, el ordenador o la cámara de las narices, puede ser un simple señuelo puesto allí por los sacerdotes para confundirnos? ¿No crees que tu amiguito el guardián que te sacó de aquí pudo haberlo hecho por orden de sus amos?

»Te diré algo más que quizá no sepas, Breece. La Guardia prepara un ataque definitivo. No quieren negociar con nosotros ni nada parecido. Nunca han querido. Desde el principio solo han intentado aplastarnos. Ya han comprobado que no pueden con nosotros empleando los procedimientos habituales. Ni los bombardeos, ni los francotiradores, ni los grupos armados nos doblegarán. Podemos resistir mucho más tiempo que ellos. Así que mañana nos atacarán con toda la infantería. ¿Te sorprende? Incluso nos lo han comunicado. Sí, sí, nos han enviado uno de esos mensajes firmados por el Comandante en el que se nos ordena por última vez volver al trabajo o atenernos a las consecuecias. ¿Y sabes qué? Que allí estaremos. Cara a cara. Nos defendermos. Mañana, al amanecer, en la salida oeste de la ciudad. Ellos llegarán por el mar y nosotros les estaremos esperando. Vendrán armados hasta los dientes, pero nosotros somos más, muchos más, ¿recuerdas?, y ya no les tenemos miedo. Va a ser algo glorioso, ya lo verás. Acabaremos de una vez por todas con esos perros y luego cruzaremos el mar y nos comeremos los corazones de sus amos, si es que no se quedan tiesos del susto al vernos llegar.

Breece la miró sin comprender bien si hablaba en sentido figurado o no. Fue entonces cuando se dio cuenta de que en los ojos de Lynx asomaba un destello de locura. Era una locura familiar, doméstica, casi congénita. La locura voraz que los había conducido desde la sabana africana de la Tierra primitiva hasta el vehículo espacial que surcaba la vastedad del espacio. Se preguntó si ese destello había estado siempre allí sin que ella se hubiera percatado, si el mismo destello viviría también en sus propios ojos.

—¿Que somos los tripulantes de un vehículo espacial? Perfecto —añadió Lynx con displicencia—. Puedo asegurarte algo: cuando lleguemos a nuestro destino, sea cual sea, no quedará ni uno solo de esos parásitos a bordo. Ahora son ellos o nosotros. Ellos o nosotros. Fin de la historia. No es nada personal. Puedo comprender que te guste ese tipo. Es muy atractivo y debe tener una buena polla.

Breece apretó los puños y por un instante sintió el impulso de

saltar sobre Lynx para golpearla. Por ella y por todos, por los vivos y por los muertos. Pero enseguida pasó. Se dio cuenta de que solo era una chiflada perseguida por sus pecados. Como todos ellos. Arcadia estaba habitada por dementes que guardaban celosamente sus fantasmas en el armario.

—Ahora lárgate de aquí —dijo al fin de modo concluyente—. Que Roland te asigne a algún grupo de vigilancia. Allí al menos podrás sernos útil.

Salió de la tienda confundida y perdida. Era cierto, no había ningún sitio a donde huir. La muerte los rodeaba y Bard estaba al otro lado del mar. Los ojos le escocían por el humo y por la rabia, por no poder hacer nada para cambiar la suerte de aquel pequeño mundo artificial, aquella maravilla de la tecnología creada por sus antepasados con el sueño de forjar un futuro mejor.

—¿Estás bien? —le preguntó Roland—. ¿Qué te ha dicho Lynx?

Breece tragó saliva y respondió:

—Que me lleves fuera de la ciudad, en dirección al arroyo. Me ha encargado una misión importante allí.

Roland obedeció sin preguntar y la acompañó hasta la carretera que salía de la ciudad por el norte. Allí se separaron y Breece recorrió por última vez el camino hacia ese cobertizo que el odio ciego había convertido en una montaña de cascotes calcinados. Sabía que, si Bard lograba regresar con vida, sería allí donde la buscaría.

29. **Sin salida**

Y allí fue donde la encontró. Breece estaba de pie sobre las ruinas, con el rostro manchado de hollín y los brazos cruzados como protegiéndose de algo o dándose calor, y a Bard le pareció que era aún más hermosa de lo que recordaba.

Se acercó a ella y la abrazó. Luego le relató lo que había visto en la Ciudad Blanca y su encuentro con el Comandante. Fue él quien le indicó cómo salir de la Comandancia sin ser visto. El palacio estaba lleno de estancias ocultas y pasillos escondidos cuya existencia no muchos debían conocer. El Comandante sí porque se crió jugando en ellos.

—Parece un buen tipo, el Comandante —dijo Breece.

—Sí —dijo Bard—. Creo que lo es.

—Si ni siquiera dos buenas personas como el Comandante y Seldon Dolzer han consegido detener esta locura, es que nada podía detenerla.

—No hay nada que hacer, Breece. No tenemos remedio. Nuestra especie está condenada. No importa lo lejos que llegue, las naves espaciales, los mundos conquistados. Nos pasamos la vida preparándonos para la muerte, defendiéndonos de los demás. El Mar Interior no es la única frontera que levantamos. Ni siquiera nos planteamos en serio la posibilidad de reconsiderar nuestras ideas. Negamos al otro la razón por sistema. Le negamos incluso la humanidad. Perros, bestias, alimañas, cucarachas, así nos llamamos unos a otros.

—No. Me niego a creerte. Tiene que haber algún mundo ahí afuera donde gente como tú y yo podamos vivir y morir en paz. Pienso en el pobre Roland, que me ha sacado de la ciudad y me ha ayudado a llegar aquí. Confió en mí y no tenía por qué hacerlo. Gente como él no debería estar a punto de morir.

—Breece.

—¿Sí?

—A veces pienso que tenías razón cuando me decías que habría sido mejor que no me hubieras encontrado.

—No digas eso.

—Quizá me hubiera despertado bajo ese puente y hubiera regresado de algún modo a Puerto Braun.

—Nunca nos habríamos conocido.

—Hubiera regresado a Puerto Braun y lo habría explicado todo. Que los braceros no me habíais secuestrado. Que me había caído por accidente.

—No hubiéramos descubierto la verdad sobre Arcadia.

—El Comandante y Seldon habrían seguido negociando.

—¡No! ¡No te permito que sigas! ¿Me oyes? No pediremos perdón. Que pidan perdón ellos, los otros, los que gritan y gesticulan y amenazan con el fin del mundo echando espuma por la boca. Los que creen que lo saben todo cuando no conocen ni siquiera la magnitud de su ignorancia. Nosotros fuimos los mejores cuando el mundo se desmoronaba. No te permito que lo pongas en duda.

—Sabes que mañana, cuando la Guardia ataque, no tendremos ninguna posibilidad.

—Cállate.

—Sabes que los más afortunados morirán en el ataque, y los demás aún subsistirán unos días más mientras Arcadia se colapsa.

—Eso no lo sabemos. Ni nosotros ni nadie. Tal vez consigan reconstruirlo todo. Tal vez Arcadia sea lo bastante robusta como para resistir. Tal vez tú y yo sobrevivamos y nuestros descendientes lleguen algún día al nuevo mundo.

—Podríamos volver a las montañas.

—No. No huiré por segunda vez. ¿Volverás tú a la Comandancia?

—Claro que no. Mi lugar está donde tú estés.

—Entonces ven aquí. El tiempo se acaba.

Final

El Sol arrancaba reflejos perezosos del Mar Interior mientras la brisa erizaba levemente la cresta de las olas. Tendría que haber sido un día seco, el segundo de esta secuencia, pero negros nubarrones se empezaron a amontonar en las montañas y el viento helado los arrastró con rapidez hacia el mar. Se avecinaba la tormenta definitiva.

El clima de Arcadia, tan cuidadosamente estudiado y planificado por lo meteoroecólogos de La Tierra, había enloquecido desde que los descendientes de los primeros tripulantes habían dejado de atender sus labores de mantenimiento. Nadie a bordo poseía ya los conocimientos suficientes como para reequilibrarlo a su estado original: un día de lluvias abundantes seguido de tres días de sol, con una temperatura constante que no superase los 25 grados centígrados durante el día ni descendiese por debajo de los 18 durante la noche. La única esperanza, si la había, era que el propio sistema encontrase un nuevo punto de equilibrio en algún lugar de la escala compatible con la vida.

Al principio del viaje, todavía en las cercanías del Sistema Solar, las tareas de mantenimiento se habían encargado al cuerpo de tripulantes técnicos. Estaban especialmente formados para ello y se les había ubicado en las viviendas cercanas a los centros de control y producción. En el transcurso de unas pocas generaciones, las labores de mantenimiento se convirtieron en rutinas, más tarde en costumbres y finalmente en tradiciones, y para entonces nadie recordaba muy bien el por qué de ciertas cosas, y simplemente las hacía porque siempre se habían hecho así.

Ahora el olvido había convocado a dos ejércitos enfrentados sobre las llanuras que verdeaban en las cercanías del Mar Interior. A un lado, recién desembarcada de sus hidronaves de guerra, formaba la Guardia de Arcadia. Escuadrones completos se extendían como una mancha oscura sobre la hierba dibujando figuras geométricas perfectas. Hombres y mujeres de facciones indescrifrables bajo las viseras de los cascos se pertrechaban en sus corazas de combate y

cargaban armamento pesado. Hoy era el día para el que se habían estado preparando durante todas sus vidas.

En el otro lado, al pie de la ciudad gris y emborronada por el humo de la destrucción, una confusión mal hilvanada de cuerpos se vertía sobre la llanura como ríos humanos procedentes de los recovecos de los edificios medio derrumbados. Eran muchos, varios miles. Vestían pobremente y los años de privaciones se adivinaban en sus cuerpos torvos y en sus rostros ceñudos, en sus puños apretados por el rencor o tal vez por la desesperación. Había hombres y mujeres, niños y ancianos, una turba de gente dispuesta a luchar y morir porque no tenían, al parecer, otra alternativa.

Una pareja se cogía de la mano y en sus ojos arrasados se leía el deseo desesperado de querer sobrevivir a toda costa para salvar las cosas que existían y que merecían la pena, para preservarlas en el futuro aunque fuera un futuro lejano y desangrado. Sentían que no deberían de estar allí. Que nadie debería. Pudiera ser la pareja de nuestro relato, o pudiera ser cualquier otra, en cualquier lugar, en cualquier época.

El silencio cayó sobre la llanura mientras la nubes bajaban de las cumbres galopando sobre los vientos huracanados. El trueno precedió al relámpago y la lluvia cayó torrencial sobre los dos ejércitos. Fue la señal que desató la furia. Corrieron unos contra otros y la batalla comenzó.

Epílogo

Seis mil años después, el gigantesco cilindro plateado entró en órbita estacionaria a 42.000 kilómetros de distancia del ecuador del planeta Kepler-22b.

Los sistemas automáticos programados hacía varias edades por los informáticos de La Tierra se despertaron y tomaron el control del descenso. Las sondas robotizadas fueron las primeras en bajar a la superficie para tomar muestras precisas sobre la composición química del aire y la microbiología del suelo. Después de comprobar que no había peligro aparente, enviaron la señal de radio convenida al ordenador central.

El siguiente paso fue desplegar los transboradores que bajarían al personal y el equipamiento hasta la superficie del nuevo mundo. Los primeros técnicos se encargarían de montar las estructuras necesarias para construir los ascensores espaciales que servirían de cordón umbilical entre Arcadia VII y Kepler-22b. Luego comenzarían a levantar los primeros edificios, las explotaciones agrícolas y ganaderas, las fábricas de manufacturas. Arcadia era demasiado masiva como para atravesar la atmósfera y descender con seguridad, de modo que se quedaría en órbita hasta el fin de su vida útil.

El primer transborador descendió ruidosamente sobre la planicie próxima al ecuador. La temperatura era suave, en torno a los dieciséis grados centígrados, y la concentración de oxígeno y nitrógeno resultaba óptima. El transborador desplegó sus soportes y activó sus cuatro motores de frenado en el momento preciso. El ordenador de a bordo controlaba todo el proceso monitorizando cientos de sensores dispuestos en el fuselaje. El vehículo se posó con suavidad en el suelo levantando una leve capa de polvo y hojas secas y luego quedó en silencio en la quietud de aquel mundo virgen.

La compuerta lateral se abrió y la rampa de descenso se desplegó con un zumbido eléctrico, posándose sobre el suelo fértil de la llanura. Después, se hizo de nuevo el silencio.

La puerta abierta del transborador era como una gran boca sorprendida. Dentro solo había oscuridad.

Índice

Prólogo
1. Arcadia
2. La Biblioteca
3. La cita
4. Resistencia
5. Conspiración
6. La reunión
7. Insurrección
8. Gabinete de crisis
9. Navegantes
10. El guardián
11. Negociación
12. Mala suerte
13. Milagro
14. Agua
15. Estrategia
16. Revolución
17. Lo real
18. El más bajito
19. Operación quirúrgica
20. Desertores
21. Las montañas
22. La escalera
23. Revelación
24. Condenación
25. Descenso
26. El fin del mundo
27. Cenizas y humo
28. Todos sordos
29. Sin salida

Final
Epílogo